AUTORES ESPAÑOLES

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA "VARIACIONES" 1.ª SERIE

VOLUMEN 20. VARIA. 1.

PUBLICACIONES

ATENEA

VOLUMEN 44

Primera edición de 3.000 ejemplares
con retrato y autógrafo
del autor.

1922
Imprenta "Alrededor del Mundo"
Martín de los Heros, 65
Madrid

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

VARIACIONES

CON CVRIOSAS ILVSTRACIONES DEL AVTOR

VARIA

Es propiedaa.—Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley.

Reservados los derechos para odos los países.

Copyright, 1922, by Ramón Gómez de la Serna.

PRÓLOGO

Este libro caprichoso y vario en el que a veces he tenido la humorada de señalar con la pluma del dibujante, alguna cosa, algún detalle de la vida, creo que será un libro entretenido en el que estarán recogidas todas las asociaciones de ideas que nos asaltan en la vida, reunido lo fantástico, con lo actual y con lo antiguo.

Esta es la clase de libros que me gusta hacer y además me gusta en ellos que todo sea inédito, en libro por lo menos. Así este tomo es diferente a "Muestrario", a "Disparates", a "Ramonismo", a "El Alba" y al "Libro Nuevo", libros con un contenido tan caprichoso como es éste y sin embargo diferentes entre sí.

Son los libros que más amo y los que me parecen más intelectuales sin perder nunca el contacto con la vida.

Yo estoy fragorosamente dentro de este sincero periodismo de amenidad en el que a mi juicio la literatura es menos engañosa. Ese periodismo que hay en el ritmo de nuestro corazón y en sus desigualdades y en su pensar de pronto en la China y

a continuación en las chimeneas o en las veletas o en lo que sucedería si se arrancase a su fijeza esta varilla de que nos colgamos del tranvía, es lo que está representado con franqueza en este libro.

Los caprichos del pensamiento más que los caprichos voluntariosos y un tanto amanerados de la pluma son los que dominan este libro. Yo iba andando cuando abstrayéndome de lo que había a mis lados, pensé en lo que pasaría si sucediese esto o aquello y lo apunté en mis cuartillas al llegar a casa y a continuación también recordé la cara que tenían los faroles y también tomé apunte de ello.

Si no hubiese sido muy pretencioso ese título yo habría titulado a este libro "Varia y Curiosa", pero mejor va para su sencilla incontinencia, para su descarada variedad el título de "Variaciones".

¿Que por qué lo ilustro? ¡Desde hace cuánto tiempo estaría ya hecho ese capítulo, y ese otro y el de más allá del libro si me hubiese atendido algún dibujante?

Los dibujantes no dibujan como los escritores no escriben. A lo más son simpáticos y viven de su simpatía. ¡Horror si encima son antipáticos!...

Yo he paseado mucho con los dibujantes más listos. Me hacían el efecto de escritores, que no querían escribir, pero como sabía que eran dibujantes les decía mis proyectos y les indicaba tal cosa y tal otra, y ellos prometían dibujarla porque era "muy interesante", pero nunca la dibujaban.

Un día que tuve influjo sobre los fotógrafos tampoco conseguí que fotografiasen ciertas cosas.

Entonces requerí la pluma de dibujo y me puse a salvar en mi Arca de Noé algunas de las especies que me interesaban. Mis dibujos nunca estarán bien porque busco la manera de que siempre estén peor, pero *señalarán* las cosas a los que sean bastante inteligentes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

VARIACIONES

(1.ª SERIE)

EL MEJOR RECLAMISTA DEL MUNDO

QUIÉN es ese fantasma del sigilo y de la expresión? ¿Cómo por muy distraídos que vayamos le vemos pasar como la gran araña del anuncio?

Desde aquellos días en que anunciaba un modesto Bar muy ruidoso en el que parece que está tocando siempre el músico de los domingos, ese tío que toca el triángulo, el bombo, los platillos, el acordeón y... la *Marsellesa*, han pasado muchos días, y él, X, ha evolucionado bastante.

Primero no le respetaba nadie y los chicos le tiraban de los faldones. Hoy le tiene pánico todo el mundo y hay señoritas que temen mucho que se fije en ellas con su mirada de halcón.

El pasaba, pasa siempre, imperturbable como el rey, como más rey que el rey.

Muchas veces he querido hacerle una entrevista. Imposible. Este hombre no contesta a ningún requerimiento, y un día al ir a reproducirle el fotógrafo, le ví doblarse, cerrarse sobre la cintura como si fuese el compás que se mete en su estuche, y huir como el diablo al que se le ha hecho la señal de la cruz.

Parece el hombre luminoso por dentro y el hombre magnético por como hace que le vea todo el mundo.

Sale de su casa dando esos mismos pasos, siempre con la misma medida, pues realmente hay en eso mucho de salir "con pie".

X—al que dedico esa letra con la entera convicción de que le representa, porque él es el auténtico hombre X—tiene una particular condición, porque sin alterar su paso y en medio de la vorágine de los automóviles y los coches, consigue que

se detengan los coches y le rocen apenas, ciñéndose ellos a su figura y dibujándole el contorno.

Este hombre esqueleto, que según algunos ha sido un calavera que ha tirado una fortuna, es un artista admirable, nada menos que el Novelli del anuncio. Con ese paso bizco, cansado, disparatado, ese paso del muñeco que va a perder el equilibrio, pasa por esas calles. De vez en cuando, como quien tira de sí mismo y se desenfunda, sale de su vaina, y entre lo que saca como un prestidigitador, está el bando del anuncio, que desenvuelve poco a poco, enseñándoselo a los de delante y a los de atrás como pudiera hacerlo el muñeco de un escaparate que se ha escapado a la calle.

Alguna vez se le ve en coche de punto, acostado en el coche de un modo sorprendente, las piernas muy largas y puestas en lo alto, todo él echado como en un diván, displicente como un dios Flaco.

Ahora usa un abanico enorme, blanco, en el que pone el sitio de su reclamo, lo abre con un golpe súbito, lo enseña, y después lo cierra con otro golpe súbito de muchacha histérica.

Escuálido, con dos ojos de alfiletero, con una nariz que coge el frío como ningún termómetro, con sus manos envueltas en guantes amarillos y con zapatos de charol, es el dandy del Imperio venido a menos, que se pasea haciendo gestos amanerados y enseñando algo así como el cartel de desafío de su petulancia.

ARBOLES PARA EL BOTANICO

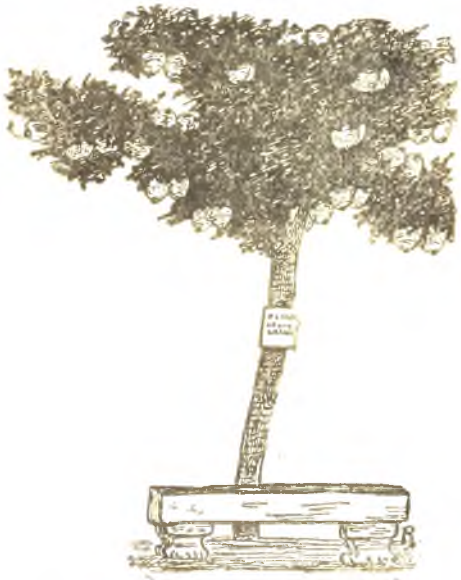
En el Botánico hay pocos árboles extraordinarios. A lo más, en todos los Botánicos y Jardines de Plantas, los árboles tienen nombres extraordinarios, alguno hasta la hoja, pero ninguno tiene el fruto. ¿O es que los vendimia, antes de que se vea el fruto, el director científico del jardín?

No es serio nada de lo que sucede en los jardines Botánicos; pues yo he notado que los directores nuevos, no pudiendo, como los de los museos hacen con los cuadros, cambiar los árboles de sitio, cambian los carteles, y ese que este año se llama *Apester conifera,* en el año pasado se llamaba *Cidalisa alba.*

De los árboles del Botánico debían colgar cosas extrañas, pero, en definitiva, propias de un árbol, dignas hijas de un árbol. Hay una segunda lógica para juzgar la naturaleza: esperar de ella cosas extraordinarias; pero aún hay muchas cosas fuera de esta segunda lógica, cosas que resultan completamente inadmisibles. Dentro de una segunda lógica, está un árbol hasta de peones para los niños—como duras peritas de San Juan—, pero no está admitido un árbol de café con leche, ni un

árbol de longaniza, ni el árbol de los cuellos postizos.

Entre los árboles que se podrían soñar en ese



Botánico digno de la espectación, está el primero de todos el árbol de los senos. Ese árbol existe en alguna parte, y quizás el árbol de la ciencia del Bien y del Mal, que no se acaba de saber bien de qué era: fué de senos. El fruto ese que primero

prueba el diablo al hacer que lo pruebe Eva, no puede ser el de su virginidad, porque si eso fuese, cuando llegó a Adán, hubiera llegado, cuando ya estaba medio mordida y probada en la soledad de Eva, en compañía de la serpiente, que fué la que la hizo ver que era exquisito y la susurró que se lo ofreciese por lo tanto a Adán. No podemos, pues, aceptar esa ofensa para el padre de todos, y por lo tanto hay que aceptar que fué un árbol de dulces senos.

El árbol de los senos será vistoso como ningún árbol y sus frutos se afondarán en el aire con pesado langor. Producirá en el aire ondas de voluptuosidad. Estará prohibido coger ningún fruto de ese árbol bajo la multa más alta de las multas, la multa que cae en el límite en que comienza la pena de muerte. ¡Menuda multa!

El árbol de los senos será exclusivamente el árbol de la contemplación.

Sentarse bajo ese árbol a leer será algo enervante, sin comparación siquiera con ese momento en que, estando leyendo uno, la mujer auténtica se acerca por detrás y reclina sus senos—¡sólo

dos!—en nuestra espalda o entre el hombro y la cabeza.

Entre los árboles que también debería haber en el Botánico, está el árbol de los cascabeles, cuajado de alegres y grandes cascabeles con sus rajas en forma de risa; el árbol de las campanillas y el gran cedro de los cencerros—los tres de la misma familia de los *sonoráceos,* entre los que

se podría contar el árbol de los peones con música—; el árbol de las borlas para los polvos, con sus borlas grandes y pequeñas, las grandes para las polveras máximas y las pequeñas para las polveras de dije; el árbol de los espejitos de bolsillo, brillante, espejuleante, cuajado de pájaros; algún árbol de condecoraciones junto a unas matas de rosetas—delicada y difícil planta la de las rosetas de la Legión de Honor, como exquisitas rosas de pitiminí—; el árbol de los capelos cardenalicios, del que quizás el único ejemplar está en los jardines del Vaticano, donde también está el ár-

bol de las bulas; el árbol de las peras de los timbres; el árbol de la goma de mascar; el árbol de las pastillas de sensén; el árbol de las habas para los roscones de Reyes, etc.

En ese Botánico, con todos los árboles que faltan, divertiríamos el ánimo y aprenderíamos el cultivo de los grandes y magníficos árboles, cultivando los cuales en vez de agricultor o arboricultor—mejor dicho—, pero con las mismas faci-

lidades, seríamos comerciantes, industriales u otra cosa quizás mejor.

Es necesario presentar a la humanidad el ejem-

plo de los árboles providenttes, magníficos, "proveedores de la Real Casa" por derecho propio, capaces de fundar, con su cosecha ubérrima, el bienestar soñado por la humanidad.

LIBERTEMOS LOS GLOBOS

Los globos tienen vida propia y sentimental. No he visto pasión más desgarrada que la del globo cuando, en vez de haberse escapado o haber estallado, va a casa del niño, que no sabiendo que hacer con él, cuando se duermen,

lo atan a los pies de la cama o lo dejan dormir suelto en un rincón del techo del comedor. El globo, en la soledad y en el silencio de la noche, intenta evadirse, se mueve con vida, empuja el techo con verdadera impotencia y desesperación...

Es una noche de agobio pasada con la aspira-

ción suprema de ascender, porque su vida es efímera y apenas tiene espíritu para una noche. Terso, brillante, como si fuese de cristal, se corromperá, se arrugará, se quedará mustio como una pasa, y todo eso en una noche. En efecto: nada más triste que el amanecer de un globo encerrado en nuestras atmósferas tan confinadas. Aparece

arrugado, pocho, con una especie de sudor frío que le ha quitado todo el brillo, como un pellejo senil. Es el cadáver de la noche, ajado, ético, finiquitado.

Tan presente tengo este fallecimiento de los globos que no ascienden en la tarde en que se les llena de gas, que para evitar que esto suceda, me he dedicado a libertar globos. Me arruinaré por esta filantropía; pero me arruino con gusto.

¡Es tan clara la mística aspiración que tienen todos los reunidos en el racimo de la vendedora, todos mirando al cielo con sus pupilas en lo alto!

—¿Cuánto quiere usted por todos?—pregunto a la vendedora—; y ella, sonriendo como ante una broma, mirándome como a un aviador, me da por fin un precio. Yo pago y saco unas tijeras y voy cortando uno a uno el hilo de los globos, a lo largo de mi paseo. Parece que me aligero también del conflicto de cautiverio de mi propia alma. Mi sensación es de que lleno el cielo de globos, muchos más de los que realmente lanzo. Siente la alegría del que lanza cohetes el que lanza globos, y el día

toma cierto tono de día de mi santo.

Les veo sonreir en lo alto y veo a los ángeles que, después de todo, son unos niños, queriendo coger los globos huidos, por el hilo que se les escapó como una larga angula.

Hasta ciento he llegado a lanzar en una sola tarde, la tarde más benéfica de todas. Parecía que el día, lleno de optimismo, lanzaba las alegres burbujas de su efervescencia hacia los cielos. Adorné el cielo como una verbena.

Cuando veo un niño con un globo sufro como sufría cuando, hace unos años, veía a un niño con una golondrina atada por la pata a un hilo también blanco y de algodón. Otros filántropos libertaron todas las golondrinas y ya no se ve aquel espectáculo de tener obli-

gado a un vuelo corto y contenido al pájaro de los vuelos más largos; al pájaro que ha venido de Egipto y que a Egipto se volverá.

A veces me acerco al niño para cambiarle el globo por otro juguete que llevo en el bolsillo, y al que doy cuerda para convencerle.

Como nota ejemplar que debe evitar que se compren globos, doy ese ejemplo de lo que le sucedió a un ama de cría yendo por el Parque con el niño en brazos y atada a una de sus manos un globo. El niño desapareció y, como decía su esquela de defunción, "subió al cielo".

LOS ESPEJOS GROTESCOS

Cuando alguien visita por primera vez Madrid, se le lleva a la calle del Gato y se le pone unos instantes frente a los espejos grotescos que hay allí como gran reclamo de una tienda de quinqués. Es algo típico eso, no sólo por los espejos, sino por la calle y por ese gran quinqué que iluminando la noche con una luz amarillenta, anuncia que en aquella revuelta hay una tienda de lámparas. Grandes dotes de comerciante debió de tener el primer dueño de esta tienda, y lástima fué que estuviese establecido en un rincón

tan oscuro de la ciudad divertida, pero no comercial.

Frente a esos espejos grotescos, la humanidad se ve grotesca, divertida, absurda y todos se encuentran mejorados cuando se miran de nuevo en el espejo normal.

Conducido ante esos espejos el magistrado que nunca sonrió, no tuvo más remedio que sonreirse de sí mismo.

Es curiosa la escala de emociones de esos espejos.

Al mirarse en el espejo que alarga, el gordo se siente aligerado, inverosímil, tal como quisiera ser, aunque no tan chupado, ni con tan alto sombrero de copa.

El hombre retratado en el espejo que alarga, siente algo así como si le hubiesen estirado artificialmente, o como si le hubiese aplastado y disten-

dido el rulo de las cocineras que aplana y lamina muy a lo largo la masa de las empanadillas. También parece que es uno como su propia sombra, expresiva, gesticulante, con el rostro y los detalles que le faltan a la sombra cuando se la ve en los caminos, tumbada frente a nosotros, porque la luna... ¿cómo decirlo sin ofendernos con la peor de las ofensas?, pues diciéndolo con franqueza: nos da por detrás.

El hombre retratado en el espejo que alarga, se siente un poco tísico y con esqueleto de alambre. "Tendremos que bajar la cabeza ante todas las puertas, tendremos que andar más despacio para no llegar demasiado pronto a todas partes, necesitaremos ocho metros y medio para cada traje, pareceremos fantasmas en la noche y tropezaremos con el saliente de los pisos entresuelos... No nos conviene", acabamos por decir, y nos trasladamos al espejo que achaparra y engorda.

En el espejo que convierte en enanos con anchos pies de elefante a los que se miran en él, las escenas son más de gracia que de asombro. Se convierte uno en el monstruo del pueblo, en ese enano bajo, pesado, de pantalones potrosos, que se encara frente a todas las cosas, con despatarramiento y nariz ancha y respingona en una cara dotada de unos grandes ojos de rana.

Nos convertimos frente a esos espejos en clowns de circo, con los trajes holgados que ellos suelen gastar. Seremos para siempre unos tíos cazurros,

picarescos, más anchos que altos, que andaremos por las losas de la vida como chicos a los que se les caen las bragas.

Frente a ese espejo que tanto nos singulariza y nos deforma, sentimos unas prontas ansias de volver sobre nosotros mismos, de devolvernos la verdadera visión de nuestra figura, y como si buscásemos la cartera en el bolsillo del pecho, buscamos nuestra fisonomía frente al aire azogado de la salida de ese callejón de las pesadillas, pues el mismo aire transparente y libre que abocamos nos representa sin engaño, con verdad de espejo llano, veraz y liso.

Todos hemos sido o muy largos o muy anchos frente a algunos espejos así, y nos queda cierta resignación de nuestra figura cuando vemos cómo seríamos de extraños si fuésemos o muy largos o muy chaparros.

Ante esos espejos, las mujeres no suelen quererse poner. Ha sucedido alguna vez que por haber visto de esa manera el novio a la novia en los espejos del callejón, se ha roto una boda, y hasta

alguna vez el novio se ha metido en un convento, espantado de lo que puede llegar a ser la belleza. El espectáculo de las novias bajetonas, anchas, con las alforjas de sus caderas tan exageradas, ha dado la posibilidad, el trasunto, de cómo serán esas mujeres cuando se casen, se adocenen o se apoltronen.

En el espejo que alarga, las mujeres, si llevan sombrerete, se convierten todas en institutrices inglesas, y se ve que después de todo, en la belleza redondita y de estatura regular, hay metida una institutriz inglesa que saldrá algún día. La miramos con desconfianza a esta mujer que nos había ofuscado con su presumir natural, escondiéndonos el tríptico de su verdadero tipo. "¡Oh, su alma es esa alma larguirucha!", nos hemos dicho después de verla retratada en el espejo que alarga, cerciorados de una verdad que rondábamos tan solo.

No solamente frente a esos espejos está la deformación óptica de la vista. Muchas veces es en la vida misma donde se verifica la deformación. Tenemos amigos que son el trasunto de la imagen en uno de esos espejos. Así, ese amigo largo es el que se arregló demasiado la corbata frente a uno de esos espejos y salió de tan larga contemplación convertido en ese ser larguirucho que es. Así, ese hombre pequeño, de pies torcidos, de gran tronco y de cabezota enorme, que se pasa las tardes en los cafés haciendo un equilibrio brutal con su cabeza, y mirando la punta de su ciga-

rro hasta que lo consume, es el hijo de una señora que cuando estaba embarazada de él, fué y se miró en el espejo que achica y hace zambo y escuerzo al que se mira en él.

COSAS SUELTAS

NUNCA se es rico en esas cosas sueltas que son necesarias. El día en que yo sea millonario—ya sé que tú harías lo mismo, querido amigo—compraría varios millones de cosas pequeñas. Gozaríamos de una tranquilidad absoluta gracias a esas numerosas habitaciones llenas de pequeñas cosas necesarias.

¡Cuántas veces ha pasado que por no tener alfileres se les ha caído la falda a las mujeres en medio de la calle, dándose el caso vergonzoso de que apareciesen en camisa, con la camisa agujereada de las mujeres honradas! Hay que tener papeles enteros de alfileres, series interminables de alfileres, ejércitos numerosos de alfileres. Seremos así en la vida como beligerantes máximos. Seremos Emperadores de Alemania. ¡Cuántas veces, por no tener un alfiler, no se han podido cerrar las cortinas del antepalco, y ante esa rendija, por la que parecían asomar todos los ojos de la sala, ella ha tenido miedo!...

Entre los millones y millones de cosas insignificantes, pero preciosas, que yo tendría, podrían estar los elásticos de los tirantes, articulaciones necesarias para nuestra comodidad y para poder sustituirlos inmediatamente cuando se pierdan.

Muchas veces se producen en el tirante "distenciones ligamentosas" que les inutilizan. Quizás si se tuviese paciencia, después de muchos días se repondría el tirante o se cicatrizaría su goma, pero no es cosa de esperar tanto. Entonces se recurre a un poco de cuerda o a un antiguo elástico. Con esos atares o amarres interiores nos sentimos paquetes mal atados o enfermos de apendicitis que no acaban de curarse. Si nos cogiese un automóvil y fuésemos conducidos a la policlínica, nos despreciarían los médicos y nos harían la operación de cualquier modo, hilvanándonos mal las heridas, sólo porque nos vieron los tirantes atados por los bramantes de ocasión.

Deberíamos tener muchos de estos elásticos, sobre todo los que tenemos la manía de aflojarnos los tirantes, de soltarlos o de llevarlos colgados

como un rabo satánico, dando así ocasión a que se nos pierdan sus elásticos artejos.

Yo no puedo escribir, por ejemplo, con los tirantes apretados. La tirantez sobre los hombros me cohibe, no me deja tener imaginación, me afonda, no deja que escape, que vuele, que me exceda.

Con tirantes me siento el forzado, el loco con camisa de fuerza, y eso de que "los globos que se escapan son las burbujas del champagne de la vida" que se me acaba de ocurrir, no lo hubiera escrito nunca con los tirantes puestos. El mismo escepticismo que campea en mis escritos necesita no tener los tirantes atados, porque con ellos no podría tener ese encogimiento de hombros que tengo ante tantas cosas. A veces me ha pasado que me han dado un álbum para que escribiese algún pensamiento y no se me ha ocurrido nada hasta que no he podido, disimuladamente, desabrocharme los tirantes; entonces he escrito cosas como esta: "Todas las noches echamos diez céntimos en el sereno, lo mismo que si fuese una hucha".

Otra de las cosas sueltas que conviene tener en una profusión fantástica son los imperdibles. ¡Qué admirable es un imperdible y qué necesario! Con un imperdible ligamos lo que se desarraiga, lo que se escapa, lo que, de otra manera, se nos caería. Con un imperdible hacemos los bandajes más preciosos, y en horas de urgencia, en horas en que falta el correspondiente botón charnela o pieza

precisa de nuestra indumentaria, el imperdible le sustituye admirablemente bien.

—¡Un imperdible! ¡Un imperdible!—hemos gritado muchas veces, desde las balaustradas de las escaleras en las pequeñas repúblicas o desde la puerta que da al pasillo en las casas más privadas. Ese "¡Un imperdible! ¡Un imperdible!" es un grito de ¡socorro! auténtico, digno de ser oído, y muchas veces una criada o la portera nos subían el imperdible necesario. Alguna vez hemos estado a punto de casarnos con una muchacha por las muchas veces en que nos ofreció oportunamente y con gran abnegación, imperdibles e imperdibles. ¡Ah! ¡Pero al fin no quisimos el enorme y cerrado imperdible del matrimonio! ¡Para las cosas que sirven los imperdibles! Son como el sindetikon para la indumentaria, el sindetikon para usos íntimos.

También las *poleas,* las *muletillas,* los *pasadores,* los *gemelos* para las camisas merecen ser comprados en esos cartones que compran las modistas y de los que es agradable irlos arrancando, desflo-

rando lo nuevos que son y como cortando el cupón de ese margen de riqueza práctica.

No hay nada que deje más en casa, que agüe más la fiesta, que inutilice más la "toilette" masculina, que no tener una de esas muletillas o pasadores. Hay que tenerlos de dos telas, porque podría suceder que su cuello no alcanzase todo el denso grosor de nuestros cuellos superpuestos. (También hay que tener cuidado que no sea demasiado largo y sobresalga por detrás del cuello de la americana, como si fuésemos a ser colgados de eso.)

Hay momentos en que por una muletilla daríamos toda la fortuna, pues hay que ir irremisiblemente a esa recepción, y si vamos sin ella, el cuello postizo se nos podrá desprender y toda la noche estaremos volados y sin espontaneidad. ¡Pues no es nada también, una conferencia en que el conferenciante siente que le falta el pasador!...

Seamos pequeños almacenistas de esas cosas sueltas.

GREGUERIAS RECIENTES

Ese farol que suena en la noche parece que viene de una verbena con el pito en la boca.

* * *

Ese soldado que pasa por esos desalmados des-

campados de las afueras, ¡cómo se destaca! ¡Cómo se queda de pequeño! ¡Cómo se convierte en un soldadito!

* * *

En las cajas de los relojes de pared se oyen ruidos que no son de los relojes, ruidos que parecen despertados, porque se rebulle allí dentro el gato del tiempo.

* * *

¡Con qué urgencia apartamos las lámparas de la noche cuando a la mañana las encontramos empinadas en medio de la mesa! Su moda, que está bien en la noche, resulta cursi y sobrante por la mañana. Muy al lado nuestro en la mañana nos atosigan, nos abruman la cabeza, y eclipsan la luz matutina, como si la gran luna se interpusiese entre el sol y nosotros.

* * *

En otoño una sombra de lápiz hace perderse los fondos de las calles. Insiste el lápiz número 3, y pone un sombreado confuso y entrecruzado de mina de lápiz en el confín de la calle.

* * *

Hay los días de sol esmerilado.

* * *

Hay ahora noches en que los cristales, sobre

todo los de los miradores, toman los nácares de la luna y se convierten en cristales con reflejos metálicos o en grandes ópalos de las casas.

* * *

Hoy he visto pasar un canastillo de flores de tan mal gusto, tan tristón, tan fúnebre, que veo ya morir a la señorita a la que ha ido dedicado como una corona.

* * *

Tienen una última coquetería otoñal los álamos y los castaños de indias. Parece que un dibujante distribuye sus hojas, busca efectos en su agonía, tiene en cuenta cómo se ha de destacar sobre el cielo cada detalle.

* * *

La Providencia sabe cosas absurdas, como cuántas sardinas han existido desde la creación... La estadística de todo se lleva en sus oficinas.

* * *

Al pintar de yodo el pecho, se debía hacer menos a la brocha gorda, menos como se pinta una puerta... Habría que dibujar cábalas, exorcismos, invocaciones, dibujos salvadores, optimistas flores de salud.

* * *

Parece mentira que todo eso de que se ocupan

los libros de Medicina sea posible en nosotros.. ¡Menuda importancia nos da eso!

* * *

Esas grandes gotas pesadas, terribles, que a veces caen sobre nuestros sombreros son otra cosa que nos ha lanzado la Providencia, como esos niños que se asoman a los balcones, escupen al transeunte y se meten corriendo.

* * *

Hay unos bichitos que aparecen sobre las páginas de los libros inverosímilmente pequeños, como puntos, y que son como ideas o como hijos de las ooo... Yo, por lo menos, no me atrevo a matarles, temiendo matar la menuda máquina viva de una idea del libro... A lo más, los soplo, y desaparecen como lo vago y lo espiritual.

* * *

Esas muchachas que andan echadas hacia delante, cuadradas y opulentas como toros, necesitan que surja el flamenco matador que se las entienda con ellas. Yo no seré el que salga de la contrabarrera.

* * *

Podríamos escribir si no hubiese vino, hasta si no hubiese café; pero si no hubiese agua, no... El agua es un poco de espacio condensado que nos

bebemos, un poco de espacio y de tiempo, y de ella brota la inspiración cabal.

* * *

Los eucaliptus durante la primavera se quitan la camiseta que cuelga hecha trizas de su tronco.

* * *

Aquel hombre estaba todo lleno de lápices, como si fuese un alfiletero de lápices, todo por si se le ocurría alguna vez el pensamiento genial... ¡Ah! Pero el pensamiento genial se le ocurrió cuando se ahogaba y por lo tanto no pudo usar sus lápices.

* * *

En toda cocina de casa desalquilada parece que se ha cometido un crimen con descuartizamiento y quemazón.

* * *

Estando al lado de la grúa que trabaja y se mueve, parece que se viaja, en viajes cortos, monótonos y desesperantes, dignos de que el que tiene que soportarlos se mate para siempre.

* * *

El día que la campana del tranvía resulta muy aguda y xilofónica, es que va a llover.

* * *

Las patatas "souflés" de los tupis del verano

son el aprovechamiento de la viruta de las carpinterías, son la viruta frita, la patata que la garlopa, incansablemente, parte como el cuchillo de la cocinera la fina rodaja de la patata.

* * *

El interior del automóvil tiene un alma reposada, fría, cauta. Es rápida, y como de "caja registradora" la reflexión o la meditación en el fondo del automóvil; pero es conducente, y los pequeños problemas se resuelven con una facilidad que es difícil preparar cuando se va a pie, porque en ese alma reservada del automóvil hay algo como un mecanismo de máquina calculadora, de sumar, de restar, de multiplicar, de dividir... En esa perspectiva que se ve por la ventanilla de delante está todo. En ese espacio que hay dentro del mismo coche se divisa todo con una separación que deja tener cierta egoísta impasibilidad... Hay en el automóvil una cosa de rincón—ese rincón que se buscan las arañas—que da un gran retraimiento al que va dentro. Así hay un momento en que le ven todos, y otro en que no le ve nadie.

* * *

Durante los primeros días del Metro y aun todavía respira y traspira todo el fondo de Madrid por las narices y las bocas del Metropolitano, sobre todo por la naciente estación metropolitana de la Puerta del Sol, sale todo el olor del fondo de

Madrid, y, sobre todo, de la Puerta del Sol, cuyas profundidades cuaternarias no respiraban hacía tantos siglos, ni echaban fuera la humedad de la fuente que hubo en ese sitio.

* * *

Al mismo tiempo, se cruza con este olor y se huele en más sitios un olorcillo a silvestrería quemada, un olorcillo delicado, suave y humoso... Saliendo por las afueras, y viendo la ignición en que viven los tejares, se piensa si será el olor de esa paja y ese abono, con que se hacen los adobes que ahora se hacen por millones, lo que bien filtrado por la distancia pone ese olor rústico en todo Madrid.

* * *

Cuando, como sucede ¡demasiadas veces!, va solo el entierro del niño pequeño, como si fuese un niñito japonés, parece que piensa el cochero: "¿Dónde le podría dejar para no ir tan lejos?", y quizás lo olvida en un rincón o sabe dónde depositarlo que no sea el cementerio lejano... Ya a ese niño no le encontrarían nunca, por mucho que lo buscasen, los que le dejaron ir solo.

* * *

Hay noches que, en vez de enlunecidas, resultan soleadas, y esas noches, los árboles, satisfechos, danzan en corros alrededor de esa luna alegre y

espléndida. También bajo esa luna, y por su fuerza, no se nota el amanecer.

LAS NUEVAS Y LAS ANTIGUAS PUERTAS

Las puertas antiguas, recias, claveteadas, formidables, van siendo substituídas por las puertas de cristal y de hierros finos.

Se está salvando así al portal de su angustia; pero se le quita aquella seguridad que daban a la casa las antiguas puertas, aquella inviolabilidad de castillo, aquella consistencia de recinto amurallado.

En los momentos de algarada y de pánico las gentes se metían en los portales y se quedaban protegidas dentro de ellos. Ahora las armas de la fuerza pública podrán atacar a los que se escondan en los portales de puertas de cristal, apuntándoles desde fuera.

Hemos ganado en luz con estas puertas, más civilizadas, y, sin embargo, parece que la casa está más indefensa y hasta las pulmonías y la muerte entran mejor por esas puertas de cristales. Eran de más abrigo y libraban más del mal aquellos portones sólidos y herméticos.

Ahora, por las puertas de cristales se ve la luz del ascensor como pequeña capilla de las elevacio-

nes al cielo y a veces se ve a un vecino que quiere salir y no puede; pero al que no le corre prisa no tiene la agonía antigua de estar así en el portal obscuro.

En los lutos, el cerrar la media puerta de madera era un luto riguroso. En estos es un luto trivial, transparente, que apenas se nota y muchas veces ni siquiera se puede hacer ostensible, porque toda la gran puerta es un armazón de cristales en la que sólo hay una pequeña puertecita en medio, cuya media hoja única no podrá cerrarse por ningún vecino. ¡Sutil martingala de algún casero temeroso de los duelos y los pésames!

Por estas puertas de cristales se ve toda la vida privada de la casa y se puede fisgar el secreto de su alma y hasta adivinar el sitio por donde es vulnerable. Quizá rompiendo este cristal se podría abrir el picaporte o destornillar la cerradura. Toda la casa está vendida y en manos del ladrón, cuyos ojos, por lo menos, introducen sus miradas y cuyas manos, como manos de gorila a través de las rejas de su jaula, parecen llegar muy lejos y muy hondo.

Se ve por esos cristales algo así como las lamparillas que lucen en los pasillos de las miedosas, y se ve moverse el volante del reloj de la casa como en esos relojes en los que se ve la maquinaria a través del cristal.

Cuando abre el sereno estas puertas, parece que se abre una cosa que ya está abierta, y por eso

cuando tarda y se está junto a la puerta de cristales se siente la impaciencia de estar dentro y fuera pasado el dintel, y, sin embargo, sin poderlo cruzar. ¡Qué horrible y desesperado suplicio el de esos amaneceres de domingo en que ya se ha ido el sereno y del otro lado de la puerta de cristales esperamos que se levante el portero, porque no hay la esperanza de que salga ningún trabajador!

—¿Pero es que no habrá ninguna beata que vaya hoy a misa?—pensamos escandalizados como fanáticos observantes.

LAS BASCULAS PUBLICAS

Las básculas publicas tienen algo de confesonarios públicos. Ahí están muy herméticas, guardadoras del secreto de muchas "pesadas", aguardando al que confíe en ellas y quiera saber la dolorosa o risueña verdad de su peso. En seguida, con una discreción admirable, volverá la manilla a señalar el cero, el fiel, el mediodía del aparato, el dedo en los labios, el punto en boca sobre el secreto de confesión.

Muchas veces, al ir por los jardines, me parecen relojes que señalan una hora burlona, una hora que no es, pero que parece una hora. la hora del jardín quizá.

Al verlas en los paseos los días de otoño o de invierno, señalan una hora lívida, la hora en que las esferas de los relojes están muertas de frío, la hora de las hojas caídas. El gran pie de falso reloj está frío como la nieve y se posan en él algunas hojas caídas.

Entre unas y otras hay diferencias de apreciación. La una señala un peso y la otra otro. Según su simpatía o su antipatía y quizás buscando por medio del halago que les busquen con más frecuencia. ¿No será también la diferencia específica del aire de un sitio o de otro?

Algunas tienen tal falta de memoria que si el viandante que acaba de pesarse repite la operación, ya el peso es diferente.

¿Podemos confiar más en esas básculas cuyo aparato de relojería se ve? No, el peso en esas vistosas básculas nuevas es un poco demasiado

sutil, en el que figuran hasta esos dos sellos que llevamos en la cartera.

Recordemos esas miradas que hemos cambiado con esos relojes a través de la vida y cómo su visión ha entrado en la composición de lo que se pudiera llamar "el marchamo de la vida".

"¡Ya no vemos las básculas públicas!", nos diremos cuando hayamos muerto, y en esa lamentación probaremos con más desconsuelo el absentismo y el ausentismo que es la muerte.

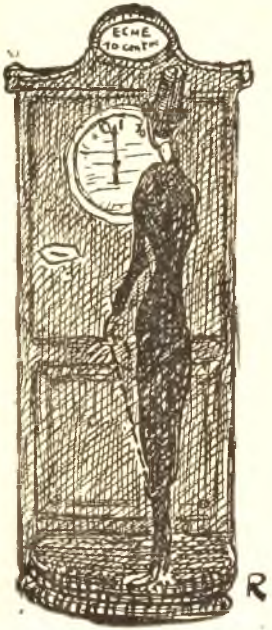
Esos relojes parados, que pueden señalar más de cien horas—terribles cien campanadas que tienen que oír los muy gordos—tienen una psicología divertida de divulgar. ¡Que sepan por lo menos que las conocemos!

Dentro de esos confesonarios de hierro se esconde todo el egoísmo del dueño, del contratista, del patrón. Al que no eche diez céntimos, no le pesan.

Todos alguna vez, sin diez céntimos, nos hemos subido a su peana, a su gran bota, a su limpiabarros de hierro, y nada, han permanecido inconmovibles, sin ninguna oscilación en la manilla interesada.

No tiene ni un día de consulta pública el muy agarrado aparato, ni un día en que los pobres famélicos puedan pesarse para saber que pesan tan poco que deben cuidarse a todo escape o los que están en curación puedan saber cuánto han ganado o han perdido.

No oye las lamentaciones. Aunque se le grite desde fuera: "¡Pésame, por el amor de Dios!" no hará ningún caso.



Esa manilla que es tan sensible a la lisonja de los diez céntimos, no se mueve siquiera aunque se suba a la plataforma un gigante o se dé en ella la más fuerte patada si no se han echado los diez céntimos.

Son impasibles para todos menos para los que echan su limosna en el profundo cepillo de hierro. A los que echan diez céntimos les sonríe la manilla y bromea con ellos, asustándoles primero con sus oscilaciones hasta que se queda parada con el verdadero peso. A algunos les gasta una verdadera chirigota quedándose con los diez céntimos y no moviéndose. ¿A quién llamar en ese caso? Es irritante el mutismo en que se mantiene la muy ladrona. Una vez que me pasó a mí eso, recurrí al Juzgado de guar-

dia y conseguí un mandamiento del juez para poder abrir y registrar a la ladrona, a la que no sólo le quité mi perra goda, sino toda la calderilla que había robado.

A veces la báscula pública excomulga, desahucia, avisa, y yo he visto un día a un pollo flaco bajo cuyo peso la manilla, en vez de avanzar, retrocedió hacia el menos uno.

Los gordos cuelgan su bastón y su sombrero en una de las esquinas de la báscula y aun así reciben un susto. No acaban de creerlo y se están un largo rato, disfrutando también de los diez céntimos, pues mientras no se quiten de la plataforma la máquina está viva, sensible, vibrante.

Esos cofre-fort al aire libre son algo muy expresivo de la vida. Un humorista se esconde en ellos.

Hay ahora muchos pesos públicos en Madrid, como si el pesarse fuese un artículo de primera necesidad. Por lo visto hay muchas personas que necesitan saber su peso exacto para comenzar o no comenzar un régimen y para seguirlo o no seguirlo. Además, ¿qué vamos a hacer con diez céntimos?... Pues pesarnos.

Estos pesos actuales son pesos maravilloso, pesos científicos, en vez de aquellos pesos opacos, con pesada armadura de hierro, que en el fondo tenían el funcionamiento de las "romanas".

No ha subido con ellos el precio de la "pesada", y aunque ha mejorado mucho la máquina y se pue-

den ver los resortes y el funcionamiento de sus músculos y sus nervios.

La afición a pesarse ha crecido mucho en vista de tan relucientes y perfectos pesos, en cuya precisión hasta figura el que se haya tirado o no la colilla que se tenía en la mano. Con estos pesos pasamos del reloj caldero al reloj extraplano.

Claro que ningún peso es tan preciso como el de los doctores, que al mismo tiempo os tallan en sus pesos como si fuéseis a entrar de nuevo en quintas, y después hacen una diferencia entre el peso y la estatura, y descuentan el tacón... ¿Que no es más que el tacón? Hombre, algo es algo, después de todo, pues casi nadie nos hace nunca descuento.

Pero como no vamos a irnos a pesar a casa del doctor porque representa eso mucho dinero, ya es una perfección manifiesta la de esos pesos establecidos en todas las esquinas de Madrid, que son de la familia de las máquinas calculadoras...

Este pueblo que no come es así; compra torraos, muchos periódicos y revistas ilustradas, toma muchos tranvías, y después se gasta el dinero en pesarse para ver lo que ha perdido, o lo que ha ganado, porque es un pueblo de naturaleza tan arbitraria que engorda de pronto de no comer...

En este momento Madrid es la ciudad de los pesos, como es la de los limpiabotas, los tupis, los quioscos.

Tal negocio debe ser el de los pesos que permite que tengan un empleado a su lado, que antes es-

taba de noche también, hasta que les han construído esa caja blindada de violones en que les encierran para que pasen la madrugada.

¡Pueblo optimista de los pesos y de las fotografías en el acto en aeroplano o en automóvil!

LOS SOMBREROS DE PAJA

Necesitamos meter nuestras cabezas en la caja blanca de los sombreros de paja. Así como el sombrero de fieltro ha apagado la luz natural de nuestra cabeza, como si fuera una caperuza apaga bujías, el sombrero de paja dejará que entre la luz del día en nuestras molleras, y sentiremos en lo alto de la cocorota la alegría que se siente en las altas linternas de las iglesias.

Todos renovados, nuevos, con ideas mañaneras y con deseos de paseos largos bajo los árboles, saldremos de la sombrerería en que hemos ido a comprar el sombrero de paja.

El escaparate de la sombrerería dedicada a los sombreros de paja, está muy engañoso; todos los sombreros de paja parecen lo mismo, y, sin embargo, una clase es para el burro, otra para el listo, otra para el petimetre, otra para el reporter, otra para el novio noviero.

En verano está optimista como nunca el escaparate de las sombrererías, y como sus sombreros se reproducen en los espejos y en los hijos de los espejos, parece que asistimos a los juegos de lanza-

miento y vuelta a la mano que los lanzó, esos juegos que hemos visto en algún circo por muy exper-

tos malabaristas, que al final aparecían envueltos por una nube de sombreros de paja y como verdaderos fabricantes de jipi-japas.

Se mira mucho el escaparate, se elige sombrero y después se entra en la tienda y ya no se sabe cuál se eligió, porque vistos desde dentro de la tienda todos son diferentes a como se les vió desde fuera.

Lo que tiene uno que tener gran cuidado es de no escoger el sombrero de paja que han de usar los ciegos esta temporada. Los ciegos que forman las orquestas callejeras acostumbran escoger una clase de sombrero de paja cada temporada, y con ellos sobre las cejas y el cordoncillo que evita que se vuelen atado a la solapa, convierten en una clase de sombrero miserable y plebeyo el que escogen.

Tampoco debe escogerse una clase de sombrero de paja que se podría llamar sombrero de corista, es decir, de esos sombreros que en los pasacalles sacan los alegres coristas veraniegos de "Al agua, patos", por ejemplo, y con los que dan varias vueltas alrededor del escenario, todos en fila y patosos.

Hay que cuidar también de no escoger el sombrero de cura que va de paisano, ni tampoco el del sudoroso empleado del Banco encargado de llevar el aviso de las letras por las calles calurosas del verano.

Es difícil la elección de sombrero de paja, porque no puede ser ni muy alto de copa que dé aspecto de mamacón al que lo lleve, ni muy bajo que

le salga en seguida a la tapa el lobanillo que le imprime nuestra cabeza, haciendo el efecto de que tenemos una cabeza puntiaguda o enchichonada.

Si es ancho de ala el sombrero de paja, nos dará un tipo de labriegos, de hombres que han sido segadores antes de hacerse señoritingos. Si es estrecha el ala, pareceremos flautistas, primeros galanes cómicos, casas de alero escuchimizado, cabezas parlanchinas y disonantes.

Que nos perdone el sombrerero, pero tenemos que coger y sopesar en las manos muchas de esas rosquillas tiernas y quebradizas, cuya calidad apreciamos haciendo chasquear un poco de paja, como los buenos compradores de pan el pan que escogen.

Los sombreros son unos admirables equilibristas. Al profano le da miedo ver todas las columnas de sombreros de paja. Sorprendemos debajo de todos el que nos gustaría ponernos ante el espejo insultante, desairado, entre dos luces evidentes, espejo sin familiaridad, que corta la cara del que se prueba sombreros.

—¿Podría ser éste?

El sombrerero no rechista. Va y tira de ese sombrero que está el último de todos. Todas las columnas oscilan, y sobre todo la que ha sido atacada en su base parece que se desmorona. Nada. Todo vuelve a su sitio.

¡Bravo!—le gritaríamos muchas veces al sombrerero, que hace un trabajo más complicado que el que tira el sombrero al aire y se lo encasqueta.

El gran trabajo de equilibrio que ha hecho el sombrerero nos va a obligar a llevarnos este sombrero. Nos lo ponemos, y pensando cómo han temblado las columnas al alcanzárnoslo, nos resignamos a llevarlo todo el verano.

Salimos de la tienda. Poseemos un trigal nuevo. Nuestras ideas son como ideas en cestillo; se nos escapan, se nos van. Vemos el paisaje y a las gentes por entre los intersticios del sombrero. Nuestros pensamientos parecen bañistas en la caseta.

Nos hemos rejuvenecido con el sombrero de paja y parecemos más frívolos. Somos seres un poco coloniales.

Tiene algo de una broma que nos gastamos a nosotros mismos ese sombrero de paja.

Si ocurre que tenemos que saludar nada más salir de la tienda con nuestro sombrero de paja, lo tratamos como si fuese aún flexible, y nos encontramos con la tapa inflexible que no se puede agarrar dándole un pellizco. Hay que quitarse el sombrero de paja agarrándole por el ala dura.

Más volanderos somos con sombrero de paja que con sombrero de fieltro. Resultamos de más baja estofa. Somos como botellas cubiertas de paja o algo tan así embolado de un modo barato y simple. Nuestros pensamientos ingenuos van a la deriva por un río, como Moisés en su cestita.

Somos gentes al por mayor con sombrero de paja, y nos mezclamos—por más que llevamos caminos distintos a ellos—a los hombres de las ker-

meses y a los hombres que en los bares al aire libre sorben de pie, alrededor del mostrador, una limonada como servida en el pesebre, con las tres pajas de repuesto. En Junio somos todos de la Archicofradía de sombreros de paja y nos alcanza la misma responsabilidad que a todos. Estamos en el grupo de sombreros de paja que se aglomeran alrededor del estribo del tranvía, queriendo subir todos al mismo tiempo.

Entramos en la gran bolada del sorteo y somos más de la multitud ciudadana como vista a vista de pájaro.

Váyase lo uno por lo otro en pro y en contra del sombrero de paja, y aceptémosle por como refresca nuestras ideas y nos sentimos bajo un sombrajo rústico y amable. ¡Ah, pero quitémosle el forro y ese redondelito que a veces tiene una fina concha de corcho, porque con eso y sin eso es como nuestro tapón y algo así como la postal de regalo con orla de cañamazo!

PAN DURO

Otra vez ha vuelto a su auge el comercio de pan duro. De nuevo en las prenderías hay grandes sacos de pan duro y mezclados a los baúles, los aparadores y los zapatos viejos, que se venden en ellas.

El saco de pan duro es enorme y está lleno de pan hasta los bordes.

En algunos rincones de la harpillera se señala

el corvejón de un pedazo de pan más recalcitrante que los otros, algo así como el juanete del saco.

En muchos pedazos de pan se nota la huella de los dientes, y si hubiese medio de seguir los indi-

cios "dentilográficos" como los "dactilográficos", encontraríamos el pan que comió el asesino después de cometer el crimen.

Los dientes de los niños son los que más figuran en esos cuscurros de pan. Se ve al niño que va al cajón del pan y sólo se encuentra un pan medio duro y hace el intento de comérselo. También se ve al niño que juega con el pan, que la madre desaprensiva le da en vez del "chupón", pedazo de pan martirizado, que se le cae al niño cien veces y cien veces lo recoge la madre, pedazo de pan que hace que el niño se atragante y, o lo lance lejos de sí, consiguiendo que sea una de esas pedradas certeras que se cargan la pantalla de la lámpara o la jarra del agua.

Alguno de estos pedazos de pan fosilizado es el último pedazo que mordió la persona que se puso mala y se levantó de la mesa para no volver a sentarse nunca. Quedó en el pan duro el grabado de sus dientes como en una dentadura postiza, y quedaron sus microbios.

¿Cómo siendo los pedazos de pan tan antihigiénicos detritus de la vida, tan sobados tarugos de la manutención, pueden figurar impunemente para que los bolleros fabriquen sus bollos, sus mojicones y sus galletas y los expendan como nuevos? ¿No los utilizarán también los fabricantes de pan rayado?

Habría que enterrar y dar esas sopas a la tierra, como el abono de pan que está pidiendo. ¡To-

dos estos grandes stoks de pan duro como desayuno de las huertas!

Es lamentable ver los sacos en las prenderías. Parece que, a espaldas nuestras, nuestra cocinera ha llevado allí las grandes faltriqueras llenas de pan duro y nos resentimos al ver aquella enorme promiscuidad, pues el pan que se ha tocado conserva algo íntimo nuestro y es como carne de nuestra carne. Es como si se almacenasen reunidos en esos sacos algo carnalmente humano, arrancado a la vida por esa operación quirúrgica que nos hacen los días sólo con pasar.

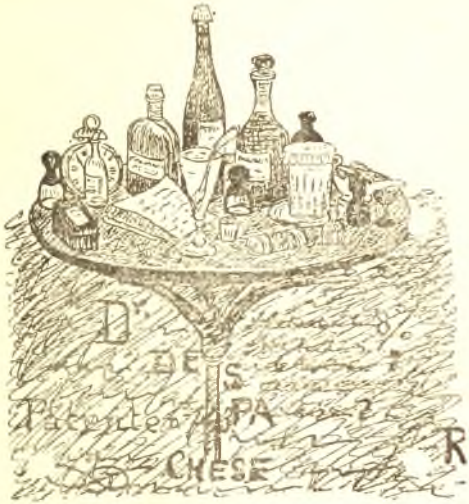
Los miserables sacos de pan duro no se recatan, y se abren, como sacos de carbón blanco, al hambre de los que no pueden elegir su muerte, ni pensar de qué enfermedad van a morir. Cada día parecen más duros y se piensa que algún día serán sus mendrugos grava para los caminos.

MESA DE ENFERMO

Este cuadro sí que podría titularse "Naturaleza muerta". La mesa de enfermo busca el centro de la habitación y consigue toda la atención de todos. Cuando la mesa de enfermo se encastilla en medio de las habitaciones, ya no se ven los cachivaches, ni los cuadros, ni nada de lo

que es el adorno de la habitación los días serenos.

Es la mesa del enfermo como la mesa del prestidigitador, y atrae sobre ella la curiosidad del mismo modo.



La mesita convertida en mesa de enfermo ya ha fallecido. Los jarabes, los sublimados, el alcohol que se escapa del infiernillo y se incendia como un reguero de fuego sobre la mesa, la dejarán inutilizada, sin barniz, con lamparones inextirpables.

En la mesa de enfermo se destaca generalmen-

te, como la más alta, la botella de agua mineral, con su larga suma de elementos escrita en la etiqueta—¡imposible, imposible que en un litro pueda haber tantas cosas!—. Alguna vez, la que se destaca es la botella azul-moradesca de la manzanilla, que no es de la manzanilla, sino de lo que tiene miedo a la luz.

¿Cómo podrá morirse el enfermo después de tener esa mesa llena de ingredientes?...

El que cuida de dar cada cosa de las que están prescritas a hora distinta, parece un ajedrecista planeando una jugada.

El despertador parece una medicina entre las medicinas; pero es lo que peor pone al enfermo, cuyo cerebro blando es hecho picadillo y papilla por la lancetada constante del tiempo afilado y punzante de los despertadores.

El vasito azul para lavar los ojos, a los que también se ha corrido el catarro; el cuentagotas, lleno del miedo y de la timidez de que salga una gota más entre las gotas; las ventosas, bocinas silenciosas, segundas pezoneras, o biberones que vienen a proteger al ser humano de nuevo, en la infancia peligrosa, que es el peligro de muerte.

El vaso, con su gorrito blanco encima, el vaso enfermo también, el vaso con hábito de hermana de la Caridad. Así, el vaso familiar se pone a la altura de las circunstancias.

La copa, con su cucharilla metida, es la copa temblorosa del enfermo, la que tirita cuando los

coches pasan y hacen que se mueva la cucharilla en la copa, ese fenómeno que logran también los buenos prestidigitadores.

Todo está dulcificado, apiadado, y tienen un gran contacto de codos unas cosas con otras, conmovidas y dispuestas a salvar al enfermo entre todas. Todo está congregado por el mismo sentimiento de verdadero interés. Como la familia, como los hermanos, que han olvidado sus rencillas.

No es desarmónica la mesa del enfermo, y es un piscolabis cuyos componentes, tan distintos, se completan en una especie de soconusco salvador.

Bajo la mesa del enfermo, en la oscuridad, bajera, está, como sostén, la receta del doctor, su "Despáchese", firme y terminante como una orden del rey; su "Patente número tantos", que es como la legitimidad del autoritarismo: la medalla del agente y su rúbrica, como una rúbrica notarial.

¡Conmovedora, inolvidable, descacharrante mesa de enfermo! Comienza por un frasco y acaba como un botiquín, en el que todo se renueva y está dispuesto a persistir. Es la verdadera mesa revuelta, y tiene algo de bandeja de Navidad, de la extraña Navidad del enfermo.

EL PRODUCTO DE LA FIESTA

Después de pasada la Semana Santa aparecen en los escaparates de los fotógrafos las fotografías que fueron algo así como la redada de la fiesta, las miradas que quedan de aquellos días, las mujeres de mantón de Manila que más simpáticas fueron a los ojos de las fotografías.

Subieron a la alta torre de los fotógrafos las que se creyeron más en su día definitivo y las que creyeron que éste iba a ser su último año de estar bien con la mantilla. Hay rostros alegres y exultantes, y rostros consumidos, tristes, en cuya expresión se ve que se creyeron mirar en el último espejo de su belleza.

Así como el Carnaval lanza, después de su locura, numerosos retratos de locas en enaguas, así el Jueves y Viernes Santo tienen una repercusión que brota en los luminosos días de la primavera, como el recuerdo de un luto proverbial, ya como si esas mantilleras estuviesen preparadas para ir a los toros.

Lo que se ve en el producto de la fiesta lúgubre y encantadora es que las peinetas han aumentado, fenómeno de crecimiento que me tiene horrorizado. Es una verdadera depravación del sentido de

la peineta este exagerarlo de un modo absurdo. incontinente, desmedido.

En los escenarios, últimamente, se ven avanzar las más monstruosas peinetas, lentas, como si la cupletista llevase un cántaro a la cabeza con un

equilibrio forzado que descompone la agilidad. Con algo de nueva rica en peinetas, hacen que la fabriquen una mayor. Así, la peineta, que es una cosa

graciosa que acentúa la expresión, resulta una cosa abrumadora, como una tiara o una coyunda.

¡Abajo esas peinetas recargadas, procesionales de circo y de una majadería indescriptible!

¡Qué redicha y con qué cresta más tonta resul-

ta la que se pone esas peinetas de torrecillas pretenciosas que pesan sobre la cabeza femenina como pesa la tontería!

Ante el producto de la fiesta, presente en los escaparates de los fotógrafos, ya muy reveladas y cuidadas las fotografías, hemos observado bien esta absurdidad creciente de las peinetas, que parece que colocan las mantillas sobre el largo cucurucho de las hadas.

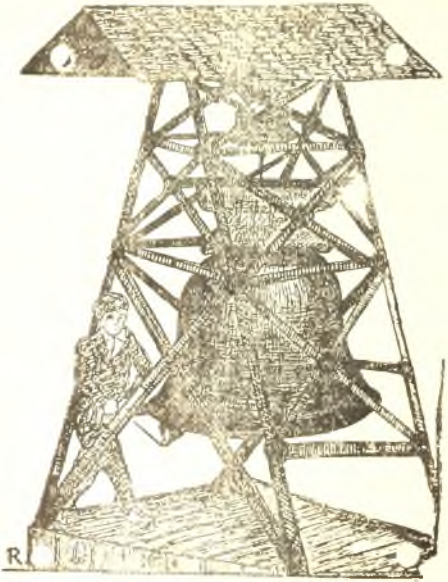
En las fotografías callejeras de la fiesta, también expuestas en los escaparates públicos, se nota el mismo contraste, viendo cómo resultan achicadas y desniveladas nuestras pequeñas mujeres bajo las altas mantillas. En esas fotografías, que han recogido los fotógrafos de afición con el gusano del kodak, como haciendo las fotografías con el ombligo, hay grupos que con la mantilla más alta sobre la cabeza y más ceñida a su óvalo pondrán más serios y enamorados a los corazones.

LA CAMPANA DE LA CATEDRAL

Nuestra catedral no avanza nada, aunque eso es porque la están haciendo hacia abajo, hacia el fondo de la tierra con las cúpulas invertidas. Pero aunque la catedral no avance, tenía que poseer una campana, porque con esa

campana espera llamar en su socorro a las almas caritativas, espera convencer al pueblo.

Es notable esta campana, formidable de tono,



pero "niña", es decir, sin remontarse aún, sin altura, soportada por un andamiaje de hierro.

Sólo las campanas de la guerra tuvieron ese gesto y esa colocación, aquellas grandes campanas que bajaron de lo alto y que unas veces servían para

llamar a la última misa de la ciudad y otras para congregar a las huestes para la batalla.

Esta campana de la catedral de Madrid, rasera del suelo, es conmovedora. Sus tañidos imitan los de las grandes catedrales, y para los que estén lejos de ella será como si cayesen muy de lo alto.

El que la toca resulta un poco desairado como una especie de tranviario, en vez de parecer el solemne campanero que es. Se le ven hacer unos terribles esfuerzos para que se mueva el pesado badajo, esa lengua hinchada y fofa de la campana. Tiene que hacer fuerza apoyándose en los refuerzos de hierro y descansa fatigado con la lengua fuera cada tres golpes de repique.

Es esta aparatosa máquina como esos hombres chiquititos de los que sale un gran vozarrón.

BERLANGOT

Hace ya muchos años que se levanta ese quiosco blanco en la esquina de la calle del Barquillo.

De pequeños hemos comprado los primeros *berlangots* en esa confitería al aire libre. A la ida o a la vuelta del Retiro o del Prado, resultaba y resulta muy fácil pararse y comprar un cucurucho

de *berlangots*. Está colocada esa garita en el sitio estratégico para los bombones.

No creíamos que iba a durar tanto ese puesto

tan desabrigado, en el esquinazo de los vientos, de los fríos y de los calores de Madrid; pero es admirable, y merecía la cruz de Beneficencia, cómo han pasado los inviernos y los veranos, impertérritos,

vestidos de blanco, sonrientes, el dueño y la dueña.

Sobre todo el frío y las heladas no creí que las iban a pasar tan airosamente, aunque él se defendiese entrando en reacción con el activo amasamiento del dulce y ella entrase en reacción metiendo *berlangots*—con las tenazas de plata—en los cucuruchos de papel.

Primero, la expectación que causaron fué enorme, y siempre rodeaba el quiosco un público pazguato, que le veía a él, vestido de cocinero, colgar de ese gancho lateral que hay junto a la ventana del puesto la madeja o la cabellera del caramelo tierno, compacto, elástico, mil veces amasado y mil veces distendido, desgarrado, deshilado, desmadejado en el fiero gancho. No se acaba de mirar aquel destejer y volver a tejer de la masa pegajosa y densa. No llegaba nunca el punto en el párrafo del trabajo, y sólo después de una larga espera se veía maniobrar con la sustancia ya en su punto, siendo como un menudo y meticuloso corte de pelo de una larga melena el que las tijeras realizaban con el largo mechón del dulce.

Después de aquellos primeros tiempos de gran expectación vinieron otros tiempos de venta silenciosa, viéndose libre el laborioso operador de las miradas mironas, pedigüeñas, moscardonas de los curiosos.

Hoy celebran su trabajo el dueño y la dueña siempre tan puestos, con una continuidad tranquila, desmadejando los grandes estropajos de dulce

en el mismo gancho de cobre; tiñendo la pelambrera enguilachada, ya del rosa para los caramelos de rosa, ya del amarillo para los de limón; ya del rojizo tono de los de naranja, ya del tostado tono de los del malvavisco, etc., etc.

Muchas veces—las más de ellas—, en vez de emplear los frasquitos de colores que figuran en la estantería de cristal que tiene en el fondo el puesto, emplean un frasco mayor que los otros y que no tiñe la blanca masa, el frasco de la menta, porque los caramelos que más se despachan son de menta.

Año tras año han ido ganando simpatía, esos creadores del churro del dulce, un enorme churro partido en trozos pequeños. Con su espectáculo de quiosco digno de haber nacido en el rincón de una gran Exposición universal, como novedad entre las instalaciones de la China—que sabe hacer tan buenos dulces—, ha endulzado las horas de la calle de Alcalá.

Cumplen muy bien su misión los dueños de este quiosco, y tan íntimo rincón han hecho de su garita de cristal que durante una temporada tuvieron allí colgado su retrato en ampliación. Quizás no han faltado nunca de su puesto aunque creo que los vi en Gijón un verano. Su misión en la tierra es esa y la cumplen como si fuese una promesa sagrada.

LA VERBENA DE LO MONSTRUOSO

Ya las nuevas verbenas han llegado a ser las verbenas de lo monstruoso.

Todo lo teratológico, lo que de alguna manera puede obsesionar la imaginación, está allí. Quizás la necesidad exagerada de llamar la atención, ha hecho que las imaginaciones torpes y sin grandes medios, hayan creado esos monstruos que forman corro alrededor nuestro, haciéndonos guiños inaguantables. Hasta el olor del aceite se agarra más a la garganta en ese ambiente pedestre y fenomenal.

¿Quizás está todo preparado para engatusar a un pueblo del que ya no formamos parte? No. Creemos que no.

Entre el mismo público, quizás la casualidad ha hecho que observemos las más extrañas parejas, la bruja con sombrero y la mujer retaco un poco beoda al lado de su esposo el señor Beodo.

En los numerosos tiros al blanco, se destacan las figuras absurdas que han pintado los más miserables artistas, artistas que ya no me resultan inefables, porque el que todo sea obra de ellos en la verbena, me les ha hecho repugnantes.

Esos monigotes que dan vuelta—yo alabé el "Círculo Rojo", cuando no había más que él—se

¿QUIERE
SABER SU
SUERTE?
VALE 10

han excedido en la producción de una humanidad de carátulas tan absurdas, estrábicas y mal nacidas, como no hay precedente. ¡Qué diferencia entre el arte rupestre y estas cosas!

Por los buzones de otro tiro al blanco, aparecen unas cabezas de monstruo marino; en varias barracas se anuncian los grandes errores de la naturaleza, siendo la más repugnante la de ese "Museo ceroplástico", que yo creí que iba a ser una cosa pasajera, pero que es algo que tiende a ser permanente atracción de forasteros, donde sin la parte teatral, dramática y escénica de las barracas de cera, se muestran al público las enfermedades más repugnantes, con martingalas y sinuosidades de "Museo de Lenocinio".

Todo me ha irritado en esta verbena. Los muñecos que se venden son medio Charlots, medio Kirikis, medio guardias y en las barracas de fotografías rápidas esos burladeros pintados por los que se saca sólo la cabeza son cada vez más chocarreros y chabacanos, abundando mucho las escenas en un W. C. pintado con toda perfección.

Quizás la misma grosería hace que lo monstruoso se destaque más. Así sucede con esa "Rifa de la Raja", de cuyo techo penden las brevas plateadas de numerosos salchichones.

¡Debe haber menos profesionales lucracionistas de la verbena y más artistas con vocación a esa difícil misión de alegrar la verbena y adornarla!

Sólo hay una nota enternecedora aunque primitiva, que es original en estas verbenas: una adivinadora y un adivinador de la suerte, que esperan mansamente junto a la empingorotada y peripuesta cabeza de cera que les sirve de reclamo, que se acerque el que desea saber su destino. Estos adivinadores se ven mucho en las ferias francesas, más tradicionales, más serias, y dotadas de más trágica alegría que las nuestras, pero aquí son nuevos. En sus horóscopos que tienen el estilo de lo traducido—mejor dicho, de los específicos traducidos—, han introducido cosas de burda y graciosa psicología española como "usted tiene un pariente muy aficionado a los toros", o "está usted reñido con media familia".

Frente al paisaje madrileño, tan rico en luces y tan en medio de la naturaleza, resultan esas muñecas despavoridas, turulatas, avejentadas notándose todo lo postizo que es todo en ellas, desde sus ojos a su pelo. Quizás sufren las pobres muñecas, que necesitan ciertas veladuras, al quedarse tan a pleno aire, en competencia tan abierta con las mujeres de verdad. ¡Y también resultan algo monstruosas, ellas, las muy delicadas, las que sólo pueden ser invitadas a los bailes de noche y de etiqueta!...

LAS DOS MEDIAS CARAS

El rostro de este hombre era asimétrico a las claras. La mitad de la izquierda era simpática, alegre, bondadosa y la que lanzaba los guiños de su ojo; la otra mitad era más seca, más ruda y su ojo miraba como con inquina todas las cosas.

—¿Y qué enfermedad tiene usted?

—No lo sé, y por eso vengo a verle.

Me pareció impertinente la contestación, pero calculé que me la había dado la mitad mala. Miré al lado izquierdo, al lado bueno, y le vi consternado, encogido el ojo por la abrumadora tontería que yo había tenido que oír...

—Su gran fama casi milagrosa me ha hecho venir...—dijo de nuevo, y entonces vi que aquellas palabras las había inspirado el lado bueno y afable...

—¿Qué siente?—seguí preguntando y ya sin mirar al otro ojo, como se hace con esos que tienen un ojo normal y otro desviado, mirándoles siempre al ojo bueno.

—Siento en mí un conflicto fatal.

—¿Qué conflicto?

—¡Ah! ¡Yo qué sé...!—me contestó.

Todo tenía de pronto aire de impertinencia en

aquel hombre. De buena gana le hubiera dado una bofetada en el lado derecho...

—Tengo un mal humor constante—me dijo—sin saber por qué... Tengo muchas neuralgias al lado derecho... En el pulmón del lado derecho siento cargazón, algo que me desespera...

Aquel lado derecho era todo el conflicto lo que podía con él, lo que torcía para abajo su sonrisa cuando se torcía alegremente hacia arriba.

Se me ocurrió la receta en seguida después de tanto tiempo; lo que había que hacer con aquel hombre era equilibrar el lado derecho y para eso nada mejor que cultivar el lado izquierdo. Le reeduqué para que fuese zurdo, y hoy vive tranquilo el hombre de las dos medias caras distintas.

ESCAPARATE DE CACHARRERIA

Nunca encontraremos nada en estos escaparates de las cacharrerías, pero siempre nos asomaremos a ellos con un afán enorme de encontrar un juguete del pasado, un soldadito de Fernando VII, una de aquellas pastorcitas con miriñaque que vendían en las antiguas verbenas, un pito con extraño floripondio.

Hemos llegado muchas veces tarde a muchos sitios y quizás hemos perdido alguna vez el tren, por

detenernos en los escaparates de cacharrerías, en todos los escaparates de cacharrería que hemos encontrado en nuestro camino.

Estos escaparates de cacharrería están revueltos,

y en ellos se mezclan unas cosas a otras, las cosas prácticas con los juguetes, las jarras de la leche con las alpargatas, unidas en forma de platillos, los platillos sordos que toca el que las sacude para que suelten la tierra, el polvo o la arena.

Hay muchas cosas pequeñas escabullidas entre las cosas grandes, muchas que se han buscado un

rinconcito para que nunca las pille la mano que se alarga y busca lo que le piden, y generalmente lo encuentra.

—Pues de eso no me queda—le dirá el tendero por no acertar a ver ese último ejemplar que le queda y que después se unirá al nuevo pedido, con el que irá a parar al escaparate y volverá a ser el objeto rezagado durante muchas generaciones.

Esas flautas de las que es imposible sacar una armonía, y que sólo el autor de *Petruska* supo modular, esos papeles de calcomanías en los que se destaca la grulla y la niña rubia y azul, que salta a la comba, esas piedras infernales que asustan al transeunte como buscapiés, esos caramelos largos, como largos lápices, y de los que chuparon un poquirritirrín numerosas generaciones de moscas, todo con su diversidad mezclada evoca la idea de que sea posible encontrar esa futesa que nos haría felices, ese juguete con el que aún jugaríamos, esa cosa de muchos colorines que sería nuestro pisapapeles favorito, ese teatro en que representaríamos nuestros dramas.

Una de las cosas que buscamos en esos escaparates en que todo se apiña, es una muñeca, no para las niñas, sino para nosotros, la muñeca ingenua de una infantilidad que es muy difícil que tengan los niños en ninguna edad, por muy monos que sean, la muñeca que nos compensase de no haber tenido una niña.

¡Que esas grandes Arcas de Noé de los escapa-

rates de cacharrería sigan tan confusas, tan inclasificadas!

LA GUILLOTINA DEL JAMON

Lo más complicado que en materia quirúrgica ha inventado el hombre es el aparato para partir el jamón.

Antes los amos de las reposterías gritaban constantemente a la dependencia:

—¡Si seguís cortando rajas de ese tamaño acabaréis por arruinarme!

—¿Es que quiere usted que entre en las lonjas la yema de mis dedos?—le contestaban los dependientes más atrevidos.

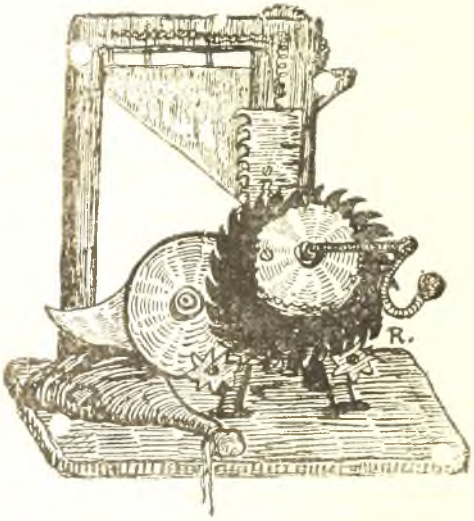
Los bocadillos eran desiguales, según los armase el hijo del dueño o el camarero de turno en el mostrador. ¡Se tuerce tanto el cuchillo en el jamón, despilfarra tanto cuando lo desgarra en vez de cortarlo!

Pensando en eso hubo un inventor que creó esa máquina esfoliadora del jamón, y gracias a ella, si antes salían de un jamón quinientos bocadillos, ahora salen dos mil quinientos.

Yo, que sin pensar en estas máquinas he dicho que el jamón sufría al cortarle en lonchas, tengo que exagerar ese pensamiento frente a esas má-

quinas ensañadas que someten al jamón al mayor de los suplicios. Ni la Inquisición tuvo un aparato tan alevoso. ¡En cuántos dolores hubieran partido a sus reos de haberlo poseído!

La guillotina del jamón tiene una fuerza terri-



ble gracias a sus engranajes y a sus palancas. Le aprieta por todos sus lados, lo trinca, no deja que la cuchilla lo pellizque sino que lo bisela con la limpieza con que el diamante del vidriero corta el cristal.

Tiene músculos de prensa y empuje de máquina unida a un motor eléctrico. Están tan escatimadas, tan precisadas, tan bien ponderadas todas las fuerzas en esa máquina, que es terrible lo que se puede llevar por delante esa cuchilla de corte certero y al ras y al bies, tanto que si el verdugo del jamón pusiese la mano en el quicio de la máquina, probablemente le cercenaría toda la mano.

Pronto en Norteamérica usarán ese aparato en las ejecuciones, porque en los Estados Unidos están dispuestos a ser los que mejor maten a los criminales, sin hacerles sufrir, como quienes operan a la sociedad y anestesian para el dolor el miembro que la cortan.

La guillotina del jamón nos engaña, nos da el dibujo del jamón, pero no la carne, sólo nos prodiga la ilusión del jamón entre dos pedazos de pan. ¡Hay que abolir la guillotina del jamón! ¡Basta de esa reproducción litográfica del jamón, parecida a la de los billetes de Banco de 100 pesetas que anuncian por detrás cualquier cosa!

CASQUERIA

La casquería es una tienda más ensañada que la carnicería. La "casquería" conserva las entrañas de la víctima, todo lo que en ella sufrió más la muerte y se exaltó más en la vida.

Tiene algo de ritual la tienda esa, por aquello de que a los dioses se les ofrecían las entrañas de las víctimas en un cáliz para las entrañas.

Parece que tienen un privilegio los dueños de casquería, por el que se les reserva todo lo más escogido en la trituración del animal.

Son como carniceros veteranos o ascendidos, para los que se aparta con sumo cuido todo eso que exhiben colgado de los ganchos relucientes de la casquería.

"Esto para los de las casquerías", se piensa que van diciendo los matarifes y los descuartizadores, según hacen el reparto de los animales muertos, así como el padre, amigo de privilegios, va escogiendo para el hijo privilegiado los menudillos más exquisitos.

El corazón, que es sobre todo la disputa proverbial en la hora de repartir los menudillos; el corazón, que es como el hallazgo del haba en los torteles que la encubren, como en las arenas de las playas la concha más bonita, es para el "casquero".

Es un gran espectáculo de color sanguinolento y amarillento el espectáculo de las casquerías.

Los pobres pulmones penden como si fuesen un alma doble; la laringe, como si fuese la de un operado; los bofes, como si hubiesen extraído el sagobio al que se ahogaba en la cama; el hígado, como si se le hubiese extraído el flan interior, la golosina interior, la gelatina esencial al ser viviente, y los callos, como si se le hubiesen extraído la camiseta o el chaleco de Bayona.

Los seres más feroces de la ciudad, los señoritos iracundos, las dueñas de casa, que no tienen consideración a nadie, se surten de las casquerías, piensan en ellas, se acuerdan C por B de todo lo que en ellas cuelga, y son voraces anatomistas, que

se han estudiado todas las láminas de la anatomía.

Todo en la casquería está lleno de ¡ayes! que arrancan el alma; todo palpita aún y parece que el corazón tiene un movimiento de sube y baja, de pez que quiere escaparse en el anzuelo del garfio, y los pulmones respiran aún por ellos mismos a plenos pulmones, y el hígado está bilioso como nunca.

Las sesadas que se venden en las casquerías piensan en lo que es la ingratitud y la crueldad humana; reflexionan realmente sobre la verdadera injusticia del mundo; piensan hasta que las cuecen a ellas y a sus ideas las serviles cocineras, que presentan las sesadas a sus señores exagerando mucho la idea "de la hermosa sesada que les han dado por tres reales".

LIMPIA-SOMBREROS

Los sombreros deberían limpiarlos en la Academia de la Lengua. No sé por qué se me ha ocurrido ésto; pero yo voy ya teniendo confianza en lo que se me ocurre, aunque algunos compañeros de profesión y algunos críticos me hayan querido quitar esa confianza durante los interminables primeros años de escribir en vano. Ya sé que los diez últimos años de mi vida, por eso de

que todas las cosas se repiten y los extremos se tocan, volveré a oir las mismas insidias.

Este es un pueblo en el que los sombreros de

paja han merecido el honor de diferentes inventos para hacerles pasar de temporada a temporada. ¡Yo, que estoy deseando hacer rodar el som-

brero viejo por la pendiente de la Cuesta de la Vega, por donde se van las porquerías al muladar definitivo!

Ya he dicho en otra ocasión, a propósito del día después al de Nochebuena, que este es el pueblo en que mejor se condimentan las sobras del día anterior, en que se guisa la más exquisita "sopa vieja", y las croquetas y las albondiguillas son dos exquisiteces, dignas sólo de la casa del hidalgo. También es este el pueblo en que se zurce mejor y en que los sombreros de paja quedan como nuevos, año tras año.

No hace mucho, en ese rincón de los inventos que hay en el "hall" de Romea, y en donde vacían de nuevo, y a la vista del público—ciento al minuto—, las navajas para las maquinillas de afeitarse, y donde ponían iniciales al reloj o al dije o al puño del bastón, sólo en cuatro minutos, había en una vitrina un aparato vertiginoso que ahogaba al sombrero en un líquido, lo movía en él, y después en seco ya lo daba tales vueltas de ventilador, que el sombrero se secaba, y el que se lo había limpiado pagaba y se iba con un sombrero nuevo. Aunque, eso sí, mucho más estrecho que antes de limpiarlo...

Era prodigioso aquel aparato de limpiar los sombreros al minuto, aunque salían muy mareados y comunicaban el mareo a la cabezota del propietario

Siempre se han vendido en las farmacias cosas

para limpiar los sombreros; algunas tan venenosas que no se despachaban sin receta.

Pero el que impera entre todos los específicos para los sombreros es el que anuncia ese paseante en corte, que lleva un sombrero clavado como un murciélago en el estandarte que pasea por Madrid. Le dieron primer premio en la Exposición suiza, porque tuvo el atrevimiento el inventor de pedir su sombrero al presidente de la Confederación y dejárselo resplandeciente, sin aquel viso mugriento que tenía, quizás por la de trenes que tiene que tomar el señor presidente para visitar a todos sus confederados, y que no se ofenda ninguno, ni los que hablan el alemán, ni los que hablan el francés, ni los que hablan el italiano.

El porta-estandarte del limpia-sombreros que va mostrando por todos sitios ese sombrero, que es como la explicación de un eclipse parcial, como la proyección de un eclipse sobre un sombrero, siempre encuentra sitio en que sentarse—a la sombra, para que no se tueste la mitad clara del sombrero—, y sentado en el canto apenas saliente del zócalo de piedra de las casas, lía un pitillo y piensa en la cruz grotesca y banal que le ha tocado llevar en la vida.

EL QUE NOS ENTREGARIA TANGER

Hace un sol de justicia atroz. La sombra de la acera de sombra está impregnada de sol, está incendiada de tal modo que es como la lumbre azulada que también tiene el espíritu de vino, esos ratos en que casi aparece apagado y borrado en la sombra.

El hombre que vende pedazos bravos de Marruecos sube la cuesta con resignación de hombre que camina por el desierto. Va resignado a su suerte y lleva toda la sed del que, aunque va un poco alejado de la caravana, pertenece también a ella.

Moro él también, va dentro de su evocación y su nostalgia, la lleva a cuestas, camina con la cruz de sus vaciados en escayola, y muchas veces del yeso barato que apresta las paredes de los aduares.

El sol de la calle madrileña se recrea en ese paisaje moro, que parece como un disco plástico de la linterna del día y que vende el pobre buhonero de la peor y más ingrata de las buhonerías.

Parece que nadie le compra nunca ninguno de esos paisajes y que los lleva como el viejo comedor soporta sus bodegones o sus relieves matadores, toda la vida del rancio propietario. Sin embargo, vende muchos medallones a la larga, pues a

veces se asoma a una puerta o a una ventana y le llama con gran ansiedad y capricho una mujer de

pelo tan negro que parece postizo y con arracadas solemnes, siendo un hombre de barba negra y pelo en pecho el que se asoma por la ventanita que tapa

un forro de almohada, y en seguida le compran por lo que pide la rodela de yeso en la que el moro se muestra gallardo frente a las estribaciones de la sierra, por entre cuyas pirámides asoma un pueblo africano de arquitectura inolvidable.

¿Por qué le han llamado como si fuese el que vende la hierbaluisa que calmara su vientre con el manojo que les venda? ¿Por qué temen que no oiga y le llaman con grandes voces y sacando todo el cuerpo por el ventanuco, que viste un traje viejo de colchón o almohada?

Pues porque esos que se han asomado, esos a los que él busca por la vida, soportando impertérrito las sonrisas de los cristianos, son los moros, los verdaderos moros, los moriscos. "Aún hay muchos" —piensa él, que también lo es y que propaga de esta manera la altivez de la raza y su persistencia en España, por si alguna vez hay que abrirles de nuevo algún puerto a los moros para que realicen algún nuevo y famoso desembarco.

Lo único que obtendremos de Tánger, lo único que de Tanger podemos ver y disfrutar es esta propiedad que reside en los pequeños medallones del buhonero. Lo único que veremos aquí de Marruecos—como de las Filipinas fueron los mantones de Manila, y de Cuba las habaneras y las guajiras, mas la pintura de algún negrito con traje de rayas azules—serán estos panoramas en relieve, en que parece que vemos una Africa nevada, ¡tan fuerte es la reverberación del desierto!

El buhonero de cabeza baja, que tiene la modestia de lo que hay emparedado entre el anverso y el reverso de una medalla, es como el representante más genuino y más verdadero de ese hipotético dominio español sobre Africa.

Modesto, haciendo grandes caminatas de aguador, deja que miremos sus escaparates, y los chicos le repasan constantemente, pues después de haber visto el relieve de detrás, pasan a ver el de delante, interponiéndose en su camino, y vuelven de nuevo a hacer lo mismo, y como son hijos de la morería les entusiasma el trasunto.

LOS DESCARTELADORES

Los descarteladores borran el anuncio del ayer para que el mañana renazca con nuevas sorpresas. ¿Habrá algo más triste que un anuncio que se anticua mucho y siempre nos acordamos del sol de aquel día en que le vimos por primera vez? ¡Y qué amarillentos se ponen, igual que el papel que ha tapado el hueco del cristal roto!

Los descarteladores saben pillar bien la oreja verdadera del papel en vez de empeñarse en arrancarle tirando de la falsa oreja que se nos queda en la mano como un asa rota. Tirando de la oreja

verdadera sale todo el cartel entero, o casi entero. en grandes bandas transversales.

Las descarteladoras son como las espigadoras de la ciudad, las espigadoras, ya que aquí no hay

trigales y los labriegos de Madrid se dedican a ir al teatro en vez de ir a la labranza.

No respetan nada los descarteladores, y suben a lo más alto, no se sabe cómo, para arrancar el cartel orgulloso que se creía a salvo de esas noctívagas aves de rapiña.

Hieren, despedazan, arañan sin piedad a esa bella mujer que había acertado a aparecer en un buen cartel, a esa mujer de grandes ojeras, tan cartelista, un poco cabizbaja, para que cuelguen mejor sus ojeras como pendientes de azabache de sus miradas.

Los descarteladores meten en su zurrón todos los papeles y van haciendo un bulto pavoroso, que después les hace sospechosos en medio del alba, cuando se van a su casa, al gran almacén de carteles viejos, en el que el despacho de la dirección y las salitas, y hasta las alcobas, están decorados con los mejores carteles que se han conocido en Madrid, figurando en el comedor aquel *chorizo* o embuchado enorme, pintado con su rojez sarpullida de manchas negras, que coincidió con unas elecciones, siendo la más graciosa de las coincidencias el que apareciese el cartel del chorizo como la más ramplona y caciquil de las candidaturas entre los numerosos pañuelos de las innumerables candidaturas por Madrid. (¡En el Japón sí que hará bonito un día de elecciones, con los anuncios de las candidaturas tan llenos de buen gesto!)

Los descarteladores quitan su abrigo a las va-

llas, que parecen quedarse desconsoladas y quejosas de que no haya autoridad que las defienda. Pero la autoridad está encantada de que haya voluntarios que arranquen sus parches y sus sinapismos a las vallas y las fachadas, porque con los carteles se llevan el sello móvil del impuesto y mañana habrá que renovar el cartel y el sello, aumentando en mucho los ingresos, gracias a esas gentes de uñas largas que arrancan sus túnicas azules, y amarillas, y rojas a las vallas y a las paredes.

El que pasa en la madrugada por la calle tiene que entretenerse en descifrar los jeroglíficos que quedan. De todos modos queda algo: una letra, un rasgo, un atributo del cartel destruído, que evocan todo el cartel y hacemos memoria de lo que vimos a la tarde.

El primer ejercicio de un trapero es ese: el arrancar los carteles, que es la basura de las paredes, pues parece que los han dejado en un cesto de los papeles viejos, para cuando ellos lleguen.

Cuando el descartelador pierde la paciencia es cuando se encuentra el anuncio pintado, el anuncio que no se puede arrancar. Entonces, con el raspador de la venganza, le borra un poco, lo deteriora, le quita por lo menos la letra más importante. Y en vez de AVISO, pondrá VISO, y al IMPERMEABLES, le quitará el IMPER.

Los descarteladores recogen el cheque fácil de esos grandes papelotes, pesados, almidonados, que llevan colgando el apresto del engrudo.

¿Es de agradecer su cometido? Quizá han hecho efímera alguna vez la gloria de haber figurado en alguno de esos carteles; pero es necesario que se cumpla la evolución de la vida y que se pierda y desaparezca el pregón de los éxitos bochornosos. ¡Qué hubiera sido de nuestra alegría si hubiese durado aquel cartel de cuatro metros que anunciaba la obra más vil de nuestro siglo!

Bien por los descarteladores, que rasgan la noche, que hacen trizas el argumento del día anterior, que evitan que toda la población se esté equivocando y vaya a los espectáculos que ya han pasado, a las Exposiciones ya clausuradas.

LAS HORTENSIAS ESTAN ASOMADAS

Las hortensias están asomadas a los balcones. Como los niños que logran meter la cabeza por entre los barrotes, y que después no la logran sacar, quizá porque como están en la hora del crecimiento les ha crecido después de lograrla meter por el collerín de hierro. ¡Delicada operación del herrero abriendo los hierros, como con el forcep les abrieron ya en otra ocasión el camino de la cabeza!

Las hortensias disfrutan de la calle. En los campos se quedarían tontas y se morirían de hastío

inmediatamente. Son flores para presumir, para asomarse como en blusa a que las vean los vecinos y los que pasan.

La hortensia tiene una cosa de blusa de un tornasol raro, como si hubiera desteñido por algunos lados, o como si fuese de dos colores, o de uno un poco desteñido o amarilleado por el tiempo, o como si estuviese quemada por la plancha.

Parece que la hortensia oculta un seno como bajo un bordado de encaje inglés.

Las hortensias a veces son entrometidas, y hasta llaman al transeunte, haciéndole señas, demasiado salidas por entre los barrotes del balcón, ofreciendo su gran flor, imposible de lucir en la solapa, a todo hombre tímido que pasa.

—¡Adiós, Hortensia! ¡Adiós, Hortensia! ¡No te vayas a caer!—dicen, saludando, los que se van de Madrid, sacando la cabeza por debajo de la capota del coche, queriendo ser vistos en la despedida por esas Hortensias, que son las que se quedan y las que caracterizan el hermoso Madrid del verano.

Las hortensias, muy alegres con su modestia, las gusta estar asomadas a todas las procesiones del verano, muy recompuestas, muy regadas y muy bufadas.

EL TRANSFORMISTA QUE IMITA A LAS "ESTRELLAS" DE VARIETÉS

La ciudad estaba llena del éxito del transformista. El alma de la multitud se comprobaba así, que es abyecta, hipócrita y capaz de todo. El gran tío chulo se espolvoreaba todas las noches, se untaba con todas las nieves de tocador, se pintaba como una mujer, se ponía las ropas blancas de las mujeres, la camisa con hombreras que se deslizan, los pantalones con colganderas coronas de encajes y las medias transparentes, ¡las medias!, no los calcetines del hombre...

Todo aquello era una vergüenza evidente, desnuda, con todos los contrastes del gran pecado, del único pecado quizás. El hacía los dengues de provocar la hilaridad insana de los teatros de Sodoma.

Esa sensualidad que está conteniendo la humanidad siempre, esa epilepsia hacia la que se desvía y tiende la naturaleza, pero que el equilibrio evita, esa procacidad en el chiste y en la afición que tan a duras penas evitan los hombres más serios, todo eso se *descuidaba* viendo al transformista. La aparente oficialidad del espectáculo, su gran publicidad, todas sus tretas permitían a la multitud apa-

rentar que aquello no era lo que era. ¡Qué fácil es ver y evidenciar los sentimientos innobles de la multitud, los gustos encanallados de los magistrados y de las señoritas honestas! ¡Cómo intentarán, sin embargo, convencerse en casa de que han visto un espectáculo artístico, moral y sin las salazones fuertes de la salacidad! ¡Cómo se cuelan en cuanto se les empuja un poco!

Si nuestro desprecio no tuviese motivos para despreciar a esta sociedad en que vivimos, ante este entusiasmo por la carne híbrida, gelatinosa y falaz del imitador de mujeres, el desprecio se sentiría seguro y podríamos rematarlo en una magnífica carcajada que nos desahogase.

La sociedad no disculpará nuestras pasiones libres y morganáticas—tampoco nosotros le daremos parte en ellas ni la invitaremos a que pase el dintel de nuestra puerta—, pero lo gracioso es que no las disculpa, no por las razones supuestas, sino porque ella quiere algo más grave, más vicioso, algo verdaderamente bochornoso.

La ciudad amaba, adoraba, mimaba, como un gran lupanar abierto, a su chulo, al hombre vestido de sedas que trabajaba por sesiones, él solo, en el gran teatro de la Opera.

Hasta el emperador y toda su familia asistían en plena gala a ver al engañoso hombre que parecía enteramente una mujer, y recibían los besitos que medio en broma medio en serio tiraba a la concurrencia, imitando a las damas, aquel tío de cuello

indudablemente de hombre y sotabarba violeta.

—¡Es que parece enteramente una mujer! Y una mujer guapa... Hasta parece que tiene senos... ¡Y qué espalda!—decían con la peor baba caída las gentes decentes.

Cada vez iba más público al espectáculo y se veía encogidos como jorobados en las butacas a esos hombres que gulusmean lo sucio. Cuando se daba la luz en la sala, durante los entreactos, parecía que la luz iba a ser como el vitriolo de la vergüenza para los rostros de los presentes, pero después resultaba que se engallaban como si nada. Parecía que las mujeres de los palcos eran también mujeres de sotabarba violada y que hablaban con sus caballeros con la voz de falsete que imita *la voz de la mujer.*

El transformista, con su latiguillo final de ponerse unos bigotes y saludar con gesto brusco y descarado mientras se despedía con voz bronca, descubría mucho más la verdad del caso, daba más fuerza al escalofrío de lo desviado.

Cada vez era mayor la exaltación de todos por aquel gran sacristán imitador de *estrellas*, hasta que un día, muerto el viudo emperador y siendo el heredero muy chiquitín, promovieron una revolución para hacer reina regente al transformista, y con corona y manto de armiño y larga cola pasó por en medio de la ciudad corrompida, pero hipócrita, el imitador de una reina regente con su favorito al lado. ¡Puah!

LA MALDAD HUMANA

Llegaba corriendo a la estación. ¿Habrá sonado ya el pitido de la despedida o no habrá sonado aún?

El penacho de humo no se veía sobre el edificio de la estación.

—¡Ya ha salido el tren! ¡Ya no llega!—me gritaron unos niños.

Yo sentí esa desgracia de no llegar al tren, que no es comparable con ninguna; pero desconfié de aquellos chiquillos, les miré torvamente y seguí corriendo.

El tren no había salido, pero di en él el salto que hiere la espinilla. Ya en el vagón sentí ganas de volver a matar a los chiquillos, pero me disuadí de ello, prometiéndome volver alguna vez a este pueblo para entonces hacerlo.

EL HOMBRE DE LA CORDILLA

A todos nos lo han contado cualquier día gentes distintas. Todos lo sabemos; pero habrá que recordarlo y consagrarlo de algún modo. Ese señor académico de la Academia

de la Historia—no digo su nombre por si no le gusta el que se lleve hasta ese punto la veracidad histórica—sale todas las madrugadas de su casa y da cordilla a todos los gatos que le salen al paso. Primero tuvo sus predilectos, muy pocos; pero después se fueron avisando unos a otros, y hoy son ya legión los que esperan su paso todas las auroras.

El viejo académico de la Historia, el sesudo historiador, ha conseguido así que su vida tenga una continuidad simpática. Quizá ese señor caritativo es un desengañado del mundo o un admirador de los gatos, a los que los egipcios tenían en tan gran aprecio, llegándoles hasta embalsamar cuando acaecía su muerte.

El señor académico debe hacer exquisitas reflexiones de una misantropía profunda. Ese paseo por entre ese mundo de espíritus con los ojos rutilantes parece que le vuelve propicia la vida y gana más indulgencias por vivir. Por eso no falta ni una madrugada, nieve o llueva. Su trayecto es el de la calle del Arco de Santa María, calle de la Libertad y adyacentes.

Le esperan en los quicios de las puertas, en el marco de las ventanas de los sótanos, y algunos se descuelgan de lo alto como monos luciferianos que descendiesen de los árboles del infierno.

Le miran como queriéndole magnetizar y así obligarle a dejar toda su carga para ellos solos en un solo sitio. Pero el historiador reparte bien las raciones, y sonríe al hambre humana de los gatos.

Alguno le intenta agarrar por el gabán, y hasta hubo alguno que se le subió a los hombros con ese cariño que guardan los gatos para las adivinadoras.

Al viejo historiador, cargado de experiencia y un poco triste porque conoce el corazón humano a través de los siglos, le consuela esta afección de los gatos. A algunos los ha bautizado con nombres que no son los que les dan las familias a que pertenecen; pero por los que le atienden a él sólo... Alguna vez un gato enfermo, un poco paralítico o medio aplastado por un automóvil, le va a buscar arrastrándose como con muletas.

Sólo otro hombre, que también había conocido muy bien la vida, Pompeyo Gener, llevaba siempre comida en los bolsillos para mantener propicia a la bestialidad que nos acecha, y cuando se iba, ya con el alba, hacia su casa, le salía al encuentro un gran perrazo negro, al que daba el bocadillo que le había reservado...

—No se asuste usted—le decía al que le acompañaba—si al llegar a la mitad de la calle oscura sale a nuestro encuentro un amigo extraño y de las peores trazas...

LA QUE DA EL ULTIMO PASEO

Yo quisiera tener el estilo matizado del más delicado escritor, para pintar esa impresión de la última tarde de paseo que dan estas mujeres de Madrid, el sitio en que más triste es morirse, porque hay más contraste que en ningún sitio entre el día antes y el día después, y porque, sobre todo las mujeres, se mueren a raíz de un último paseo delicioso.

Como una pintura del antecedente único—¡parece mentira!—de la muerte de mucha gente, voy a intentar pintar la vereda alegre de este último paseo:

La tarde tenía blanduras y sabores de mazapán, encantos del cálido Sur, aunque el mismo hecho de saber a mazapán revelase la fecha.

Doña Luisa, al ver la tarde de sol que se preparaba, pensó que se iba a reponer y a ahorrar para el resto de los días malos del invierno. Con *ahuchar* mucho sol y aire balsámico y cordial en su cuerpo, ya tendría bastante para resistir lo que pudiera venir. Este día de sol y dulzura, sin pizca de frío, es el que a mitad del invierno parece que lo relaja por entero, y es el baño que salva al enfermo *presunto*.

Doña Luisa, muy tempranito, después del almuerzo del medio día, se puso su gabán y su manteleta y se fué, pian pianito, camino del Parque del Oeste.

En el trayecto ve un entierro de esos que ya a esa hora comienzan a hacer servicio, temerosos de que se les haga de noche a las cuatro y media. Doña Luisa pensó, viéndole pasar:

"Si le hubiera cogido este día de sol a ese pobre muerto, quizás se hubiese salvado. Con que hubiese pasado el dintel de este día, ¡quién sabe si habría vivido varios años más!"

Doña Luisa anda, mirando de arriba a abajo las cosas, fijándose mucho, fijándose demasiado. Quizás había pasado por ella la idea de que ya quizás no volvería a salir de casa, porque en los días crudos que acababan de pasar sintió esa dichosa opresioncita en el pecho de los días graves.

Tan ávida está de ver, que se podría decir que mira, no sólo como ella misma, de frente y a los lados, sino como un niño, al que llevase en brazos y que mirase hacia atrás, apoyado sobre su hombro.

El sol no se nubla ni una vez. La tarde está asegurada, aunque hay en ella un incienso de invierno que no la deja tener un tono entero de primavera.

Doña Luisa no se cansa de caminar al sol; va como jugando a la *raya* con él, como si hubiese recobrado su ligereza de niña y saltase en las lo-

sas marcadas con la tiza blanca, empujando la taba. ¡La taba de sol sobre las losas del sol!

Bajaba, bajaba encantada de ese medio de tracción que son las cuestas sucesivas, sobre todo cuando se combinan bien con la vuelta en tranvía, esa vuelta en tranvía que ella ya tenía prevista.

Doña Luisa va a esa sidrería que hay solitaria en ese trecho descampado de la Bombilla. Allí, el paisaje se queda un poco cohibido, despoblado, receloso; pero lo que lo acaba de hacer hiperbóreo y asturiano es ese hórreo que figura "la sidrería", hecho todo de botellas de sidra, y con un eje central que es una gran botella, más cuatro soportes que son también botellas. Esta sidrería es la caseta de feria que se rezaga, que se retrasa años y años y se convierte en permanente, endureciéndose y fortificándose hasta perder aquella fragilidad de cosa provisional, de instalación de feria. De toda la feria que figuró en ese hermoso camino cuando la coronación del rey, esta curiosa sidrería, que era un detalle en el gran conjunto, ha sido lo único que ha permanecido, aunque tristona, como deshabitada, lejanísimo ya el recuerdo de aquellos gaiteros que tocaban gaitas y dulzainas allí durante la feria célebre. A veces se ve un par de personas que se toman una botella de sidra, una botella que parece haber sido desprendida de la argamasa de botellas que forman el hórreo, que así parece irse desgajando poco a poco.

Doña Luisa, que no había estado sentada allí

más que una vez en vida de su marido (q. e. p. d.), tenía pensado hacía tiempo tomar en la típica sidrería otra sidra.

Trabajo le cuesta el último trecho. Creía que estaba más cerca. Pero llega, se sienta, pide su sidra y charla con el dueño, hombre bondadoso y amigo de dar la dulce conversación, que hace que se convierta ese paraje en el trozo de una aldea perdida.

Durante la charla, llega el afilado y súbito anochecer del invierno de Madrid. Doña Luisa toma apresurada el camino de vuelta; siente frío y huye como de un lobo que viene, que viene, que la sigue de lejos. El frío aprieta. Ha debido sacar la piel además del abrigo, ¡qué diablo!

Ya en el tranvía, tose con su tos bronca de hace tres años cuando tuvo la pleuresía; enteramente la misma, la misma, como si la hubiesen conservado intacta en el fondo del baúl.

Al llegar a casa se acuesta en la cama.

Dentro de diez días, morirá.

Ha sido su último paseo éste. El sol la ha cuadrado perfectamente, para que después el oscurecer la pudiese matar. (A este sol de invierno habría que ponerle un "PELIGRO DE MUERTE" en un cartel muy grande.)

Todo el paseo fué último paseo. Además, no se sabe por qué el sentarse en tal sitio es fatal. Yo tengo señalados dos o tres puestos de la ciudad, de los que paso siempre alejado y en los que no

he visto sino víctimas, víctimas de la enfermedad que mueren de un día para otro; víctimas dóciles y cándidas, sentadas alegremente en el banquillo del torniquete, en plena ejecución de garrote vil.

LOS EPILÉPTICOS

No me importa ver un jorobado, un tuberculoso, un deforme cualquiera; pero un epiléptico me impresiona más que nada.

Esa torcedura frenética, en que toda la voluntad forzada, violenta, con capacidad mayor que la de ningún gimnasta, se despliega y se empeña en retorcer al que ha caído, me desconsuela.

Varios hombres, compadecidos de esta enfermedad, varios padres de epilépticos han dejado bien subvencionada a la vida para recoger a muchos de ellos y para que siempre haya algún doctor pensionado estudiando la enfermedad.

Cada vez abundan más las caídas a plomo, secas y sordas de los epilépticos en medio de la calle.

Hay más epilépticos, y se comprende. Los padres estropean, no sólo su máquina, sino la fabricación de las máquinas futuras. Un pequeño error de diferencia, una pequeña irregularidad en el ajuste, una particulilla insignificante en el torrente circulatorio, una gotita de sangre entre fibra y fibra, nada, un *lunar interior,* menudo como un

punto, basta para que el epiléptico se tambalee ya siempre y caiga con toda la vida atragantada por esa nonada.

Tiene que haber más epilépticos aún. Se comprende. La fabricación se hará cada vez más de prisa, con más distracción y después de muchas distracciones del padre. Parece que para que salga epiléptico el chico basta que el padre haya tenido un escepticismo, un olvido o haya comido almejas mal lavadas, con arena aun en sus valvas.

¡Y qué irreparable ese detalle, aunque sea tan fácil! Ya nadie le podrá sacar, del sitio en que está atravesada, esa espinilla invisible de la epilepsia; esa especie de moneda o de medalla de metal que se tragaron y que no se sabe dónde se encuentra, ni alcanzan a fijar dónde está ni los rayos X.

A través de las calles del porvenir nos encontraremos tirados en el suelo y *tarantulcantes* a los borrachos honestos y honorables que no han bebido vino, y a los que no servirá de nada el amoniaco, a los pobres epilépticos, retorcidos como hombres a los que les ha entrado un poco de aire por mal sitio.

¡Pobres endemoniados! Gracias que a nadie se le ocurre ya llevarles en peregrinación para que echen los demonios del cuerpo, aquellos demonios que se suponían en el fondo de cualquier epilepsia.

Ya la gente de la calle sabe algo de lo que hay que hacer con ellos, y alguien les desabrocha el

cuello de la camisa y les agarra la mano, en la que hay que deshacer el cierre de los dedos, terrible, acerado, imposible, como si fuese un garfio en que parece que guardan su corazón. Muchas veces eso no basta, porque ese pobre caído de *su andamio* no vuelve en sí, y entonces se recurre a los guardias, que llaman a un cochero, que refunfuña el muy canalla, y se meten en el "simón" con el epiléptico, abierto en cruz y como crucificado y frenético, en brazos de los guardias, que dan las señas al cochero como se dan las señas de un cementerio.

¡Pobres epilépticos, con su traje oscuro, desmañado y desencajado de epiléptico, con sus manos de largas muñecas de epiléptico y sus rostros de seminaristas! (No he querido hablar de las epilépticas, porque viven en profundos interiores y salen rodeadas de sus hermanas y con su madre, que sabe siempre *cuándo la va a dar eso* y logra prevenir así todas las caídas.

—Entre los epilépticos que han traído a mi consulta—me decía un doctor—vino una vez uno que yo no he visto nunca.

—¿Cómo puede ser eso?

—Sí. Yo no lo vi nunca, pero vi a su esposa.

—En la noche, a lo mejor—me dijo—, da unos saltos pavorosos que me despiertan...

La pobre mujer, enamorada, quería curarle.

—¿Se lo ha dicho usted?—le dijo el doctor.

—No—le contestó—; antes he querido consul-

tarlo con usted, por si usted encuentra algún medio.

—Bueno; pues es imposible — le contestó él—. Lo único que puede hacer que su naturaleza se olvide de esos saltos, es que no se dé cuenta, es que él no lo sepa... Un gran sigilo... Que no lo note... Que no se vuelva su naturaleza la de un empedernido epiléptico... Que no se sienta su naturaleza metida dentro de la fatalidad de la epilepsia...

Se fué la bella mujer, que podía ser la causa de su epilepsia por cómo era de sugestiva, y al poco tiempo volvió a ver al doctor.

—Pasaron los saltos...—le dijo—. Me ha costado mucho callarle la verdad... Hubiera querido habérselo dicho para verter en él la piedad, para consolarle, para que viera mi abnegación... Pero su consejo de usted me ha hecho callar cuando he estado al borde de decírselo.

FRAGMENTOS
DE UN DIARIO ABORTADO

Me ha apenado este viento de hoy, porque se ha llevado los frutos casi ingrávidos de mi pensamiento.

—

Lo más triste de mi muerte es que se apagará

en mí la tierra por completo... ¿Que se encenderá entonces el cielo? No. Sería demasiado monótono estar siempre, sin poderse levantar nunca, en la arena de la playa mirando el cruel vacío de los cielos.

—

En la soledad es uno al que van a asesinar por detrás.

—

Yo muchas veces me siento manco de estos brazos y estas manos que trabajan... Me parece que son más largos que los que yo tenía y que hacen gestos más de cartabón y de compases geométricos... Hasta me parece que trabajan por su cuenta.

—

Cuando se entrega uno a la imagen, fundiéndose en esa subjetiva objetividad que le es propia ya no se puede hacer autobiografía. Se ha abandonado uno tanto a las cosas, que resulta que están las cosas sobre nuestro cadáver. Gracias a esto quizás no sintamos la muerte.

—

Me parece que yo no tengo ni pulmones, ni corazón, ni higadillo, se dice uno muchos ratos.

—

Las negras ventanas de la casa de enfrente no me miran, sino que me quieren tragar a través de la distancia.

—

Hay momentos en que mi cráneo ya está como esos cráneos prehistóricos que figuran en los museos... Yo habré sido prehistórico cuando lo vuelva a ser.

—

¿Lo que soy? Estoy tan enterado, que no me lo quiero decir a mí mismo. No puedo sacármelo del cuerpo ni a tres tirones.

—

Las maderas están pintadas de carne de monja.

—

Varias libras de chocolate de música he tenido que sufrir oyendo un piano cercano.

—

Yo me he vaciado los ojos para ver mejor... Por eso me gusta una mujer prudente y antigua que no me ciegue ya diciéndome "qué hermosos ojos tienes".

—

Hay momentos en que una de esas venitas que vemos en los sesos cocidos, y que son como hili-

llos negros, se estira y tensiona atrozmente en nuestra cabeza...

Ese sí que es el hilo, el hilván, de la vida, que si se rompe, ¡adiós!

—

Con los diarios sucede que es uno el monstruoso novio de sí mismo, que se escribe como un novio empalagoso todos los días... Uno, a lo más, puede *hablarse* a sí mismo, y si se escribe algo, escribir a los demás, para volver con más dignidad hacia uno mismo. ¡Abajo los "diarios"!...

LA VIEJA Y LA NIÑA

Este título parece el de una fábula para los niños; pero no se trata de esa vieja—la abuelita de todos—y de esa niña, que—valga la paradoja—es, al mismo tiempo, la nieta de todos.

Vieja pálida, en la que a última hora se encontrará un cáncer, es una vieja que ríe siempre, por como está sumida su barbilla en la risa aldeana de las viejas.

Sus gafas ahumadas la permiten mirar sin ser vista a todos esos que pasan y se la quedan mirando fijamente, además de que la daña mucho la

luz y los reflejos del cristal, siendo también desfavorable a sus ojos la blancura de la ropa que cose o borda con esa interminable canilla de seda.

A la nieta la gustan, con verdadera afición de mujer, las labores de la máquina, y será, cuando llegue a mayor, una gran modista, cosa ésta que se lo deberá solamente a su abuela, que no se ha cansado nunca de darle lecciones. Constantemente predica con el ejemplo la anciana señora. Sólo de

noche, cuando cierran la tienda, la vieja cuenta a la niña los más prodigiosos cuentos, y después se acuestan las dos sobre los almohadones bordados que hay almacenados en la tienda.

La niña está también un poco pálida, por no salir a paseo nunca, y tiene ya algo de la vejez de la abuela; es ya, podríamos decir, una viejecita, tan viejecita como su abuela.

Las dos sonrisas de las dos mujeres parece que reflejan a veces el goce de oír una caja de música. ¿Quizá en el fondo de sus máquinas hay un concierto de peines musicales? ¿O es "la música del trabajo" la que oyen?

La viejecita de *La viejecita,* la viejecita del bastón de la muletilla, la viejecita que tiene muy bien cuidada la casa, toda la ropa blanca metida por orden en los cajones de sus grandes cómodas; es esta viejecita de raya en medio, de peinado de rodetes, de traje muy engolado de gran señora. ¡Qué gran lección para esas jóvenes honestas que, en vez de dedicarse a mecanógrafas, se dedican a bordadoras...!

—Antes yo—parece que nos dice esa anciana—tenía una gran posición... Mi marido era el hombre más rico de Granada... Pero al final se dedicó al juego, y lo perdió todo... Teníamos los coches más bonitos, los coches tirados por los caballos más majos de la ciudad...

—Ésta—nos dice, señalando a su nieta—podía ser la niña mimada de la fortuna por la herencia

que podía tener; pero la pobre es huérfana de todo, y sólo gracias a que sabe hacer las labores más difíciles en ropa blanca, además de toda clase de encajes de bolillos, podrá vivir muy a gusto el día en que yo me muera...

No la tiembla el pulso nada a la viejecita, ni su cabeza cabecea ni una sola vez; erguida, muy limpia, con la cabeza muy en alto, como si no mirase la labor, sobre la que cae su cabeza muy oblicuamente, menos en los ratos en que la levanta para descansar y ver pasar esa multitud espesa que cruza por la bocacalle de la calle de la Montera, multitud que muy pocas veces se fija en ella.

—La juventud sólo mira a las jóvenes...—dice ella a los que la quieren oír—; a esos maniquís descocados que en paños menores lucen un corsé...

LOS FURGONES NEGROS

Aunque son muy parecidos a los coches que usan algunos almacenes, hay en ellos algo que los denuncia en seguida. Los coches celulares también pasan disimulados entre la circulación variada de carros y coches de todas clases, y, sin embargo, en seguida se les ve.

Sobre todo hay una hora—las tres de la mañana—en que sólo puede ser ese el carricoche os-

curo, cerrado y con su garita con larga y sórdida visera para el conductor y uno o dos ayudantes.

De cuatro y media a cinco hay ya otros coches que se les parecen, y son los de las Panificadoras, que comienzan a repartir el pan de las fábricas.

Esos grandes coches negros pasan de refilón por la ciudad, pero se leen sus letreros en seguida: *La Soledad, La Esperanza* y *La Consolación*, y debajo POMPAS FUNEBRES. Eso de pompas fúnebres nos ha hecho pensar siempre que tiene esa franqueza y se impone al muerto porque ya no puede rechazar las pompas, pues de otro modo gritaría: "¡Yo no quiero ni pompas ni vanidades!" Esos mismos coches proclaman descaradamente lo vanidad de las gentes que es su servicio.

A mí me impresionan más que los de entierro. Son más la muerte reciente. Representan la llamada urgente por teléfono y su contestación. Son como el servicio de incendios para los muertos. No van muy de prisa, sin embargo. Sus conductores, envueltos en sus bufandas, van hablando y fumando muy metidos en sí, sin querer pensar, engañando así a su misión. Sus dos mulillas o caballos no deben saber cuál es su cometido: van con esa resignación bestial con que andan las bestias en la madrugada.

Así, el coche negro, cuya dirección sólo sabe su cochero, y cuyo incognitismo nos hace temblar, por si es que va a nuestra casa a por nosotros, llega, por fin, a la puerta del "facturado", y en-

tonces el lacayo, de la misma manera con que el mozo de los coches ultramarineros saca sus latas y sus paquetes o el mozo de los coches de hielo—y esto es más gráfico—saca las grandes y pesadas barras de hielo, así saca este mozo adormilado, y que no conoce a quien sirve, esa última cama que le envía el mueblista dedicado a esta especie de muebles ortopédicos, y saca también los ambleos y las hachas de cera, viéndose en el interior del furgón que hay más material y numerosos ambleos, como si se preparase una función de iglesia.

UN RAMITO DE GREGUERIAS

Estos días han echado las acacias unos pingajos negros, cuya aparición podríamos resumir diciendo: "En las acacias han florecido ya los calcetines."

—

Lanzando al aire un billete de tranvía se crea una mariposa, que nos sorprenderá escapando por encima de los tejados.

—

Cuando tachamos muy bien una cosa en lo escrito, queda como un puente de hierro que cruza la cuartilla, uno de esos puentes de los ferroca-

rriles cuyas aspas de hierro se entrecruzan más por la velocidad del tren en que pasamos, y cuyo resumen podrá ser éste:

XXXXXX
XXXXXX

—

Cuando se sabe que las calles están empedradas de "paralepípedos" de pedernal, se adquiere una gran seguridad en su duración. ¡Con los paralelepípedos no habrá quién pueda!

—

Las llaves de las latas de sardinas no valen. Hay que inventar la llave inglesa para las latas de sardinas, porque es irreparable cuando, por lo mala que es la llave y la "cerradura", pierden la lengüeta, que es como el ojo de la llave... Por lo menos, que inventen la ganzúa para las latas de sardinas.

—

El que sabe meter las cartas por los raudos buzones de los tranvías es un buen banderillero, y asomándonos a las plataformas y viendo bien la "suerte", se admira a ese mocito que con la carta en la mano espera al tranvía que avanza veloz, y se la clava al pasar, poniendo—aunque sea una sola—"el par de la tarde".

—

Aquí no relinchan apenas los caballos... Sólo en las afueras de la ciudad se oye su relincho... Hasta los de los "simones" relinchan ahí, sintiendo el aire de cuando eran libres y salvajes... La ciudad adultera, urbaniza y hace distinguidos y comedidos hasta a los caballos y a los perros. Sólo en las afueras de la ciudad los caballos relinchan y los perros ladran; se corresponden en la noche, como perros de alquería, como perros de aldea, que usan su telégrafo de ladridos, que no se sabe de qué remoto punto arranca... Hay que asomarse de vez en cuando a las afueras para ver esto.

—

Cuando más desprevenido se coge al espíritu, es cuando prueba una pluma. ¿Qué ha escrito? Muchos, silenciosamente, sólo firman muchas veces; otros trazan una palabra que es una clave; pero en las oficinas es donde eso llega a su perfección al probar las plumas de ganso, las plumas españolas y las inglesas... Había un empleado que siempre que probaba una pluma escribía: "Soy un pollo hermoso... Soy un pollo hermoso... Soy un pollo hermoso..."

—

Ese "lápiz suspendido" — que está colgado de una fina cadenita, que a la vez cuelga de una pértiga flexible que emerge sobre la mesa como un junquillo que hubiese florecido en ella, y que va

adonde se le llama, haciendo que se incline servilmente todo el aparato—, es como el lápiz recién pescado, el pececillo revoloteador que la caña de pescar ha destacado en el aire después de ese tirón afortunado que da el pescador que pesca.

—

Al pasar frente al dintel de las pollerías nos parece que los que allí dentro despluman pollos y gallinas están haciendo pollos y gallinas de cartón... Alineados en el suelo los ya desplumados, parecen como "vaciados" recién hechos con un molde común. Tan artificial, tan inerte y como "de pega" resulta el pollo sin cabeza, sin pluma y sin vida.

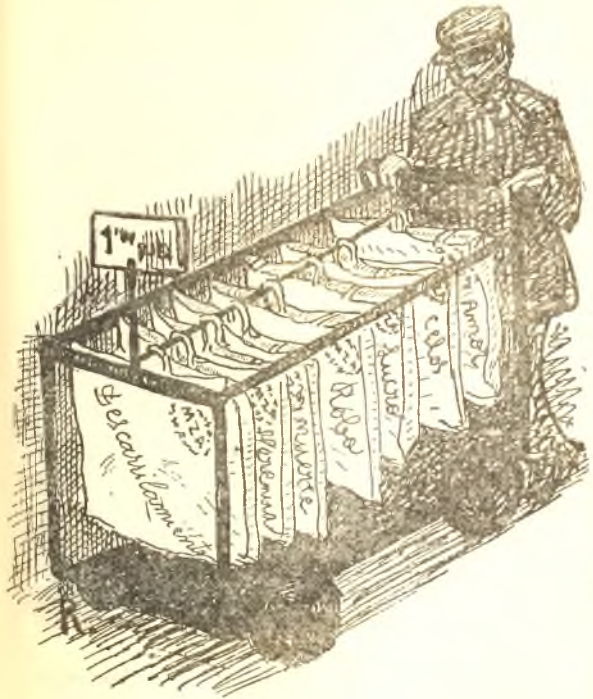
—

Cuando viviendo en una casa cuyo balcón da al campo, oímos un tiro en el horizonte, sentimos la bala en la frente..., y, sin embargo, resultamos ilesos.

LA ALMOHADA DE VIAJE

En las almohadas de hotel suena el pulso de las cabezas de los otros, numerosos pulsos enredados y copiosos de sienes distintas; pero en las almohadas de viaje el contenido ajeno es

más violento y están llenas de la pesadilla y de la inquietud.



Cuando el alquilador de almohadas de viaje se pasea por la estación con su carricoche como de

fruta, lleno de las recientes almohadas de viaje, parece que vende lo incólume, lo que será útil para el viaje, lo que permitirá que descanse la cabeza bien.

El que a las viejas almohadas se las haya cambiado de forro, parece que las hace nuevas y limpias como las cofias recientes, pero no. Es vano engañarse.

Yo ya me resisto a la tentación de ese hombre que alquila las almohadas enviciadas en que está en conserva la pesadilla, como el vino en la bota.

Yo ya sé los discos que se albergan en las almohadas de viaje. No son muchos. Tenéis derecho a una docena de pesadillas distintas, pero de impresión muy clara, todos los menudos detalles consignados, oyendo la prosa o el verso mejor que cuando tenéis en los oídos las gomas del fonógrafo público.

Cuando cojáis ese cuadrante blanco, sabed lo que habéis alquilado, y al echarlo en el rincón de vuestro asiento, echadlo con menos indiferencia. No es esa almohada la cosa inerte que se cree. Es como si hubiéseis arrancado ese cuadrante blanco de la cama de los otros, con sus confidencias y sus secretos cosidos dentro del forro y anidados entre la lana y la pluma.

Entre las pesadillas más usuales que contienen las almohadas de viaje está la de que os roban. El viajero que dejó impresionado ese sueño de robo, llevaba seis mil pesetas en el bolsillo—cifra

exacta que se repetirá en todos los sueños de este género—. Veréis acercarse al ladrón con la navaja en la boca, con peligro de rasgar su propia

boca, y en lo primero que andará será en el maletín, al que en vez de abrir dará un corte aprovechando la plegadura que hace bajo los extremos de su boquilla, y por ese corte sacará todo lo que

contenga; el ladrón, en vez de abrir, destripa. Después, el ladrón, de espaldas y sin quitar ojo, descenderá por la ventanilla.

Otro sueño de los que contagian esas almohadas de viaje, es el de ver a la mujer que espera, a la mujer hacia la que fué el marido apasionado que impresionó su sueño en la almohada, con todos los gestos de irse a acostar esperando al marido para por la mañana. "Ya se desnuda para mí... Ya se quita las medias"—piensa el que pega su cabeza a esa almohada y se duerme. Es la visión del que mira por las anteojeras de los veráscopos que hay en las antesalas de los music-halls y en las que varias bañistas iluminadísimas no se acaban de tirar al agua. A veces el sueño de la esposa o de la amante que espera, merece la pena, pero otras veces es la mujer horrible y con gorro de dormir que asusta al durmiente incorporándose en la cama lejana al ver que llega.

El sueño del celoso que también contienen esas almohadas, es de lo más pesadillesco que hay. Ve a su esposa, a la esposa del que impresionó el sueño en la almohada, anunciando con prisa al amante que ha de irse por la mañana. Tienen el despertador puesto una hora antes de que llegue el tren. La angustia del que va en el tren y que no podrá llegar de ninguna manera antes, sino más bien después, es atroz. Buscaría otro medio más rápido para llegar, pero no es posible, y según avanza el tren, como si viese la escena por el ventanillo que

separa un compartimiento de otro, va viendo las numerosas despedidas del amante y la esposa.

En otras almohadas—parecen almohadas con sorpresa—está el sueño del acaparador que ansiosamente va a comprar todo el aceite de la región a la que se dirige. Es un sueño lleno de aceite pringoso, siendo muy difícil y espantoso nadar en el agua espesa del aceite. El que sueña ese sueño parece una rueda de merluza flotante en la sartén llena de aceite crudo.

Y no hablemos de la almohada enlutada, en la que va el delirio del que teme que halla muerto, cuando llegue, la persona querida. Al que le toca esa almohada, no se olvidará del viaje.

¡Cuidado con las almohadas de viaje, perturbadoras, mezcladas, abominables, como ropa de cama o como ropa interior de otros, por muy limpias que estén!

EL QUE LLEVA EL GABAN VUELTO

Es malo aprender a volver el gabán. Desde el día en que se prueba que queda bien, vuelto, se volverán eternamente todos los gabanes y hasta pasará que después de haberlos usado vueltos y de haber chamuscado la vuelta, se pensará aún en darles una tercera vuelta, como si tu-

viesen un tercer lado. Como el problema de la cuarta dimensión, preocupa a los *vuelve gabanes* el problema del tercer lado, de la tercera superficie de una tela. (Que no crean tampoco que al volver la prenda desaparecerá esa quemadura que se llevó el pedazo o ese taladro.)

La psicología del que lleva vuelto el gabán es diferente de la del que lleva o un gabán nuevo o un gabán usado y viejo, pero sin volver. Hombre algo cheposo y cargado de gabán el del gabán vuelto.

El hombre que lleva el gabán vuelto ha perdido un poco su inocencia y su franqueza. Oculta a todos—a todos—un secreto y lo lleva consigo con un desparpajo sin igual. Saluda a todos burlándose de su buena fe. Se iguala desigualmente al que ha hecho un sacrificio para comprarse un abrigo este año y mira con desdén al que lleva un abrigo astroso, sucio y pardo. Todo lo hace como el que no oculta nada, como el que no engaña a nadie y peca de mentiroso al comprar un periódico, al echar una carta o al realizar el acto más simple, porque todo lo hace con *ese tapujo*. Hasta al hacer el amor a la que quizás sea su esposa, la ofende con la primer infidelidad y la oculta la primer cosa al hacerla el amor con el gabán vuelto. Algún día, cuando ella le engañe, le podrá replicar: "Tú comenzaste a enseñarme el engaño cuando éramos novios, ocultándome que te volvías el gabán". (Desde luego se puede prescribir que el

uso del gabán vuelto debe comenzar después de casarse, o sea que sólo debe estar permitido a los hombres casados, a no ser que afronten siendo novios esa confidencia que comienza: "Tengo que confesarte algo importante... de lo que quizás dependa nuestra futura felicidad... ¿Me perdonarás? ¿Transigirás con mi verdadera situación?..."

"¿Qué es ello?—le preguntará la novia—. ¿Tienes algún hijo natural? No te apures. Yo le querré como si fuera mío." "No—responderá él—es que llevo ¡el gabán vuelto!"

El hombre que lleva el gabán vuelto va envuelto en hipocresía, y todos sus pensamientos y sus palabras están metidos en la doblez, en la duplicidad de su gabán. Las manchas, la vejez del gabán, su brillito clerical, se han vuelto interiores y han "salido" en su alma; el antiguo gabán, el que está como emparedado entre el forro y el falso nuevo paño, es el que lleva puesto su alma y la influye. El hombre que lleva el gabán vuelto parece que se cubre con la capa del diablo.

¿Debe o no debe, por lo tanto y según todas estas razones, volverse el gabán?

Esta pregunta es difícil de contestar. Yo que acabo de denigrar la pecaminosa costumbre de volver el gabán, tengo que confesar que el pecado sólo como concepto es execrable, pues tengo una teoría muy parecida a la de Rasputin, que creía que había que pecar para poderse arrepentir y ser perdonado. Sería de un orgullo absurdo e inadmisible

el que no hubiese pecado ni una sola vez. No cabría ni por la puerta estrecha ni por la puerta ancha.

Quizás, aunque varíe la psicología del que vuelve su gabán, se debe volver, a no ser que el revés tenga aspecto de tela de colchón. Es un cargo de conciencia tirar debajo de un gabán viejo uno nuevo. Es además una tontería. El abrigo vuelto abriga doble, abriga como el abrigo que era antes y como el renovado.

Ahora bien; conviene dar consejos al que se vuelva el gabán, y sobre todo al que vaya a ser un profesional de los gabanes vueltos:

Primero. Que no se haga jamás bolsillo del pecho en sus futuros gabanes; y

Segundo. Que ruegue al sastre que no le haga hojal en la solapa, porque en el primer caso el bolsillo del pecho, que debe estar en el lado izquierdo imprescindiblemente—esta ley es tan misteriosa como la de llevar el corazón al lado izquierdo—aparecerá en el gabán vuelto al lado derecho, y o habrá que zurcir el bolsillo o habrá que hacer dos, lo que requerirá dos pañuelos de fantasía, dos estilográficas y dos cadenas con dije; pasando lo mismo en el segundo caso, con el ojal de la solapa, que también debe ir al lado izquierdo, y sin embargo aparecerá en el derecho al volver el gabán y obligará también a hacer dos ojales, y en vez de una florista acudirán dos cuando le vean pasar por sus dominios, y asombradas de ver un

hombre tan espléndido y provocativo que se atreve a tener dos "boutonniéres", le pondrán una flor en cada ojal... ¡La ruina!

LAS SUFRIDAS CARIATIDES

Las cariátides son indudablemente los últimos atlantes, el final de una raza terrible de mozos de cuerda para trasladar montañas. Un poco anquilosados y fósiles esos últimos representantes de una especie de hombres inmensos, son los que sostienen las casas.

No hace mucho, cuando toda una ciudad asistía con un gran pánico al peligro de que se cayese una casa en la calle de más circulación, yo estuve hablando con el arquitecto y con el alcalde y les propuse que en vez de tanto hablar y de aislar tan despavoridamente la casa, llamasen a un par de cariátides y las hiciesen arrimar el hombro a la casa reblandecida. No me hicieron ningún caso. El arquitecto cubrió de aparatos ortopédicos la casa y el alcalde la siguió conminando con esa especie de vara mágica que es el bastón de borlas.

Las cariátides están muy bien, pero debían ser de quita y pon, debían descansar, debían turnarse, debían sustituirse... ¡Toda la vida así!

Qué terrible el caso de aquellas cariátides que

ví en Palestina en aquella casa fundada 1800 años antes de Jesucristo. Estaban que ya no podían más y la casa se había ido un poco hacia adelante.

Ninguna resignación tan bárbara como la de las cariátides. Con la cabeza baja parecen mozos que llevan interminablemente un gran armario de luna o un piano. Están esperando llegar ¿a dónde?... ¡Ah! Todo espera su término, porque si no

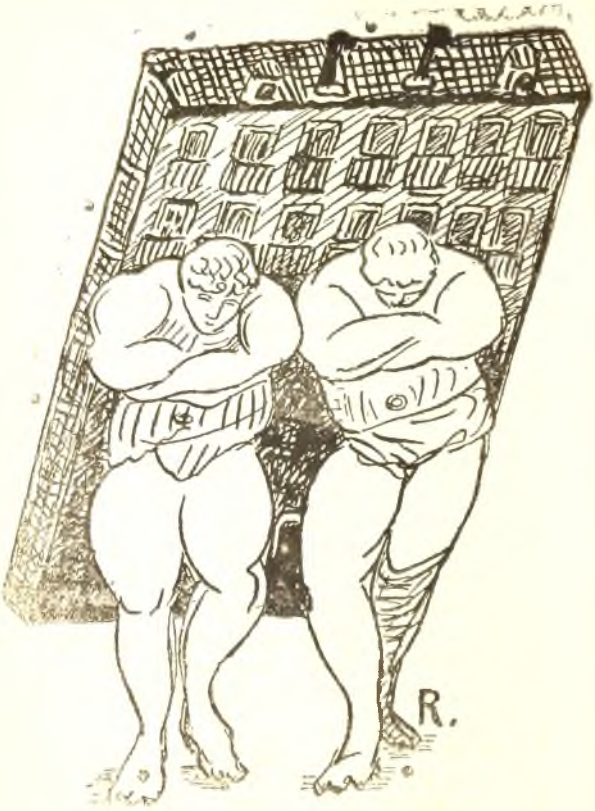
sería terrible cualquier continuidad, hasta la de la dicha: las cariátides esperan el día del fin del mundo, día en el que dejarán caer la casa que sostienen y se dirigirán a recibir el mayor premio, como cabos gastadores a la cabeza de la humanidad famélica de los resucitados, todos con los ojos de haber dormido mucho.

¿Cuál es la mayor cariátide del mundo? ¿La que es capaz de levantar más peso?... Seguramente la que sostiene el mundo, que es también una cariátide y no un eje como falsamente se ha dicho.

Yo veo a las cariátides como seres legendarios, capaces de muchas fechorías, hasta de llevarse la casa un día, saliendo con ella hacia otro barrio más saludable y más nuevo. En la primera época de los barrios nuevos de la ciudad, ha habido ese trastueque de casas, buscando esquinas mejores o buscando el estar junto a la plazoleta por donde pasa el tranvía.

Después de todo, las cariátides están muy satisfechas de estar en la vida y ver lo que pasa. En la oscura cantera en que podían seguir estando se hacía menos vigoroso esfuerzo, los músculos no estaban en tensión perpetua, las venas de la piedra no iban a estallar, pero no se veía ni oía nada.

Las cariátides tienen varios medios de descansar. Cuando no pasa nadie por la calle, apoyan una de sus manos en la rodilla y así hacen una flexión poderosa, formando con todo su cuerpo


R.

una palomilla invencible. También aprovechando el momento en que no pasa nadie—¡mucho ojo con las esquinas!—cambian de sitio y parece que no, pero eso hace que pese sobre otros salientes de su espalda el edificio.

Pero el peor día para las cariátides es el día de procesión. ¡Ah, esa tarde soleada en que se llenan de invitados todos los balcones de la casa! Las que sostienen un largo balcón de piedra son las más castigadas y el balcón se tuerce un poco sobre su ancha testuz de cariátides.

Ha habido cariátide que no pudiendo más, toda sudorosa y rendida ha agarrado una de las colgaduras, de las colchas o de los reposteros, que había colgados al balcón, y se ha limpiado el sudor con ellos.

¡Pobres cariátides! Admirémoslas y así como hay la ley de la silla para las muchachas que despachan todo el día detrás del mostrador, que haya una ley parecida para las cariátides. Dotémoslas por lo menos de un par de fuertes muletas para que se alivien.

EN EL HOSPITAL, CON EL DOCTOR MARAÑON

El doctor Marañón me espera en el salón en que está su retrato, por Zuloaga, ese estupendo retrato en que el doctor, frente a un gran paisaje, se inclina sobre el microscopio, y del que yo digo que "es que está viendo el paisaje al microscopio". Ese cuadro, el de Solana, los bustos de Julio Antonio, la miniatura del Greco, y ese otro cuadro del Greco en el que hay un crucificado sobre una tormenta admirable, que ha pintado el Greco en su cuarto de hora de mayor inspiración, cuando el rayo y el trueno más fuertes le abrieron más el cielo y vió mejor su fondo, dan un aspecto solemne a su consulta. Me va a hacer el honor de dedicarme su tarde del domingo, enseñándome su sala en el hospital. Yo, en la mañana, no asistiré ni a mi entierro; mi entierro tendrá que ser por la tarde.

Con su tipo de gran muchachote y de gran camarada en el Arte, al mismo tiempo que es un gran camarada de los más eminentes hombres de ciencia, el doctor Marañón persuade con sus palabras, que lanza con pequeños soplos. Sus párrafos están escalonados, y son siempre terminantes y justos. Su gran espíritu de montañés no

se turba por nada. Ve las enfermedades como un paisajista el paisaje. Parece que hace pasar al cliente al fondo de sus ojos y lo ve allí dentro, dándole entrada franca en su espléndida franqueza y diagnosticando por eso con su franco acierto. Parece que todo le enseña sus más íntimas meninges.

De camino, me dice algo de lo que vamos a ver; pero su automóvil está ya en el hospital, aunque es automóvil de médico, el automóvil que más miedo tiene a matar. Aquí, como ha pasado en el portal de su casa, le alargan unas revistas extranjeras, esas que alcanzan la última curación de lo que hasta ayer era incurable.

El hospital, el domingo por la tarde, parece que ha de tener un aspecto de hospicio en domingo, o sea que todos los enfermos deben estar de domingo jugando en los tristes patios de colegio, en que hay una pared con una alambrada en lo alto, para jugar a la pelota. Pero no; en el hospital se pasan los enfermos el domingo en la cama, y hasta hay algunos que agonizan. (El recuerdo del gran doctor Huertas, que es el doctor honorario del hospital, acude a mi mente en este ándito.)

Al pasar por las galerías, el doctor Marañón me señala la lápida de su amigo Achúcarro, que tanta decisión ha puesto él en perpetuar, y que con gran parecido, con la cabeza en forma de torre, es como un compañero entrañable, con el que se encuentra en la visita de todas las mañanas. (En

algún rincón hay un gran baño, redondo y bajo, que os llena de aprensión.)

En los jardines cantan millares de pájaros en coros nutridos, como desmigando la tarde y el aire con su piar. Son gorriones gordezuelos, que ponen algo así como hojas y fruto en los árboles del invierno.

Las fuentes de este patio jardín del hospital tienen como monumento una cosa sincera de monumento funerario, como si ese jarrón que las remata estuviese lleno de cenizas mortales.

¡Ah! y el agua de esas fuentes es como un agua sucia, como de haber lavado todas las heridas, y como si en ella se hubiesen ahogado muchas almas, de esas que se tiran al fondo del patio-jardín después del último suspiro. ¿Adónde iban a ir?...

En el domingo del hospital hay una cosa que lo entristece más: la procesión de los tétricos hermanos de San Felipe Neri, con sus largos gorros negros y sus especies de sambenitos, que todos los domingos pasan cantando sus cánticos lúgubres, y se acercan a las camas y tocan a los enfermos como a los plátanos, para ver hasta dónde están maduros para la muerte y después convidan a una sopa y un chocolate fuera de abono.

Al entrar el doctor Marañón en su sala, todos los enfermos toman un aire optimista. Esta inesperada visita en domingo les acabará de curar. Hay algunos levantados, que le miran con una gratitud radiante. A uno le ha hecho hombre; y

a otro, al que había puesto negro, por una equivocación, el doctor del pueblo, le ha devuelto Marañón su blancura natural. "Este tenía manchas rarísimas... ¿Te queda alguna?" — pregunta el doctor—. El abre su blusa de rayadillo y se ve su pecho de carne de pájaro pelado y flotando sobre su pecho, y colgando de un bramante, una de esas medallitas de hojalata que dan los curas a los niños que les besan la mano. No se encuentra ya ninguna mancha.

Las monjas, sonriendo con sus sonrisas vascas, le dicen: "¡Mire usted que venir en domingo!"

—¿Y la de la encefalitis letárgica?—pregunta el doctor Marañón.

—Se murió esta madrugada... Ya lo había dicho usted—dice la monja.

Sí, ya me lo había dicho a mí también: "Quizás no la encontremos", y miraba la velocidad de su automóvil cuando decía eso, como queriendo precisar si aún la quedarían unos cuantos minutos. El ha curado varios casos, sobre todo durante los Carnavales, que fué cuando se agravó esa enfermedad, y confundieron a veces la encefalitis con la borrachera, y llevaron a la Comisaría al encefalitado. Este caso era perdido, y cuando ayer el doctor Marañón hablaba con sus compañeros, junto a la cama de la dormida, de su gravedad y de que probablemente no pasaría de la noche, ella, desde el fondo de su sueño encefálico—porque se da a veces en estos enfermos este

caso de estar dormidos de un modo imposible de despertar y, sin embargo, oir y darse cuenta—, respondió: "¡Que te crees tú eso!"

La historia auténtica y con una gracia macabra del "¡Que te crees tú eso!", junto a la cama ya vacía, es algo inolvidable.

En el cuartito que para el caso fantástico hay al final del salón, y que está entreabierto, está la enferma inaudita. En Buenos Aires, yendo esta consumida mujer en un automóvil, de pronto se abrió la portezuela y fué arrastrada y destrozada, hasta el punto de darla por muerta y llevarla a "La Morgue", donde la veló un hermano suyo, que, ya en la madrugada, vió que se movía, y llamando al médico de guardia, la pusieron un espejito y lo empañó. Entonces la trasladaron a hospital de enfrente.

—¿Y qué tiene usted ahora?—la pregunta el doctor Marañón, con ese modo de preguntar y de interpelar que tienen los médicos, y que me recuerda la manera que tiene de preguntar también el dueño de la barraca de "Stella o la cabeza sin cuerpo", a esa cabeza de mujer que se sostiene suspensa en el aire.

—He tenido el tétanos—responde ella—; pero usted me lo ha curado... Dios se lo pague... Bien merece usted felicitaciones...

—Yo, es la primera que he visto salvarse del tétanos—dice la monja, anciana que tiene ya muchos años de hospital.

—A ver cómo abre ya la boca—dice el doctor Marañón.

La calamitosa enferma, verdadera perseguida de la Providencia—¡una vez la muerte en "La Morgue" y otra vez el tétanos, que es otra vez "la muerte"—abre su boca de pez boqueador, y el doctor, entonces, da la orden más optimista para el enfermo: "Que coma ya de todo".

Veo otros enfermos, enanos, mujeres de glándulas estropeadas, un hombre que, sentado en la cama, me enseña sus manos con los dedos en forma de palillos de tambor, y por fin, en la sala de visitas, un enano que el doctor Marañón ha curado y un gigante con agromegalia, o sea con unas manos inmensas, un gigante cuyo espíritu, lleno de ingenuidad y trivialidad, sorprende al lado de la gran vanidad del enano, de tal modo que se podría decir que el enano tiene espíritu pretensioso de gigante, y el gigante de enano.

—Mientras curaba al gigante, que es un buen obrero panadero—me dice el doctor—, su patrón me venía a ver y me rogaba que, por Dios, le curase más de prisa, pues hacía él sólo la labor de tres obreros buenos...

En efecto, viéndole las manos se comprendía que él sólo amasase las más hermosas hogazas. Parecía siempre una fotografía terriblemente desenfocada; las manos demasiado en primer término.

Subimos las escaleras del hospital. Vamos a

asomarnos a la magnífica terraza del hospital. El doctor me habla de los trastornos que sufren los gigantes y los enanos. "¡Qué enormes dolores de cabeza los de los gigantes!", pienso yo; ¡y todo porque esa glandulilla interior del cerebro les dió su grandeza! Esas tres glandulillas capitales que tenemos son como perlas de Golgonda, que valen lo inconcebible.

—No hace mucho vi al enano Paquito, el que se presentó en el circo—me dice el doctor—. Es un caso bastante raro... Pero lo gracioso es que, tanto él como su dueño, no querían que creciese, tenían miedo de que yo, con mis curas y mis miradas le hiciese crecer.

Ya estamos en lo alto, y las guardillas están llenas de enfermos, porque hay que habilitarlas durante el invierno. La sala más grande del hospital está aquí, y es de enfermos del estómago. Es pasmoso cómo están de aglomerados en el inmenso desván, todos sentados en la cama y como si disputasen entre sí con pequeñas rencillas de seres inferiores, que viven en la misma alcoba y que encima son ¡enfermos del estómago! ¡Cuánta mala intención debe haber en esa sala!

Una escalerilla supletoria, y la inmensa terraza después. Aún hay cáscaras de naranja en ella, recordando esa hora de sol cordial en que la terraza se llena de enfermos.

—Yo he mirado mucho hacia aquí arriba—le he dicho al doctor—, cuando se ve la multitud de

los enfermos asomados sobre el repecho de la balconada. Me ha parecido siempre la cubierta del gran trasatlántico que boga hacia el otro mundo... Parece que saludan con sus pañuelos—tiesos pañuelos—desde cubierta, como apiñada multitud de emigrantes que saludan al que se pasea por el muelle alegre...

Se ve desde la terraza la parte más castellana y manchega de Madrid, extensa, con sus estaciones, con sus chimeneas, con sus terraplenes de carbón, con sus cocheras de máquinas de tren todas encendidas y como dispuestas a salir de la cuadra irradiadas.

Del otro lado de la terraza se domina el patio lúgubre y lóbrego del hospital, sólo comparable al del incendiado Tribunal Supremo, con sus galerías de cristales con altos montantes, con su terraza antigua en lo bajo de ésta, terraza de opulenta balaustrada de hierros antiguos y con su reloj interior, un reloj de torre que no da a la calle, un reloj hacia dentro, que marca otras horas que las que de fuera, la hora de la entrada, de la operación, de la convalecencia, del alta. En el piso central está el convento de las monjas que cuidan del hospital, y se las ve pasar por el gran escenario de cristales de su piso trasegando ropas, echadas hacia adelante las más viejas como vencidas por el peso de la gran enveladura de sus tocas.

La tarde ha ido cayendo, como si estuviese en-

ferma de precipitación, en el hospital. Vamos bajando la escalera. Nos encontramos enfermos vestidos con ropa de pueblo—abundan mucho los de Toledo—. Muchos comen chorizo, porque las visitas de los domingos en los hospitales, en los seminarios y hasta en las cárceles deja un recuerdo en forma de chorizo, un chorizo lleno de pimentón, un chorizo matarratas, que quizás influye en ese aumento de mortalidad que, según el doctor Marañón, se da los lunes en el Hospital.

Ya en las galerías bajas, sólo se ven los bedeles y esos grandes mozos del hospital, mozos normandos, estupendos mozos como cargadores de pianos, que tienen que ser así para bajar de los altos pisos a los muertos de muerte más pesada. No tiene más remedio que enterrar a sus muertos la vida. Los porteros—¡cómo se grabarán en la mente del enfermo estos porteros y qué amplio cacicato debe ser el suyo!—saludan en fila, como si el doctor les pasase revista.

En la calle, y mientras, con su amabilidad de hidalgo con automóvil, me lleva a mi casa, converso con este hombre, juvenil como un estudiante y que, al mismo tiempo, viene, como un Jesús, de hacer ese milagro de resucitar, de curar, a la mujer pobre, del tétanos fatal. Me dan ganas de ser el que le acompaña como devoto a casa del publicano, al que cura su impotencia; a casa de la que se muere, y a la que da de alta, a casa de la que pierde la razón con el bocio y los ojos

fuera, y a los otros y a los otros, a los que va salvando a través de los días. Me dan ganas de vivir las mañanas como sectario de ese redentor sencillo que apenas hace un gesto con la mano, que mira como dándole una untura al que está postrado en el lecho, mientras le dice una especie de "levántate" decisivo.

El sonríe y bromea. Como es el médico de los gigantes, yo le digo:

—Debe ser peligroso el curar o el no curar a un gigante. ¿Y si se enfada, o se impacienta, o se cree empeorado y tira de chafarote o coge de las solapas al doctor?

El doctor Marañón sonríe. Yo insisto, queriendo agradacerle la tarde con un poco de modesto buen humor.

—Usted debía modificar la raza y hacer una raza de gigantes o de cabos gastadores...

—Hombre, la raza, no. Pero algo más modesto tal vez; por ejemplo, hacer un vivero de alabarderos, en caso de que se fuese extinguiendo la especie...

La rápida despedida del automóvil, que ha llegado y que ya brama por marcharse, corta nuestra charla.

—Muchas gracias—le digo yo a través del cristal y del ruido, que le dan apagada y turbia mi sincera gratitud de admirador.

LA ABRIGADA FAMILIA

VIVEN bien en ese escaparate que les ha tocado en suerte. El es uno de esos señores tontos, con la barba asiria, grandes ojazos y pelo muy tupido, pero muy flojo. El cree tener una misión, y con eso está contento; además de que tiene cierto orgullo de enseñar *lo que hay que hacer en la vida,* a su mujer y a su niño, tan bien formados, sanos y retrecheros. Igual hubiera servido para director de Banco que para eso.

La mujer es esa mujer buena moza, digna compañera de ese señor de la barba asiria. Vestida con traje interior de hombre es como una Venus en camiseta, como las estatuas que durante la guerra fueron forradas contra posibles incursiones de los zeppelines.

El niño está alegre, juguetón, en el escaparate, como los niños en la mañana junto a la cama de los papás.

Es feliz esta familia. Algún día muy crudo de invierno he pasado por esa calle en que se exponen, y que tiene toda ella la vergüenza de su desvergüenza. Estaban un poco morados, y los roeles rosas se destacaban profundamente junto a los roeles blancos y amarillentos. Tenían esos rostros de mil colores que se lucen en las mañanas

de crudo invierno frente a su luz niqueladora. Pero ni aun así se habían metido dentro, y tenían el empaque de una familia vestida con ga-

banes de pieles. ¿Y poner un brasero en el escaparate? ¿No estaría bien?

En el verano, como daría un gran calor a toda la calle que siguiesen usando sus magníficos trajes de abrigo interior, se les viste con trajes de baño.

Sobre todo el niño, está monísimo con su traje de avispa blanca con rayas azules, y resulta así el niño que juega con la arena antes de meterse en el agua.

Entonces parece más explicable la presencia tan ligera de ropas de esta familia extravagante. En las playas se ven todos los días señores tan importantes como éste y también vestidos con traje de peregrino antiguo y con los enormes pies descalzos...

Ahora es cuando más llamativa está esta familia de locos, fanáticos como higienistas, tan estúpidos de tanto mirarnos estúpidamente.

Yo le tengo a él antipatía; a ella, rabia; al niño, tirria; pero no puedo borrarlos de mi imaginación. A veces se iluminan en mi memoria, porque un farol es propicio a su recuerdo o porque el viento mueve las hojas del libro de mis recuerdos cotidianos, y sale la hoja en que están. Como un ventrílocuo lleva sus muñecos, así llevo yo éstos conmigo.

Pero cuando más rabia me da encontrarme con sus imágenes es cuando, al ver a un señor o a una señora, me pongo a pensar que yo conozco a alguien que se les parece, y comienzo a decirme: "¿Quién?... ¿Quién?... ¿Quién?..."; hasta que, por fin, doy en que a quien me recordaba de mis conocidos era al maniquí de cera...

—¿Se acuerda usted ya de a quién me parezco tanto?—me han preguntado, las mujeres sobre to-

do, al cabo de un rato de verme meditar encarnizado conmigo mismo.

—No me acuerdo... No me acuerdo... Por más que hago, no puedo acordarme—he contestado yo, un poco azorado de que pudiera darse cuenta, la parecida a la muñeca de cera, con qué deshonesta y pasmada mujer le había encontrado parecido.

LA LUZ DE LOS FOCOS

La luz de los focos, que llega a nosotros como un amanecer súbito, juega con nuestras sombras y las mueve y las traslada de sitio como si las zarandease. Corre nuestra sombra como los personajes de cinematógrafo cuando se precipita la marcha de la cinta.

Se podía decir que los focos nos atropellan, nos empujan, nos buscan con fosquedad de mirada de dragón.

Todo se asusta un momento, se sobrecoge, y hasta los troncos de los árboles ateridos de luz y de miedo, se esconden unos detrás de otros ante la mirada intensísima del reflector.

Cogidos por la luz de los focos en las revueltas, somos placa de linterna que se pone y se quita rápidamente, como si no fuese "esa" la que se quería proyectar.

A los perros se les hunden los cuartos traseros, como desrabadillados por la luz, sobrecogidos y

derrengados como cuando las mangas de riego les enfocan.

Los focos despiertan todo lo que está dormido en los suelos y en los rincones de la ciudad, en los quicios de las puertas o en los bancos públicos.

Ahora hay focos de luz discontinua que sorprenden más con su cepo de luz. Ahora se ve un automóvil de ojos de mirar débil y cansado, del que de pronto surgen las miradas largas de los focos, sus ángulos luminosos y agudos. Mira y después vuelve a retraerse, viéndose cómo se contraen y se encogen sus rayos como los cuernos de luz del caracol luminoso.

Si yo fuese más "siluetista" de lo que soy, haría varias viñetas de siluetas que descubren los focos: ese novio y esa novia que disimuladamente se daban una carta y que son proyectados ante los ojos de la madre, que se escandaliza; esa pareja que va tan unida, que el brazo de él, vestido de gabardina, es como un cinturón claro para el traje oscuro de ella, así como el brazo de ella es la trabilla que faltaba a la gabardina, y que es descubierta unida por la X que forman sus brazos al buscar las cinturas. Ya que no soy un "siluetista" bastante serio, ahí va ese descubrimiento de los focos en uno de nuestros jardines públicos, descubierto instantáneamente el azoramiento, la inquietud, el quererse reponer cuando no tiene la cosa remedio, cuando, como en los documentos innegables, está duplicado el hecho, es decir, ha pasado por el "copiador", pues se ve la silueta natural y la proyección de esa silueta sobre e suelo...

LAS GALLINEJAS

La mayor crueldad es que rechace la imaginación con demasiada intransigencia lo que es goce de los demás, sustento de su vida. Deberíamos probar de vez en cuando, como los generales el rancho del soldado, los ranchos de la miseria.

Esa crueldad hace que muchos rechacen con un encono cursi y descarado, el humo que sale del puesto en que se venden las "gallinejas". Muy bien que no se prueben las "gallinejas" pero muy mal que se rechace su idea optimista, el encanto que brota de su cordial cocina para los muertos o medio muertos de hambre.

Esa cocina de portera que se abre al aire libre, ofrece un refrigerio que es grato ver en pie, existente, sosteniéndose aún contra viento y marea, pues hasta los municipales se tapan las narices al dar la papeleta contributiva.

No hagáis tantos dengues, seres de naturaleza tan miserable como los demás, por que el señoritismo es de lo más superpuesto y artificial que hay. La verdadera naturaleza, la que está proclamada, es la que para mayor sinceridad de su retrato habría que pintar siempre mordiendo un troncho de col.

Las "gallinejas" son una cosa alegre, exquisita, que alimenta a la calle fría y abandonada, que mantiene al ambiente en pie. Esos "restaurants" ambulantes en que se venden los desperdicios que

no tienen ni forma ni nombre apenas, mollejas, nervios, gorduras, piltrafas, son las Casas de Socorro para el que siente el vacío terrible... ¡Si no fuera por esos puestos de urgencia, muchas veces habría extendidos en el suelo de la calle los muertos por los automóviles del hambre!...

Las "gallinejas", con su nombre picaresco y burlón que hace recordar a las gallinas que se come el burgués, son a veces bocados comparables con los que se comen los cardenales en sus cenas opíparas. El Baltasar que es mozo de cuerda aventaja al Baltasar del célebre banquete, si elije bien las piltrafas. (Acordémonos de aquellas piltrafas exquisitas que pescamos en los cocidos de la infancia.)

El aceite de la "gallineja" es aceite aprovechado de las latas de sardinas o algo peor, pero tampoco ahoga, porque todas las ventanas de la cocina están abiertas.

Es algo absurdo tener ese egoismo de la imaginación que no deja ver las voluptuosidades ajenas. Una de las cosas que hay que proponerse y con cuya consecución se ensancha el goce del sentido de la vida, es llegar a comprender las "gallinejas" y sonreir al encontrar el brasero que, unido a una estufa, es el fogón en que se fríen.

LAS ULTIMAS HOJAS

Las últimas hojas son como los últimos pañuelos que gasta el árbol para despedirse de la vida. ¡Ya qué lejos está el buen tiempo cuando sólo se ve esa punta del pañuelo con que se des-

pide en el pasado, ya en América! En la cubierta del más lejano de los barcos alguien dice ¡adios! con el pañuelo.

La perfección de un dibujante sería dar la sensación hermética y translúcida de ese embruzamiento. Hacer eso de un modo conmovedor con los esqueletos de los árboles sobre los fondos lívidos del invierno sería algo inolvidable. Algo así como esto que yo señalo sobre la mesa del café, con la vaguedad de esos dibujos con que se quiere decir algo de cómo es esto o aquello sólo por medio de la referencia remota, pero que hace exclamar: "¡Ah! ¡Ya!"

Lo que más impresión me ha dado del infinito en la luz ha sido el ver el cielo a través de los árboles. En ese blanco incandescente, grave, inacabable, ilimitado, se hallan luces de trasmundo.

Aleja el cielo el árbol de ligeros y sutiles huesecillos del invierno, como si le colocase en el lado misterioso, y contrasta la luz del otoño como si fuese la que llena el vacío del otro mundo.

¡Cómo se hilvanan al cielo estos árboles llenos de palitroques! Al dibujarles no se les puede rayar todo lo que ellos lo están, porque no se vería nada. El arte de sus pequeñas claridades y de sus rayas de luz es arte de la luz natural y del árbol natural, todo de un modo indecible, con una distribución tan graciosa, que es imposible de copiar.

"Almas de bosques" hay en el fondo de esos grandes cestos que forman las copas de los árbo-

les invernales. El alma auténtica, entornada, llena de resquicios misteriosos, que es el alma del bos-

que, está como ejemplo del bosque en la ciudad lejana al bosque.

Parece que entorna los ojos el árbol, o que los

entornamos nosotros al ver la luz por entre las pestañas del árbol.

El espíritu del árbol, que es el de la creación en un volumen menor, queda desnudo en este árbol de final de año, lleno de nidos vacíos y caducados, que son como secas coronas de espinas abandonadas.

Entre estos árboles embruzados y medio opacos del invierno está el árbol al que he llamado ya en otra ocasión el árbol de los calcetines, ese árbol del que cuelgan las vainas secas con la simiente envainada de algunas clases de acacias. Los pingajos negros de ese árbol parece que tienden frente al cielo los calcetines de los ángeles. Una cosa así. Esos colgajos negros son como el resultado de la matanza del árbol, las morcillas de su substancia. Parece el "árbol de los calcetines" una estación de árbol de señales tétricas, el árbol de los pingajos que han dejado los grajos.

Los árboles así de desnudos parecen árboles vistos con los rayos X, viéndose atravesado su esqueleto por la sombra interpuesta de algunas hojas.

Los pájaros en esos árboles parecen ratoncitos de árbol. Se pliegan, se vuelven ágiles correteadores por las ramas, y tienen toda la prestancia de los ratones. En primavera, cuando el árbol tiene ya hoja, los pájaros tienen la misma prestancia; pero no se les ve bien, no se les ve sino posarse o echar a volar.

Así hay árboles que parecen enratonados y en

los que parece que es un pájaro artificial y mecánico ese pájaro que corretea y que tiene como orejillas y rabo.

Si no hiciese un peligroso frío, estos árboles lle-

nos de travesaños de jaula serían la alegría de los pájaros, los grandes trapecistas de la Naturaleza. ¡La de saltos que dan de diminuta a diminuta percha! Es como un gran gimnasio lleno de "paralelas" y trampolines ese árbol atravesado de obstáculos.

En los chopos quedan unas hojas amarillas ro-

jizas, unas hojas color fuego que se quedan convertidas en el degarreotipo del ocaso, el recuerdo vivaz de los ocasos vibrantes, la hoja seca guardada entre las páginas del libro de la vida. Hay momentos del paisaje completamente oscuros en que la única nota alegre del conjunto es esa hoja anaranjada y barquillosa del chopo, hoja que parece algo así como el detalle del pañolito de seda del mismo color con el que salen "ellos" los domingos.

El viento persigue estas hojas, las tiene rabia, hace todo lo posible por arrancarlas; pero ellas se defienden agarradas a su árbol, sin quererse soltar, unidas por los cañones más fuertes del árbol, como son los cañones más fuertes los que unen a la cabeza esos cuatro pelos que se peinan con tiralíneas en las cabezas de los calvos.

Esos árboles esquemáticos y fantasmales del invierno son como árboles dibujados sobre el gran pliego de barba del cielo. Misteriosos laberintos cuando preguntamos con sigilo a las rendijas: ¿Qué es la vida?

LOS AUTOS "STOR"

Los nuevos automóviles de la marca "Stor" vienen de Norte América para competir con todos los automóviles conocidos anteriormente.

Han llegado a Europa por mar, ¡naturalmente!, pero no tan naturalmente, porque han hecho el viaje a nado, como quien dice, surcando las aguas como si fuesen la carretera ideal, gracias a sus cámaras insumergibles. Ya al llegar a la orilla del mar con un automóvil "Stor", no habrá por qué frenar, y si es que se quiere pasar al otro lado del mar, no habrá que embarcar el automóvil. Las huídas de las películas que antes necesitaban completarse con un salto desde el auto al barco o a la canoa, ahora necesitarán menos coincidencias y eso las hará más espontáneas.

Los "Stor" vienen a Europa precedidos de numerosas historias que les acreditan, aunque algunos intenten desacreditarlos.

En una ocasión, se cuenta que recibió el director y propietario de la casa "Stor" un balcón, producto de una fiesta cívica, es decir, un balcón que se hundió durante una procesión llena de banderas estrelladas y de damas vestidas de blanco, un balcón hecho un ocho. A aquel regalo mortificante contestó el director y propietario de los "Stor": "He recibido un automóvil con ligeros desperfectos, y dentro de una semana lo tendrá completamente nuevo y dispuesto". Al cabo de la semana recibió el que le había enviado el balcón un hermoso "Stor".

En otra ocasión, el Sr. Stor recibió tres latas de gasolina vacías y llenas de abolladuras y descuajarangones. A esas tres latas acompañaba una

carta en la que se le rogaba al excelentísimo señor de los "Stor", "que le fabricase un automóvil de su marca con ese material de pura hojalata". El director de la casa "Stor" envió a las pocas semanas un automóvil al de las latas, devolviéndole una de las latas, porque le había sobrado después de fabricar el "Stor" que le enviaba.

Para demostrar la ligereza del "Stor", también se cuenta que, en una ocasión, salió el mecánico de la casa acompañando a un cliente que quería comprarse uno de los más modestos, y cuando han recorrido cincuenta kilómetros, se para el automóvil en seco; se bajan del auto, el mecánico estudia los embragues y, por fin, al abrir la cartera del auto, exclama: "¡Ah! ¡Nos hemos venido sin motor!" El cliente, asombrado, exclama a su vez: "¿Pero cómo es posible haber recorrido tantos kilómetros sin motor?", y el mecánico responde con altivez: "¡Ah, señor, es que un "Stor" recorre cincuenta kilómetros sólo con la reputación!"

Numerosas historietas más se han inventado alrededor del "Stor", entre otras, una que, aunque repite lo de las latas, es con otro pie. Se trata en esta historia de un entendido en automóviles que, estando en un garage, dice que él conoce los autos sólo con oir el ruido del motor. Sentado en el despachito del administrador del garage, se van poniendo en marcha todos los autos de diferente marca que hay en las diferentes jaulas:—"Ése es un "Packard", ése un "Renault", ése es un "Dion-

Bouton", ése es un "Ford"... — va diciendo sin que nadie le interrumpa, todos llenos de sorpresa ante su acierto, menos cuando dice "ése es un "Stor", porque el que él ha creído un "Stor", ha sido el estrépito que ha movido un lechero al caerse sobre sus garrafas.

¿Conseguirán los "Stor" en España ese éxito que han conseguido en Norte América, aunque los envidiosos hayan procurado ironizar su existencia y hasta haya habido un cronista de sociedad que al dar cuenta de un pasaje de autos, decía: Varios automóviles y un "Stor"?

Parece que sí. Es un automóvil el "Stor" cómodo como una silla de manos y capaz de cruzar las montañas como un aeroplano.

Las gentes lo ven pasar con asombro, y hasta ha habido un suicida que ha dejado escrita la siguiente carta: "No se culpe al chófer de mi muerte. Me he tirado debajo del "Stor" por gozar la voluptuosidad de morir bajo sus ruedas".

Los humoristas de Europa, imitando un poco a los norteamericanos, y sin cobrar los dólares que ellos han cobrado por sus humorismos—por la historieta del "Stor" sin motor cobró Marc-Nonton, el gran humorista de moda, nada menos que doscientos mil dólares—, han guisado chirigotas, como la de que le enviaron a Stor una máquina de hacer cigarrillos y Stor fabricó un automóvil torpedo que, además de andar, hacía cigarrillos, y otro ha inventado que basta cargar el "Stor" con café

con leche, mitad y mitad, para conseguir sus mayores velocidades; hasta ha habido algunos que han hablado de una maquinilla de hacer café, injertada en una "Gillette". Yo, ya puesto a exagerar, diría que con una pluma estilográfica me consiguió hacer el Sr. Stor un automóvil, pues no hay nada que se parezca tanto a un automóvil, en el absurdo lógico, aunque imposible, como una estilográfica.

LA CAJA DE CONCHAS

¿Qué son las conchas? Las conchas no son lo que naturalmente son; las conchas son una cosa caprichosa a la par que perfecta; las conchas son el regalito que el mar hace a los hombres y a las mujeres, más que nada a las mujeres.

¿Cómo acabar de creer que hay un animal que vive en su fondo? Eso parece una animalada. A lo más, fantásticamente considerado el caso de que aparezcan con un animal en su fondo, lo que se puede pensar que puede haber pasado es que un ser impertinente haya anidado en el fondo de la concha abusando de ella. Si apareciese un bichejo en el oído de una mujer ¿podríamos pensar que tan bella concha fuese el caparazón de ese bichejo?

La concha es el producto de la bisutería graciosa del mar, su recuerdo para los niños y las mujeres de las playas, el *souvenir* auténtico y variado del Gran Bazar del Mar. Trabajo paciente y exquisito de japoneses parece hijo de sus buriles sutiles y de la punta de un solo pelo de sus pinceles.

El entretenimiento del fondo del mar, la diversión del fondo del mar, bajo la presión de las aguas, es hacer conchas, conchas y conchas, que por eso tienen algo de trabajo de presidiarios, de esas filigranas en hueso que envían desde el fondo de las cárceles los penados. ¡Desgraciados penados del mar haciendo conchas y caracoles para desprenderse un poco de su sensualidad artística!

Muchas colecciones de conchas hemos visto, todas como iguales y diferentes en las manos femeninas que al removerlas mezclaban el nácar y el rosa de las conchas pareciendo conchas entre las conchas, entre las conchas femeninas debo advertir, porque ya se sabe que hay también las que representan la uña blanca, rosa y larga del hombre petulante y ensortijado, y otra, la amarilla y larga del repugnante fumador.

Entre todas las colecciones que he visto la concha que más me sorprendió fué en el delantal de aquella niña que iba recogiéndolas por la playa, una que era enteramente un ojo de cristal, el ojo postizo de un náufrago ya un poco convertido en concha. Lo cogí del delantal de la niña y se lo

devolví al mar. La niña se echó a llorar, pero la salvé del miedo terrible que la hubiera dado saber por sus padres lo que era aquello, aquel ojo que valía por un náufrago entero, que era como todo el náufrago.

Las conchas no saben nada y valen mucho. El que las ha cogido en las playas no sabe desprenderse de ellas, y cuando le preguntan: "Estas conchas que hay aquí ¿se tiran?", él no sabe qué responder, pero no dice que las tiren. Sabe que no son nada, que estorban, que se las encuentra siempre que se busca algo, pero no sabe faltar a la memoria de aquel mar que se las deparó aquella tarde. "Es un recuerdo", dirá como cuando se defiende algo de la mirada avariciosa de alguien. Y las conchas se quedan en el fondo del centro de mesa o del cajón o en la gran bandeja.

* * *

Como las conchas siempre estorban demasiado dispersas y parecían querer congregarse de un modo armónico, hubo alguien que inventó el procedimiento de juntarlas formando el adorno exterior de una cajita. Así se salvarían a su pérdida, a su dispersión, a ese extravío lento que al cabo del tiempo hace exclamar a los propietarios de conchas: "Pero, ¿qué habéis hecho de las conchas que yo tenía aquí?"

La caja hecha con conchas es como un pequeño

tabernáculo del *no sé qué* misterioso, que evocan ellas. Las cajas de conchas parece que son como cajas de música, porque como en cada concha acaracolada hay una nota del mar, un eco, algo así como los monorrítmicos susurros de las chicharras del mar, entre todas componen una música parecida a la de las cajas de música en que suenan los peines de acero.

La caja de conchas parece que contiene tristeza porque parece también que en el rizado interior de cada concha hay una tristeza del mar. ¡Ah, pero si está rodeada de espejos la caja de conchas, entonces es pura melancolía lo que contiene, pero una melancolía ingenua y seductora como una novia del Norte!

Muchas veces he intentado comprar una caja de conchas, he hecho un viaje largo sólo para comprarla, sólo con esa ilusión, como si fuese esa la flor de mi viaje, pero siempre una mano me la ha apartado de las manos y después de haber revuelto la tienda no la he comprado, unas veces porque me han dicho: "pronto recibiremos otras mejores", o porque la que tenían tenía un espejito roto, o porque a última hora después de abrirlas y cerrarlas con encanto e indecisión me atrevía a lanzar ese "ya volveré por ella" que es como una despedida eterna.

Sólo me contento ya con mirarlas a través de los escaparates deseando entrar a por ellas y no entrando como un niño mucho más pequeño que

yo que no tuviese dinero, uno de esos niños que ven las cosas de los escaparates muy arriba.

Una historia muy conmovedora en que se mezclan las conchas, las cajas de conchas y el amor ensombrece mis ojos cuando veo las cajas de conchas. He aquí esa historia:

Adelaida se hizo novia de un piloto. Tenía esa vocación que hay que tener como para entrar en el claustro para ser novia de un piloto. Su fidelidad era formidable y podía resistir en su espera que los barcos diesen la vuelta al mundo.

Todas sus amigas la admiraban y le fueron haciendo poco a poco una leyenda de santidad que parecía que era ella la que podía proteger en alta mar la nave en que navegaba él.

Como si fuese más luminosa que bella — era sólo bonitilla—atraía las miradas de la gente y todo el mundo preguntaba al verla en un rincón de los bailes o de los velatorios: "¿Quién es aquélla?" "Es la novia de un piloto", les respondían, y todo el mundo la respetaba.

En medio de aquellas relaciones, cuando ya tenía unas cuantas cartas, Adelaida compró la caja de conchas más grande que había en el bazar del pueblo para guardarlas en un sitio a propósito. Con su caja siempre enfrente trabajaba en la solana o en el portal, le parecía que las cartas estaban en el cofre digno de las cartas de un piloto. En el fondo sospechaba que su rasgo de comprar la caja había sido una cortesanía al mar para

mantenerle propicio al guardar las cartas en esa cajita como de su fabricación.

"Es como si hubiese comprado un ex voto", pensaba ella con su fondo de idolatría.

La caja de conchas era para su culto como caja pascual. Muchos ratos se miraba en su espejito y se creía ver frente al rostro de él como en las fotografías de los recién casados.

Así las cosas sucedió la catástrofe. El piloto se ahogó. Pasemos sobre el dolor. Fué quizás mayor que todos los dolores como cada dolor, como todos los dolores. Resignación.

Adelaida lloró sobre su caja de conchas todo su largo dolor.

"¡Si yo hubiese arrojado la caja de conchas con sus cartas al mar el día de la galerna hubiese aplacado su furor!", pensaba siempre tan idólatra como somos todos.

Y desde entonces tiene en lo alto de su cómoda de vieja soltera viuda de un marino, la caja de conchas que mira como el verdadero féretro de su muerto, porque los restos del que cae en el mar *sólo pueden estar en tierra en el fondo de una caja de conchas,* y eso es lo que se presiente al levantar las tapas de todas las cajas de conchas: *Que allí se refugia un náufrago.*

LOS LOCOS DEL HOSPITAL GENERAL

El doctor don Francisco Huertas y Gonzales del Campillo es un doctor sabio y vivaz. Infunde una gran confianza con su aspecto de ver rápidamente la raíz secreta de la enfermedad y de encararse con ella erguido, avizor y con la cabeza echada hacia atrás, gesto que ha heredado de su padre, el eminente doctor plantado siempre ante los enfermos como un general victorioso.

Paco Huertas, con su rostro un poco arrebatado de inglés de Madrid, trata a la vida con eficaces cuchufletas que la salvan y que desconcierta a la gran hipocondría de la enfermedad. Mi Doctor Inverosímil, ha saludado en él hace mucho tiempo, a un compañero. Es uno de los pocos doctores que tienen, además de ciencia, imaginación, elemento singular para resolver el peligro de muerte. Educado literariamente en medio de esa bohemia espiritual en que se mezclan los que tienen corazón y espíritu, vivió esas noches divertidas y lúgubres de los poetas, vió a Cavia dormido en un saco de garbanzos en el antro que no se cerraba en toda la noche, y compañero del malogrado poeta Cortezo, va de vez en cuando al cementerio en que reposa para leerle aquellos versos de Baudelaire que debía de leer

al que muriese primero de los dos el que le sobreviviese.

Con todos esos antecedentes y con sus internados en las clínicas de Alemania y Francia, Paco Huertas, que cura las enfermedades generales, necesitaba una especialidad de profundo sentido, de honda entraña. ¿Y qué especialidad más difícil y más abismada que la locura?

Dotado de la larga mirada que necesita esta especialidad y después de mucho estudio, es hoy Paco Huertas el médico encargado de las salas de locos del Hospital General y el inspector de varios manicomios importantes.

Con él he ido a visitar esas salas que me interesaban más que las de un manicomio porque en ellas el aire está menos confinado, porque están más en medio de la ciudad y de la vida y porque son menos fatales y profesionales estos locos que los otros, ya que son los locos en el purgatorio, no en el cerrado infierno de los manicomios.

Para ir a esas salas hay que cruzar esos patios enormes del Hospital General, en los que el otoño tiene un reuma que balda, patios y jardines con aires de cementerios disimulados en que todos los muertos están mezclados al barrizal, que por eso yo ponía gran cuidado en no pisar, buscando las aceras de piedra.

Al fin, ante la puerta del patio de los locos presiento antes de que se abra, la bocanada de espacio blanco, de vacío, de cuarta dimensión que va

a salir por ella y me va a dar en pleno rostro cuando se abra. Y se ha abierto y he visto esos ojos en blanco que tiene el cielo sobre los patios de los locos. Y he entrado en la jaula detrás del domador.

Todos se acercan como magnetizados por el profesor, y el doctor va dando cuerda a la locura de cada uno para que yo les vea moverse. Son como muñecos de cera preciosos, que antes de declarar cuál es su manía, tardan, hacen un gesto de amago como un poco descompuestos, idea de irregularidad que se repite en estos juguetes mecánicos de barracón, cuando ya en marcha se presencian sus paradas súbitas y sus precipitaciones exasperadas en que todas las ruedas dentadas de su mecanismo rechinan los dientes.

Paco Huertas los conoce y los trata con esa afabilidad sagaz que hasta vence a la locura y la hace bajar los ojos. ¡Qué diferencia entre aquellos locos que desató de sus grillos de hierro Pinel y éstos a los que el doctor Huertas, con gran cortesía y sutileza, va haciendo que ellos mismos deshagan el error de su locura cuando no está estrangulada para siempre, irreparablemente, la hernia de ese error!

Estos locos del Hospital General son los locos de la calle, con sus tipos de hombres que no están locos, los locos que en la calle nos piden lumbre con discreción y que sólo por lo que tardan en devolvernos el cigarro y por lo que dicen y por

lo que se van murmurando, comprendemos que están locos. Son los locos en prisión provisional, que daban ya tanta lata en su casa o no dejaban dormir a todos, sobresaltados, aun con el cerrojo corrido, que sus familias recurrieron a la autoridad gubernativa que los trae aquí en observación, observación difícil y de gran responsabilidad que tiene que realizar el doctor Huertas, porque aquí viene el que se hace el loco—en estos días de juego hay alguien que para salvar su situación lo simula—, el que sólo tiene sucia la maquinaria como esos relojes parados que se creyeron rotos, y los que están verdaderamente locos y tienen que ir a los manicomios provinciales.

En este momento, el más distinguido de sus moradores es un maestro de violín de la Sinfónica que no se acuerda de su música, que ha perdido la memoria completamente. Su violín parece que da gritos desalados, como los de aquellos gatos de carnaval a los que se retorcía las patas para que gritasen.

Hay algún catatónico, perdido en el éxtasis, inmovilizado como un espantapájaros; hay algún mitómano que ha inventado el mito del dios aviador; hay varios pintores que ansían alcanzar el arquetipo de Leonardos de Vinci de los locos, y acaba de pasar, no hace mucho, un tipo distinguido, un americano, cuyos trajes llevaban la etiqueta de uno de los mejores sastres ingleses, del que no pudo encargarse la Legación de su país, por-

que era el asesino de un presidente de su república.

Un francés de débiles ojos azules, con esa transparencia de las bolas de cristal con que juegan las niñas, nos dice que él está así por los gases asfixiantes. Sin embargo, por lo que predice en una carta que escribe al rey se comprende que su locura es auténtica. Fijándose después de eso en sus ojos cristalinos, parece que se ven por ellos los nervios trastornados de su locura, la máquina de reloj de su alma, con el eje del volante torcido o el pelillo roto.

Como estos locos son los que están encerrados por primera vez y no acaban de saber por qué lo están, hay muchos que están enfadados, muy enfadados.

—¡Qué enfadado estás hoy!—les dice el doctor.

—¡A ver! Ya esto se está poniendo imposible... ¿Cuándo me voy a ir?

—Pronto, hombre, pronto... Cuando no des esos saltos que has estado dando toda la mañana...

Todos preguntan lo mismo.

—Don Francisco, ¿cuándo podré marcharme yo?

Es penoso oír esa demanda, a la que quizás no pueda accederse nunca, pues son hombres condenados a cadena perpetua por ningún delito, pero por imprescindible necesidad. La injusticia de la locura es peor que la de la muerte.

A veces se pregunta uno: ¿Son niños graciosos? Y otras veces parece que todos parecen simular la locura.

—A mí no me viene a ver la familia—dice uno muy quejoso, sin darse cuenta de que ya las familias les dedicarán sólo la visita del día de los difuntos, que también cae alguna vez al año para los locos.

Mirándoles, se ve que tiene rendijas su locura, rendijas movibles que a veces pasan por sus ojos en la vuelta del mundo con que gira a su alrededor el espacio. Tienen los ojos del revés. Su rostro normal parece que lo tienen a la espalda, al otro lado, pero en algún lado. Los locos tienen en el rostro azogueos de espejo, pues pueden ser muy bien los espejos de nosotros mismos.

Después paso a las alcobas y veo sus camas con baranda alta, camas de niños grandes, pues en todo parecen niños, sino que niños burdos, rudos y de gran esqueleto, niños en cunas que a la vez fuesen carricoches, como en esos en que van acostados siempre los imposibilitados grandullones que explotan sus parientes por los caminos.

También veo las celdas para los momentos de más excitación, cuando dan los saltos más atroces y mortales, y cuando quieren romperse la cabeza contra la pared. Esas celdas son como cabinas de teléfono muy enguatadas, y pensándolo mejor, son como plataformas de la risa para llorar, pues su acolchonamiento se parece más al de los cilindros de la risa, pues en este caso, sin ser el recinto el que se mueve, el loco gira, da vueltas y aparece de golpe en el techo con extraño centrifuguismo.

La terrible reja—más gruesa que un brazo—de una de estas celdas fué torcida por el pulso loco de un hombre pequeñín, al que encerraron una vez en pleno ataque...

Pero pasemos al departamento de las locas...

* * *

Otra puerta, otra gran libra de chocolate de madera prepara la misma sorpresa de luz que me dió la exhalación de vaciedad que se escapó al patio de los locos al abrir su puerta.

El doctor, este querido amigo, al que me gusta llamar con confianza Paco Huertas, abre, como jefe que es, la puerta que da al harén de la locura, por decirlo así. Se falta al pudor inmenso de la locura femenina el entrar como yo entro en ese ambiente como de mujeres en camisa, que es el ambiente de las locas; pero tenía mucho empeño en ver estos departamentos, en ver una mueca más de la vida, para comparación de todas las sonrisas y de todas las otras muecas.

Las locas están más dispersas, son más nerviosas, y sobre su locura se podría decir, aunque esa sea una paradoja, que tienen la neurastenia. Hay algunas con camisa de fuerza y hay una loca que grita desaforadamente, como una marica de los campos, como una grulla loca:

—¡Soy la bestia del Apocalipsis! ¡Soy la fiera corrupia! ¡Soy la bestia humana!

Nos acercamos; el doctor Huertas la conmina, la calma un momento; pero al verme a mí me señala una cicatriz seca y arrugada que tiene en la garganta y me dice:

—Sí, quise degollarme y no pude... Me tiré cinco tiros aquí, en el pecho, y no me pasaron.

El doctor Huertas me dice que sí es verdad que se clavó unas tijeras en el cuello, pero que lo de los disparos es mentira. La loca continúa: "¡Tengo pies de animal!", y ya no abandona este grito, que lanza señalando un enorme banco de piedra que hay en el patio. "¡Que me pongan esa piedra en la cabeza y que me aplasten! ¡Este Madrid está perdido! ¡Que me pongan esa piedra en la cabeza y me aplasten!"

Yo aconsejaría que la diesen esa aspirina que pide, por tremebunda que parezca, y la enseñaría a decir, en vez de "que me aplasten", "que me lapiden".

El doctor va dando cuerda a las mujeres, muñecas eléctricas.

Alguna le da un metido por detrás, y otra, mirándole de arriba a abajo, le dice con voz de máscara:

—¡Pareces un aviador, so cursi!

El doctor y yo nos reímos como locos, y ella, desdeñosa como una señorita de impertinentes, se aleja, haciendo un mutis admirable.

Hay árboles en este patio, como en el otro. En un manicomio se necesita que haya árboles, por-

que en ellos acostumbran a apoyar su pesada cabeza los locos, sirviéndoles también eso para que algo de la electricidad de tormenta que hay en sus cabezas busque el fondo de la tierra a través de los árboles, y así se hace un poco el equilibrio de su alma.

En este patio de las mujeres hay más árboles que en el de los locos, y ellas se ocultan detrás de los árboles como Evas avergonzadas de nuevo, avergonzadas de su locura. Los sillones de algunas de las atadas en las camisas de fuerza se vuelven de espaldas a las demás, ocultándose detrás de un árbol, así como una joven de ojos negros, que era una modista de miradas de lágrima que hemos visto tantas veces por la calle.

Paco Huertas, sereno, inspecciona aquellas almas y sonríe a veces, porque nota la mejoría; otras veces me dice con un tono opaco y con un punto final como un clavo de puerta: "Parálisis progresiva". Se me hunde un poco la cabeza entre los hombros cuando oigo lo de "parálisis progresiva" y pienso en esas enfermedades específicas y en ese alcoholismo, que son su causa.

—¿Y cuándo podré marcharme yo?—dice una mujer con tipo vasco y muy metida en el mantón de ir a la compra.

—¿Quieres que se suba otra vez la merluza?—la dice el doctor y, dirigiéndose a mí, continúa—: Esta tiene un novio pescadero, y prende fuego a su pescadería cada vez que se la suelta.

—Ya no lo volveré a hacer más—dice ella con una sonrisa de la que no puede esperarse nada.

El doctor, como un fino Serlock Holmes de la locura, mira y coge de improviso con sus miradas a la que estaba distraída y enseñaba la llaga de su locura con descuido.

—¡Don Paco, que me hagan la operación!—dice una jovencita con dejos lastimeros—. ¿Cuándo me hacen la operación? Me duele mucho aquí—y señala a cualquier parte, porque ésta, por lo visto, todos los días pide una nueva operación

—Me metió aquí mi madre no sé por qué—dice otra con gran serenidad, como si realmente fuese una de esas perseguidas en que creen los ingenuos; pero el doctor la ataja:

—Tú ves un fraile por allí arriba todas las tardes, ¿no? Se te aparece siempre, ¿no es verdad?

—Sí, sí, un fraile con hábito de dominico.

Nos alejamos; una vieja llora, sentada en el suelo, con llanto de abuela que ha perdido a su nieta.

—¿Por qué llora usted?

—Porque estoy muy malita, muy malita.

—Mañana estará usted mejor y se la curará—dice el doctor con entonación bondadosa, y la anciana, mimosa, sorbe todas sus lágrimas y se queda sonriendo...

Bajo un cobertizo, y junto a una mesa larga, hay varias viejas que disputan entre sí con esa

gran dignidad con que disputan las quisquillosas de los bancos públicos. "No sé cómo se va a poder sentar usted aquí", dice una; pero la discusión se enzarza, y sólo pone orden una mujer enorme, de pelos sueltos y gorro de cantinera, que Paco Huertas llama "la coronela de los cosacos".

—En esas viejas—me dice el doctor Huertas—, la locura es un fenómeno de vejez, falta de circulación, pérdida de la memoria, dificultad al hablar...

En otros rincones las hay que cosen; es decir, más que coser lo que hacen es hacer que cosen. De detrás de un árbol sale una que trae un pedazo de periódico—ese pedazo de periódico revoloteante y sucio en que hay un telegrama de un parricidio.

—Esta es de las alegres... No deja de sonreír nunca—me dice el doctor; y yo miro a la alegre de ojos rodeados de las patas de faisán de la alegría, que no deja de plegar el rostro con sonrisas; y mirándola encuentro lo que se parece a esa cocinera borracha que hay en casa de unos amigos.

Sor Francisca, la monja ideal, que el doctor considera como su mejor aliada, cuida a una viejecita consunta, atada al sillón porque se cae, viejecita muy fina y saludadora.

Desparramo una última mirada por la plazoleta de la locura. Se ve que son fatales casi todas, y,

sin embargo, parece, quiere uno que parezca, que se les puede quitar la locura en un momento con una alusión bien hecha, con una palabra de contrición.

Me despido del antiguo y admirado amigo que tiene la heroicidad de convivir entre estos locos que juegan, loca y disparatadamente, a un juego de las cuatro esquinas complicadísimo. Yo creo que es peor dedicarse a estudiar la locura que hacer una operación asquerosa en que salte la sangre como el agua de la herida de la ballena, y pienso en la mucha cinta métrica espiritual que necesita el doctor Huertas para medir la locura de sus enfermos, para medir sus engaños, para volver a trazar con precisión de ingeniero el puente de puras argucias entre la locura y la razón.

FAROLES

Los faroles son unos caballeros dignos de mucha atención.

Son por sí solos singulares, independientes, con gran vida interior.

Los de las esquinas son enamorados impenitentes que se pasan horas y horas pelando la pava y mirando a los balcones, por los que no se aso-

marán ya "ellas", que cerraron precisamente cuando los comenzaron a encender.

Esos caballeros altos, que son los faroles—caballeros de ancho rostro luminoso y pálido—, miran impertérritos a las gentes que pasan. Su nariz, por decirlo así, es la que alumbra el conjunto, es la ancha lumbrera de su expresión. Sobre su único ojo parece que hay un "ojil" negro, en el que está recortado el número del farol entre todos los faroles, número de su "compañía", pues todos los de esa manzana llevan el mismo, número brillante, como de músico de regimiento.

En Madrid, y buscando bien, se encuentran faroles extraordinarios, que viven rezagados, dejando que pase el tiempo sobre ellos, aguantando con su sombrero viejo y ya pardo por demás. Como alargando el cuello desde la pared, aparecen estos faroles románticos del año sesenta, faroles que arrojan sobre la pared la sombra de un caballero con larga melena romántica y alto sombrero de copa.

Por Santa Engracia y calles adyacentes encuéntranse aún faroles con una tupida máscara de tela metálica, faroles de cuando por esos barrios estaba la manigua, y las fieras perseguían a los faroles.

En las más lejanas afueras se encuentra el farol hecho un ocho, con trozos de araña aplastada, y que ha tenido ese último desperazamiento de la muerte con que se distiende lo aplastado.

Y en los caminos por donde se sale de Madrid hacia los pueblos de su provincia hay faroles mártires, envueltos por la larga corona de espinas del

alambre erizado de puntas con que se evita que los chicos se suban a ellos y con la madera claveteada como por los miserables hijos de negro, que recuerdan el culto a esos dioses de la selva cuyas oraciones son clavos que les clavan.

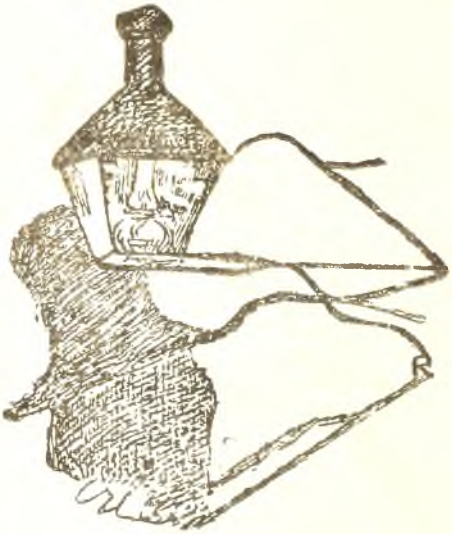
Los faroles son gendarmes de paz, que si bien no pueden intervenir en las contiendas, amenazan con su luz, atemorizan un poco al ladrón, y si tuviesen la pistola del guardia quizás disparasen sobre el que huye, porque ha sucedido alguna vez que el farol que ha visto al ladrón se ha asomado a la esquina, sin poder contener su expectación.

Los faroles son muy humanos, y hay el que, como los hombres tontos, se enreda a silbar y no lo deja, y hay el que parpadea como un ser nervioso, y en invierno, todos, el gran dia de frío,

echan un humillo cálido, como ese del que tanto se sorprenden de echar por la boca los colegiales párvulos, como si fumasen el primer cigarrillo de la infancia.

Son muy cuidados y atendidos los faroles y se reponen y limpian mucho sus cristales, cam-

biándoles constantemente el farolero su tubo roto, cuyos restos, que tira desde la alta escalera, suenan en la calle como un fino vaso que se rompe.



Los faroles son mis amigos íntimos, los veteranos ciudadanos que saben más de la realidad.

Cuando el tiempo los cambie por otros lampadarios más artificiales y decorativos, habrá perdido la ciudad su alumbrado de tipo humano, creación de ese momento durante el cual todos los inventos han tenido la estatura humana.

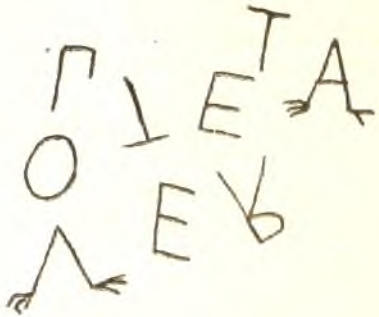
VOLTERETAS

Hay un regalo del circo, un presente, que los artistas hacen al público, y que consiste en unas volteretas finales, volteretas que son como una docena de rosquillas que tienen la atención de prodigar, que no estaban en el programa.

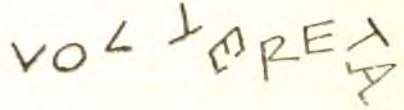
Ninguna palabra que más represente ese acto de voltijearse a sí mismo el gimnasta o el clown que esa de voltereta. La misma palabra da una voltereta, todas sus letras desplazadas y revueltas.

Ya se sabe, al final del número en que han tenido mucho éxito, y como manera de expresar su alegría y de lucirse por último, van saliendo los seis hermanos, unos tras otros, en carrera de nadadores que corren por la plataforma que conduce al mar, al que van a tirarse con gran alarde, con doble o triple salto mortal.

Primero sale el más flojo, al que los otros cinco hermanos azuzan y jalean cuando pasa corriendo por el pasillo en que ellos esperan la hora de comenzar.



Después sale el segundo, que, más que una voltereta extraordinaria, tiene un grito y una manera de extender las manos radiandas y disparatadas.



Después sale el tercero, que es como una especie de cohete "buscapiés", porque da las vueltas un poco de costado.

Después sale el cuarto, que da los saltos del re-

vés, y que sólo por eso merece una ovación mayor que la que han recibido sus hermanos. ¡Injusticias del público!

Después sale el quinto, el último antes de que salga "ella", porque el sexto hermano es hermana. En ese quinto está concentrado todo el interés que ha aceptado desde el principio el volatinero, dando un salto monumental, como preámbulo a la serie de saltos que va dando, saltos que realiza poniendo las manos en el aire, buscando las resistencias del aire. Ese hombre ha sido aspa de molino antes de ser gimnasta, indudablemente.

Por fin sale la hermana. El público la perdonará que no haga nada, que no haga otra cosa que imitar a sus hermanitos en el ademán, pues ya ellos han hecho un esfuerzo suficiente para salvarla.

UNAMUNO, VENEGAS Y LA COCOTOLOGIA

Yo ya he hablado en otra ocasión de la cocotología o arte de fabricar con el papel pajaritas o cosa que lo valga. Cambó, es un cocotólogo en el que se acentúa más la afición cuanto está más preocupado, y que deja caídas a su alrededor cuando va al Parlamento numerosas pajaritas, que él hace comenzando por una regular y acabando por una muy pequeña, en una escala descendente.

El Parlamento siempre ha sido una guarida de la cocotología, y el general Martínez Campos tenía mucho antes que Cambó la costumbre de hacer pajaritas, con un afán interminable. Hasta los caramelos que servían en el Parlamento eran caramelos de La Pajarita.

La cocotología es un arte de sagacidad, de sarcasmo, de cautela que da miedo. Cultivado como la taquigrafía, a mil palabras por segundo, es algo espantoso, aunque cultivado como sobremesa, mientras se piensa en ¡tantas cosas vagas!, es algo inefable. ¡Oh, aquellas pajaritas que fraguaba Silverio Lanza, y en una de las que escribió el más delicado verso a un niño español residente en la

Argentina, al hijo de Más y Pi, aquel buen amigo nuestro que naufragó!

Unamuno es en la actualidad el papa blanco y negro de la cocotología.

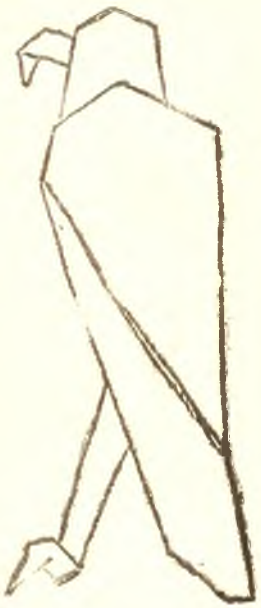


Figura .

Según Unamuno, en los *Apuntes de cocotología* que publicó hace años como epílogo de *Amor y pedagogía,* la palabra cocotología se compone de dos: *cocotte,* pajarita de papel, y de la griega *logía,* de *logos,* tratado. La palabra francesa *cocotte* es una palabra infantil, y que se aplica en su sentido primitivo y recto a los pollos, y por extensión a todas las aves. En sentido traslaticio, a las pajaritas de papel y a las mozas de vida alegre.

Después dice Unamuno: "Acaso fuera mejor llamar a nuestra ciencia *papyrornithologia,* de las palabras griegas *papyros,* papel, *ornithion,* pajarita, y *logia;* pero le encuentro a este nombre graves inconvenientes."

Más tarde, Unamuno empieza su estudio a par-

tir del cuadrado primitivo del papel, "que, salido del protoplasma papiráceo, es el óvulo de donde la pajarita habrá de desenvolverse".

Va obteniendo Unamuno así la *gástrula papirácea*, la *trapeza papyracea*, y ya más avanzado, la pajarita con bolsillos.

Después Unamuno, de un modo arduo y con el ademán de pintor en yeso, del profesor de Geometría, deduce que está compuesta la pajarita de sesenta y cuatro triángulos rectángulos isósceles. ¡Vamos, como para que los niños no hagan ya más pajaritas, si lo saben! ¡Con lo antipáticos que son los triángulos isósceles!...

En ese libro, que Unamuno dedicó en dedicatoria expresa "al lector", al que, después de todo, están dedicados todos los libros, pero sin esa atención de Unamuno, se bifurcan las cosas, se complica todo, se agrava la materia, como uno de esos discursos, por los que, agotando los turnos en contra, se llega en las sesiones permanentes.

Es este libro un libro de antes de la supresión de los acentos en las preposiciones que lo llevaban. Todas las *aes* están aún acentuadas, y eso hará que los anticuarios, que saben de los estilos por algo así como por la supresión de los acentos, coloquen cada obra en su época.

Por eso, porque este libro es un libro un poco anticuado, tenemos que ir a una carta de Unamuno, del grande e inteligente cocotólogo, para tener idea de cómo evoluciona la cocotología.

Acompañando esta carta, envía Unamuno a Venegas unos dobladillados blancos que parecen explicar la nueva creación: "Como le prometí a usted en mi postal, amigo mío, adjunto va el cerdito, con cuatro períodos de su desarrollo, o sea

desenvuelto embriológicamente. Ya sabrá usted que la originalidad primitiva de Cajal consistió en estudiar la histología del cerebro en fetos. Como en mi postal le decía, me complace ver el valor que da usted a este arte, que es verdadero arte cubista, y en el que no sirve querer salirse de la lógica geométrica. Si uno se sale de ella, o se

rompe el papel al plegarse, la obra no se tiene en pie.

Y antes a otra cosa. Yo voy teniendo leyenda y una leyenda absurda. Hay quien me diputa de medio loco, y soy el hombre más cuerdo acaso de España. Y el primero en saber reírme de aquello de que se ríen y de los que se ríen. Que si me visto así o asá...

Odio el uniforme colectivo; pero adopto el uniforme individual para simbolizar que ni de traje ni de nada cambio. Porque pocos han cambiado menos que yo, y, a pesar de que los mentecatos dicen que me contradigo — es la dialéctica—, llevo más de treinta años enseñando las mismas cosas... Y luego de esto, de las pajaritas... Le aseguro que es una de las cosas más serias que hago y que más me ha servido para desarrollar el sentido de la forma. El cerdito que va aquí lo he inventado yo, y en circunstancias extraordinarias. Verá usted. Entre un amigo mío, hoy catedrático y excelente cocotólogo y yo, nos propusimos el problema de construír un cuadrúpedo. Del pliegue fundamental sólo salen cuatro extremidades, que sirven para un ave—dos patas, pico y cola—; pero para el cuadrúpedo había que sacar seis: cuatro patas, cabeza y cola.

Mi amigo *investigó* empíricamente, atrozmente, rompiendo papeles, y no lo sacó. Yo me acosté con ese cuidado, y en la cama, a oscuras, bien arropado, de memoria (!!!), *viendo,* sí, con la vis-

ta interior, el papel y pensando los pliegues de la obra. A la mañana, al levantarme, cogí un papel, y *de la primera vez* salió lo que usted ve; y le digo con toda seriedad que eso supone mucha más imaginación y agudeza que escribir un poema y, sobre todo, mucho más que preparar un discurso parlamentario para provocar una crisis ministerial.

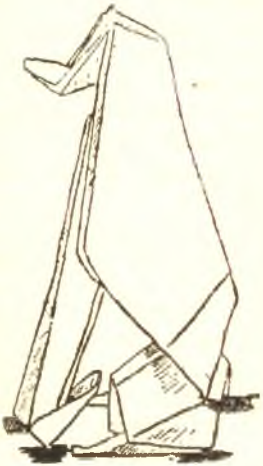


Figura 2.

La gente no quiere concederle importancia al instinto de la forma. En cambio, Gandí, cuando me vió hacer una mesita de esas que usted llama imperio—y que había inventado—, me dijo: "Usted es arquitecto", y yo, con la modestia que me caracteriza, le respondí: "¡Claro que lo soy!", y de otras ventajas de este arte... Además, el que tiene hijos... (yo, ocho; el mayor, arquitecto ya), y luego aquello de que el que no se haga como uno de estos niños no entrará en el reino de los cielos... Ni en ciertos dominios del reino de la belleza.

Hay que saber jugar y hay que saber hacer juguetes. Inventar un juguete es uno de los mayo-

res servicios que se le puede hacer a la Humanidad."

Unamuno continúa esta carta, que hay que extractar, diciendo que, si bien no quedarán muchos políticos de hoy, "quién sabe si de aquí a doscientos, trescientos, o dos mil o tres mil años se siga haciendo el cerdito y el avechucho, cuyo dibujo adjunto (Fig. 1), otra de mis *creaciones* o *poemas*, y los niños se deleiten y regocijen con ello."

"Arriba hablo de arte cubista—acaba su carta Unamuno—. Y éste lo es del verdadero cubo, no del otro. Le preguntaban a uno en un examen: "¿Cuántas caras tiene el cubo?" Y contestó: "Cinco." "¿Cinco? Fíjese usted bien." "Cinco." Llévanle un exaedro regular, de madera, sólido, y le dijeron: "¡Véalo!" "Esto tiene seis; ¡pero es dado, y no cubo!" "¿Cómo?" "El cubo tiene cinco caras, porque sino, ¿por dónde se le llenaría de agua? ¡Con la tapadera tiene seis!" Y este nuestro arte es cubista, y no dadaísta."

Unamuno parece que en esa Universidad de Salamanca, de que es catedrático, sólo enseña cocotología. Muchas veces se equivoca de lección, y da una lección cocotológica, en vez de emplearse en la enseñanza del griego.

Venegas, el joven y distinguido escritor, es un buen discípulo, y, enterándose de quién era ese catedrático cocotólogo, le envió una minúscula pajarita inverosímil, diciéndole: "¿A que no es usted capaz de hacer una pajarita más pequeña que

ésta?" Y al mismo tiempo recibió su mismo billete de provocación con una coletilla en que sólo ponía: "Sí, señor. Estas dos." (Fig. X.) Y bajo esas palabras le llegaron las más pequeñas pajaritas imaginables.

¡Si fuesen comestibles los productos de la cocotología! Pero la cocotología sólo es un arte especulativo, místico, verdadera ofrenda a la divinidad ociosa sobre nosotros, como esas ofrendas de unas monedas de papel con que los chinos pagan a sus dioses las supuestas cantidades que les deben...

Ultimamente, Bagaria recibió una carta que prueba cómo Unamuno está preocupado por la cocotología.

Como cosa curiosa, la reproduzco:

"Sr. D. Luis Bagaria.

Apenas mis hijas vieron su liliputiense pajarita, mi querido amigo, se dispusieron a demostrarle de lo que son capaces unas Unamunas. Y ahí va su obra. La mayor de las pajaritas que le envío es menor que la de usted.

¡Qué felicidad, mi buen Bagaria, que aún conservemos un rinconcito de niñez en el alma para embalsamarla! Aunque no sé, por lo que a mí hace, si no es que voy acercándome a la segunda infancia, a la última, a la que precede al des-nacer. Hoy, al oir en la mesa a mi hermana mentar a una *Nicolasa, la de Vergara,* que frecuentaba en mi niñez la casa de mis padres sentí un

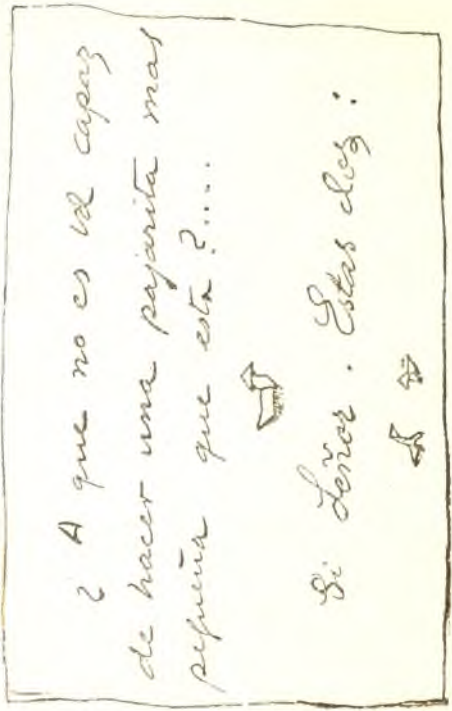


Figura X.

trágico efecto. Me removió todo un pasado. pero, de esa Nicolasa, la de Vergara, sólo logré asir el nombre; no pude recordar más de ella, ni su aspecto, ni sus dichos, ni sus hechos. Era un pa-

sado que se me desvanecía en sueños, un dulce pasado. Y sentí que mi yo de los doce años se me ha muerto y que me estoy muriendo cada día, que entierro hoy al de ayer. Y mientras los míos—míos?—comían en torno de mí, yo callaba, sintiendo el ala invisible del Angel Negro sobre mi cabeza.

¡Quién sabe si acabaré no haciendo más que pajaritas de papel, y haciéndolas sin cesar, y amontonándolas y acaparándolas! ¡Quién sabe si acabaré en millonario de pajaritas de papel!

Pero, dejemos desvaríos.

Hay días en que creo que la España verdadera es la de las caricaturas de usted, que así son los hombres. Y me dispongo a huir. ¿A dónde? A país de las pajaritas.

¡Qué bien lo pasaríamos, entre unos montes, jugando como chiquillos! Pero soy un forzado de la cátedra y de la pluma. Y no sabe usted bien con qué íntima repugnancia hago traducir Platón en clase y con qué entrañable irritación enristro la pluma! ¡Quién me diera poder encerrarme en una de aquellas ermitas de Mallorca, frente al mar de Lulio, a escribir una obra sosegada, hondamente trágica, cifra y compendio de la desesperación resignada, y que fuese un quejido que desgarrara a Dios el oído hasta dejarle sordo, si es que no lo está! Pero, por ahora, sólo me queda pensar en largarme.

Siga buscando bajo los hombres, no ya los in-

sectos, sino las pajaritas de papel, que no son otra cosa.

Le abraza, *Miguel de Unamuno.*"

* * *

Y, siempre, el maestro Unamuno, hace y hace pajaritas.

Ultimamente, en el último viaje a Madrid, le he ido a ver.

El maestro Unamuno sigue dobladilleando y animando un pedazo de papel blanco mientras medita y habla. Conduce con lógica sus ideas, mientras conversa, esa geometría del espacio a la que se dedica.

Son bandadas enteras de pajaritas las que ha soltado Unamuno para que vuelen libres en los cielos intelectuales, salvando las cuartillas a su destino sobrecargado de tinta.

¡Humano hacedor de pajaritas! Ya algunas de sus pajaritas han crecido y son gaviotas de los mares.

En Madrid estos días el admirado escritor, le decía yo, refiriéndome a su arte de plegar el papel:

—¿Cómo es que no llega a fabricar un hombre?

—Un hombre, no—me replicó Unamuno—; pero el águila aquella ha evolucionado... Ahora hago un gran chimpancé...

Y requiriendo el papel, Unamuno se puso a

hacer el animal prometido, comenzando por esa geometría elemental en que la armazón del animal comienza por la estrella de mar primitiva.

Afilaba los pliegues del papel, y a veces se paraba a recordar, tocándose la frente, según es uso en él. Con el tiralíneas de sus uñas trazaba las dobleces rectas y apuradas del nuevo ser de papel. Con sus gafas de grandes cristales parecía mirar como con cristales de aumento la gestación de su chimpancé.

Mientras hablaba, su conversación era el trasunto de su "pajaritismo", era también muchas veces algo así como pajaritas, porque las paradojas enteras y verdaderas son verdaderas pájaras, algo tan artificial y caprichoso.

Unamuno infunde a esas pajaritas espíritu por como las tiene enfiladas entre los dos ojos, bizqueando sobre ellas. Por fin las da el soplo final, y las regala. (Fig. 2.)

Ya este mono que acaba de hacer Unamuno es el eslabón entre el animal y el hombre.

¿Hará ya el hombre, cuando vuelva de nuevo a Madrid? ¿O es que quizá desprecia al hombre y no quiere fabricar hombres de papel para no crear ingratitudes y traiciones?

Quizá se trata de un olímpico absentismo y él no haga evolucionar la naturaleza de las pajaritas de papel, para que ese mundo sea un paraíso, siempre ingenuo e infantil.

No me lo ha dicho, pero Unamuno no quiere

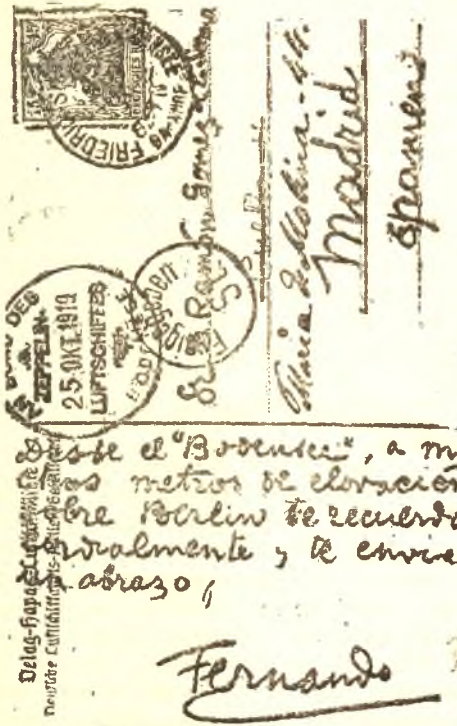
crear el hombre; tiene miedo, noble miedo del hombre.

EL "BODENSEE"

Aún es algo completamente inesperado una postal que nos llega de las nubes. Pronto quizás perderá esa originalidad, y resultará como la subida a la Torre Eiffel para poner unas postales a la familia.

Aún puede explicarse esta sorpresa mía al recibir una misiva del cielo. Mi querido amigo Fernando Calleja se acordó de mí hace días en las alturas. El cartero de la tierra me trajo una postal, que en vez de llegarme por la puerta de mi casa me debió haber llegado por el balcón. "Desde el "Bodensee", a muchos metros de elevación sobre Berlín, te recuerda cordialmente y te envía un abrazo, Fernando." Esta era mi primera carta aérea, y sentí todos los desconciertos que algún día resultarán pueriles. Miré, sin poderlo remediar, a lo alto, al techo de mi cuarto, como si mi amigo estuviese allí arriba; después leí el letrero del matasellos, ese "zeppelin" que se lee perfectamente.—(¿Cómo podrán dar los matasellos esos terribles golpes que dan en las esquinas de las cartas, sin hundir el "zeppelin" en que operan?)—

Y después me puse a pensar que la postal, la "post-carte", había encontrado, al fin, su destino,



pues había nacido para volar, para ser, desde luego, más volandera que la carta.

Ahora resulta que en la alegoría del monumento de la Unión Postal Universal que hemos visto en Berna había ya el presentimiento de esta comunicación postal. Aquellas aladas postales que ruedan alrededor del mundo, ya no son un símbolo, sino una realidad.

¿Pero cómo contestar a mi amigo de la infancia? Lo más indicado sería proveerse de una cerbatana, y metiendo en ella, dobladillada, en forma de flecha, mi contestación, soplarla impetuosamente hacia allá. En las alturas está disculpado de no haberse acordado de sus señas en la tierra. Se sintió como despedido de todo. Sólo el recuerdo de sus amigos volaba con él. (¿Yo sentí un vértigo ese día?)

¿Cómo contestarle? Cada vez me resultaba más inalcanzable.

Y en esa duda estaba, cuando hace unos cuantos días ha llegado la noticia de que el "Bodensee" se ha destrozado y ha desaparecido en los aires. Mi amigo Fernando ya no estaba, indudablemente, en el "Bodensee". Eso ha debido de pasar cinco o seis días después de su ascensión, aunque la noticia venga retrasada, y no creo que haya vuelto a subir, porque no se le hubiese olvidado escribir alguna postal; esas postales desde los sitios extraordinariamente estratégicos se escriben seguidas y a todos los amigos, sin dejar ni uno.

Ahora sólo me preocupa el "Bodensee", porque con él han acabado de desaparecer las únicas señas posibles de Fernando, y porque eso redobla mi ansiedad de escribirle, diciéndole: "No te vuelvas a subir al "Bodensee", que esos grandes pepinos irritan a los vientos, que acaban por comérselos. Los aeroplanos les cortan, como navajas de afeitar, y se defienden así de su manotada. El "zeppelin" es un balón que el viento tiene mucho gusto en "balompicar", dándole un terrible puntapié. Mientras no haya verdaderos chalecos salvavidas para el aire, no se puede subir a esas alturas, a no ser que se lleven unas alas de esas que llevan atadas a la espalda los niños que hacen de ángeles en las procesiones... ¡Sería lo único salvador!"

EL LUDION

De vez en cuando aparece en las calles el hombre del "ludion". Sobre todo en esta época, en que irrumpen en Madrid los nuevos quintos, tan ingenuos como siempre y con los asombros tradicionales, sale el hombre del "ludion".

El "ludion" es el nombre técnico y auténtico de ese aparato socaliñador que pierde su nombre en las calles, donde se le llama: "la pecera del ángel y del diablo".

El "ludion" es como una jaula de cristal llena completamente de agua y en la que se mueven dos seres misteriosos, el uno con tipo de diablo

y el otro con tipo de ángel bueno o elemento bueno frente al rojo enemigo. Lo que da la buena o la mala suerte, es que consultado por una persona el aparato, sea el uno o el otro el que

suba o baje o se quede a la mitad, todo misteriosamente, como saliendo de los objetos la decisión, pues se ve bien claro que la varita del dueño no interviene en la suerte.

Parado frente ese fanal de cristal y agua clara en que parece aprisionado el misterio, he pensado muchas veces en lo antiguas que son esas cosas en la vida, en cómo ese mismo aparato viene viviendo a través de todos los feriales del mundo cuando su sitio está en las salas de física, pues nada menos que es el aparato conocido con el nombre de "diablillo de Descartes" y que sirve para hacer palpable la teoría de los cuerpos sumergibles en los líquidos.

—¡Gran ludion, yo te conozco!—le digo, guiñándole un ojo desde mi sitio entre el público que no se explica lo que sucede en medio de la plaza pública, bajo la luz meridiana que penetra por todos los costados del aparato, viéndose los de un lado a los del otro, a través del cristal grueso un poco opaco, un poco bizqueño que forma el agua.

En la última feria del mundo, en esa feria en que—según Mallarme—se presentará a la última mujer del pasado, a la última Fornarina, en la barraca en que entrará la humanidad raquítica por el frío, las enfermedades hereditarias y todas las degeneraciones, en esa última feria triste bajo un sol medio apagado, el sol que vió fundirse varias veces Nerval los días que entraba en la

locura, aún habrá un feriante que exhibirá el "ludion" o "el diablillo de Descartes", y sacará las últimas perras desgastadas y perforadas, a ese público de Juicio Final.

UNA NOCHE DE LUNA

La luna marcaba las venas de las carreteras.

—

En la noche clara de luna las estrellas son como pequeñas lamparillas encendidas en honor de los difuntos.

—

Hay noches en que la luna desdeña al mundo. Esas noches son noches frías, aunque caigan en Agosto.

—

Era tan fuerte la luna que quemaba los pinares.

—

La noche de luna es más acústica que las otras.. Se oye a lo lejos a los trenes que pasan diciendo "que-te-cojo, que-te-cojo, que-te-cojo", persiguiendo las distancias.

—

Las crestas blancas que rematan la arista cervical de los tejados brillan con escalofríos de espinas dorsales.

—

La luna hace espuma en algunos largos resaltes del campo, en los camellones que lo cruzan, que hizo el arado flojos y blandos y la helada ha endurecido formidablemente.

—

La luna convierte la tierra en un arenal.

—

En aquella hermosa noche de luna se veían los nidos.

—

En la noche límpida, nítida de luna, se percibe mejor batido que nunca el acero de la noche y se huele el perfume de las jaras y los sarmientos que queman las tahonas en la noche.

—

Esos gritítos de la noche, que son como ladridos humanos, se oyen en la noche de luna con toda nitidez.

—

Parece que la luna reblanquea las paredes para escribir algo en ellas. Todas estas cosas sobre la noche de luna se me ocurrieron por la necesidad a que impelían de escribir algo las paredes enjalbegadas como cuartillas nuevas.

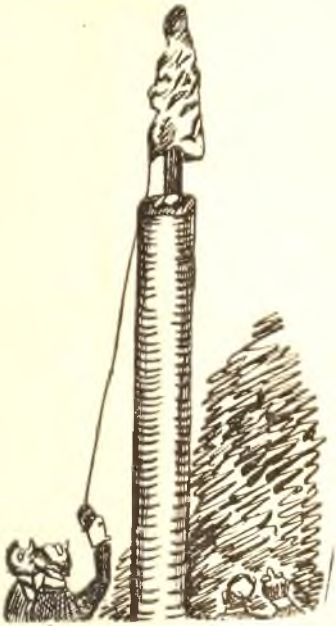
EL DESCUBRIMIENTO DE LA ESTATUA

Después que han sido hechas las estatuas y colocadas en el sitio público que se las asigna, son cubiertas por el hule de embalaje con que se las tapa, y así de empaquetadas quedan hasta el día de la inauguración. Metidas en su impermeable, soportan muchas lluvias y muchos días.

El encargado de hacer el discurso no hace más que dar vueltas a la habitación desde que se lo encargaron, y no se le acaba de ocurrir nada. En vista de eso se detiene, y se detiene la inauguración, tardando, a veces, dos o tres años en inagurarse la estatua. El escultor mientras pasa junto a esa estatua y piensa atemorizado: "¿Creerán que yo he hecho ese mamarracho?..."

El bulto de esa clase que más pánico me ha dado es uno que había delante de la Facultad de Medicina, en París, y que, enorme y encubierto durante toda la guerra, tenía una silueta imponente, encubierto como una de esas barcazas o esos vagones que se preservan de la lluvia. Como no era hora de inaugurarla estando Francia en guerra, yo iba y volvía a París.

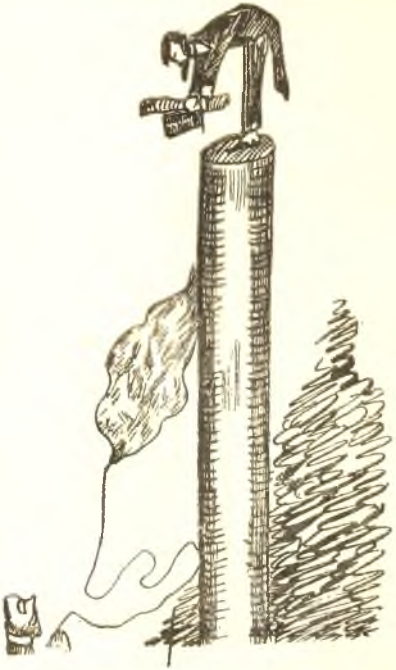
encontrándome siempre tapada aquella mole gigante. Se fué complicando aquel gran embarazo, y hubo un momento en que me pareció que era la



estatua de la Victoria, hecha por Francia, optimista y segura, antes de que fuese una realidad. Después resultó la estatua del Gran Doctor.

La estatua a la Aviación, que se eleva en la

calle de Ferraz, ha sido de las que más han tardado en descubrirse aquí. Parecía que esperaba



a que hubiese más víctimas de la aviación en España, o que la aviación consiguiese más triunfos. El pobre herido del monumento sufría como

dentro de una camilla, y por lo que se adivinaba por un hueco del hule negro la caída había sido terrible, astillándose la hélice como un brazo roto. Por fin la inauguraron, y ya servirá para perpetuar a todos los que vayan cayendo.

A mí me parece mal ese encubrimiento de las estatuas antes de su inauguración. Se convierten en una cosa inerte, embalada. Parece un paquete postal el pobre *estatuado*.

Muchas veces, al ver a ese señor, cuyo cráneo se dibuja a través del impermeable, metido en esa especie de camisa de fuerza, que sólo le quitarán el día oficial, me parece que, al sentirse libre y verse delante de tantas autoridades, saludará, con un saludo digno del acto y digno de esa sorpresa que tan misteriosamente se prepara escondiendo al homenajeado, y leerá su discurso, el perfecto discurso de la estatua que ha sido inaugurada.

"ESA"

Ya estoy harto de ver aparecer a "esa" por la ciudad, engañando aún a muchas gentes. Su persistencia, su presunción, su absurdo modo de andar, sonriendo a cualquiera y arrastrando los bajos enredosos, me molesta también.

Desde que yo estudiaba en el Instituo recuerdo a "esa". Como yo ya era un observador, la tañé. Indudablemente ha estado sin ser "vista" durante mucho tiempo, aunque ya pasaba por los sitios más céntricos, y en pleno mediodía, como ahora, quizás mucho antes de que yo me diese cuenta.

El fenómeno es curioso. De pronto se ve una sonrisa que se os dirige y un reojo de un ser con faldas, algo que no se sabe de dónde viene. Volvéis la cabeza, y es que "esa" acaba de atravesar la calle y viene mirando y sonriendo a diestro y siniestro y andando como se andaba antes en las playas de las tarjetas postales, con la moda de falda y sombrilla rizadas, pomposas, la falda muy estrecha por arriba y muy ancha por abajo y la sombrilla al revés.

No hay cosa que más rabia dé ya al que la conoce que el que su sonrisa y su coquetería de grandes boqueras sea la que distrae a la mirada y a la credulidad. "Esa" es ya el endiablado endriago contra las tentaciones.

Pero hay unos hombres lerdos, cortos de vista, de epidermis repugnante, de sensualidad sórdida, que aún se van detrás de "esa", porque esa siempre ha sido "esa", y a través de más de quince años ha tenido la misma fealdad grotesca de rostro sucio y tumefaccioso.

Ya debe tener, además, todas las corrupciones, pero aún se empolva y se pinta de rosa y mira

con sus ojos inyectados de inconsciencia a todos los que pasan. Viejos de tipo perdido, hombres serios con la más aburrida fisonomía, a los que

ninguna mujer sonríe ya, al encontrar por casualidad esa vuelta de ojos de película cómica, pero cuya vis cómica ellos no ven ya, se les ve

cambiar de camino, desconcertada su resignación postrera, de nuevo metidos en el pecado por la esperpento.

Las mujeres no se vuelven contra ella lo que debieran. Sonríen con malignidad al verla. Creen que lo que pone en ridículo es el pecado, la galantería, el placer. Están equivocadas. Eso resplandece y seguirá resplandeciendo. "Esa" lo que pone en ridículo, lo que rebaja hasta el escalofrío es el sexo, es quizás a las pobres mujeres modestas que no son guapas, y que, un poco retiradas de la vida, van por su camino de oscuridad, temerosas de las miradas de burla o de rigor. Siendo lo más apetecible que la mujer consiga su marco de respeto y pase por la calle como por un camino privado, con el mismo derecho al desapercibimiento que el hombre, soportando bien su tipo inevitable, esta mujer echa abajo esa esperanza. Provoca la crueldad crítica, desespera las miradas, irrita a la luz del día, induce al escarnecimiento. Yo, que creo que la fealdad puede tener hasta mayor dignidad que la belleza, sobrepasándola, me revuelvo contra "esa".

En esta época es cuando parece que se repone, cuando vuelve, cuando se ata al cuello su cinta de terciopelo, con un colgajito como un collar de gato, cuando, aprovechando la gran isidrada de la primavera, se aprovecha de esos paletos eternos de la ciudad, de esos hombres que ya eran tontos, pero que, al madurar, se han vuelto mucho

más tontos, y de esos otros paletos que vienen de provincias para ver Madrid, y que encuentran en "esa" la conquista de Madrid, una especie de señorita fácil. (¡Para ellos cualquier cosa es señorita!) Yo he visto cómo uno de esos paletos la compraba un jamón entero... ¡Qué larga discusión a la puerta de aquella tienda de ultramarinos! ¡Pero, al fin, el jamón!...

Con su velo caído sobre los ojos, pintados con carbón de encina, con su blusa desencajada, volantuda y con esas veladuras de lo que no se sabe dónde ha pasado la noche; con su cintura de avispa, muy amarrada con alfileres negros; con su paraguas con una articulación rota y caída con la inerte flojedad de un ala muerta; con sus guantes blancos de "sorche", con su lío envuelto en un papel—la muda para ponérsela en cualquier parte—, es el verdadero dibujo de los chicos en las tapias, el garrapato que anda.

Siempre va al sesgo, haciendo las eses de la presunción, deslustrando las ilusiones de la vida. Podría ser hasta la Dulcinea de uno solo; pero al pasear con ese descaro su máscara y al sonreír y llevarse tras ella a todo animal desconocido—¡se necesita ser abyecto!—, ya no es más que "esa", que merece este "diseño" que me he decidido a hacer para anuncio de caminantes y para que los que vengan esta primavera sepan a qué atenerse y que hacen el millón y uno de sus admiradores. No puede ser que en los restauran-

tes perdidos los pobres tíos se crean en plena conquista y crean que "esa" es de muy buena familia y que es "una maestra" de escuela.

Es una burla, es una boquera en el día luminoso, es la inconsciencia inconcebible la que veo pasar año tras año al ver cruzar las calles esta mujer—siempre está cruzando de acera a acera—, que se destaca sobre el amarillo de los tranvías, que tienen que parar para dejarla pasar con su paso de salón en la escena de ser mirada por todas las miradas. (El sol se para un momento para mirarla y la luna se echa a la cara los impertinentes.)

No es la miseria, ni la prostitución, ni la excentricidad, ni la ridiculez, no; es algo más espantoso, obcecado, relapso y desdentado, que parece que nos persigue como un mal sueño encarnado en la vida real.

"Esa" quizás es un personaje de la comedia humana, el personaje que viene desde siempre y que durará siempre, como si fuese una creación del "Gran Antipático", para amargarnos la vida, para poner un poco de tierra en el fondo de nuestra rebeldía y de nuestra independencia, que sólo ambiciona poder mirar serenamente el nuevo día.

LAS MUJERES DE LOS CAPACHOS

Hay la mujer a la que la gusta pasearse todo el día con su capacho en la mano, así como hay por esos mundos de Dios las que aman el maletín y no lo dejan nunca.

En el capacho parece que va siempre el corazón de alguien. Hay mujeres de mala catadura que parece que llevan hasta media docena de corazones. ¡Ah, si pudiesen arrancarle el corazón al publicista! El corazón de escritor es el que más les apetecería a las gentes. El capacho va lleno de entrañas, más que de costillas y magro—es lo que yo quiero decir.

Un fondo pesado de carne tiene el capacho siempre, y es triste ver pasar los grandes capachos de los carniceros, por cuya abertura parece que ha de babear la babilla de la carne de babilla.

Las "capacheras" en fila son temibles. No se irán sin su capacho lleno. ¡Pobre del tendero, si después de entretenerlas en la cola, no calma el vacío de su capacho! Se llevarán su cabeza y las de sus dependientes en el capacho. Ellas aparentan cierta tranquilidad; pero no es más que aparente, porque esperan volver con su capacho bostezante lleno de algo.

La espuerta en que se recoge en la plaza el

mondongo de la víctima parece un capacho, y quizá de ahí procede mi antipatía por ese aparato de transporte tan desgalichado. Una cestita, cualquier cestita, es más simpática y amable, aunque exceptúe la burguesa cesta de mimbre, demasiado blanca y con cantoneras de plata. La cesta de fideo fino, en que se llevan unas docenas de huevos, o en que hacen su compra las modestas familias clásicas, es encantadora.

Hasta aquellas miserables cestitas de alambre que Ricardo Baroja pintaba al brazo de sus vagabundas eran más simpáticas que el capacho.

El capacho es el bolsillo más precario y que cae con menos gracia sobre la panza de la que lo lleva. El capacho tiene una languidez de barriga crónica sobre la barriga de la que lo lleva.

"¡Hija mía, cuidado que eres "capachuda!", es una chulería que debía decir la comadre Juana a la mujer que no suelta el capacho.

En la hora de la revolución los capachos chorrearán sangre.

El capacho tiene una cosa de cesta de bruja, como si fuese la faltriquera donde llevan las bru-

jas las hierbas misteriosas y el lagarto que majar en el almirez.

La zanahoria es la que mejor va en el capacho, asomando su pelo por la rendija.

Pero cuando el capacho tiene su verdadero sentido trágico es cuando la arpía lleva, para dejarla en el solar, a la criatura abandonada o recién asesinada con un cortaplumas.

¡Hasta esa red en que hacen la compra las modestas mujerucas francesas es menos miserable que el capacho!

LA ACORDEONISTA

Busca siempre un farol, como si, aunque fuese ciega, tuviese que leer su partitura en los atriles de su sombra.

Lleva su banqueta de beata y de pescador, su gran acordeón, grande como el órgano de una ermita, y su gran cachaba para abrirse camino.

Escoge los sitios en que oye un gran silencio y en que nota que se remansa la ciudad en una plaza de provincia.

Primero mira a su alrededor, eleva los ojos al cielo, toma aire del ambiente y abre el gran equipaje de su acordeón, hinchándose como dos grandes mofletes la gran cartera plisada. Algo de la tristeza, siempre flotante, ha entrado en el gran fuelle, la queja que se ha escapado por la ventana de una guardilla, el cantar de una criada saliendo por lo alto de la gran chimenea del patio, el "¡Ay, Señor!" de las viejas porteras que cosen en el dintel de sus portales, lo que sale de temomores, de prevenciones, de inquietudes de esa alcoba que han abierto un rato, metiendo la cabeza

el enfermo debajo de las ropas, mientras el aire nuevo entra de refilón en el cuarto.

Todo eso y mil cosas más las ha recogido el acordeón en su pulmón lírico, y todo eso es lo que después se articula al salir por los agujerillos de las vocales y de las consonantes. Las notas visibles, más visibles que las que lanza ningún instrumento, revolotean alrededor del panal.

Poco a poco han ido rodeando las gentes a la acordeonista, y ya no se la ve. Sale la música del pozo del corro, que en los momentos de silencio es para el que pasa como el corro alrededor del que se acaba de accidentar.

Los ojos de la acordeonista desvarían, se retuercen, se van hacia las sienes, y el borde reluciente de sus pestañas sin pestañas brilla como el

borde de unos ojos de rana. Es una visión de pesadilla, de mujer que sufre, que parece jorobada sobre su acordeón, sobre la sierpe quejosa de un acordeón que tiene momentos serpentinos, muy largos ayes finales, que necesitan que toda la serpiente se distienda y casi se vaya a abrir por sus dobleces...

Hay a quien se le saltan las lágrimas en el corro, pues a compás del acordeón se hinchan y se deshinchan las almas.

La luz del farol parpadea y declina, sobre todo en los "do" de pecho del acordeón y en los cambios de su voz, cuando, en medio de un período muy largo, suspira otra vez con violenta prisa. También hay momentos, cuando el acordeón rechupa el aire, que se inflama y aumenta su luz.

Por fin, a la hora de cenar, la acordeonista cierra su acordeón con sus cierres de misal, cierra su silla de tijera y se va con el timón de su cachaba por delante.

La plaza se ha quedado llena de suspiros.

LA ZAMBOMBA

El sonido de la zambomba es cerduno y escabroso.

Se podría decir que regüelda.

¡Qué narices tiene la música de la zambomba!

Es, desde luego, un aparato nasal, con toda la brutalidad del que jadea por la nariz... ¿De qué animal tiene algo? Tiene bastante del relincho del caballo y del rebuzno del burro.

La zambomba es la caja de música más antigua, aunque nos acordemos antes que de ella de la zampoña.

La zambomba la tocó, indudablemente, el mono prehumano, en sus ratos de asueto, sentado las ho-

ras muertas bajo su árbol, acompañando su sopor intelectual con la música matracona.

Entre los negros se encuentran zambombas con caja de madera con incrustaciones o tallas, y hay el dios al que sólo le aplaca esa música, el dios de las zambombas: Miti-Ji-Lai. Por eso, quizá, las más grandes zambombas que se ven son francamente zambombas salvajes.

La zamboma—ese tambor que resuella—ataca el diafragma del hombre, que es como parche de zamboma bajo la impresión de anhelo loco de la zamboma. El dedo de la zamboma nos pincha en la barriga.

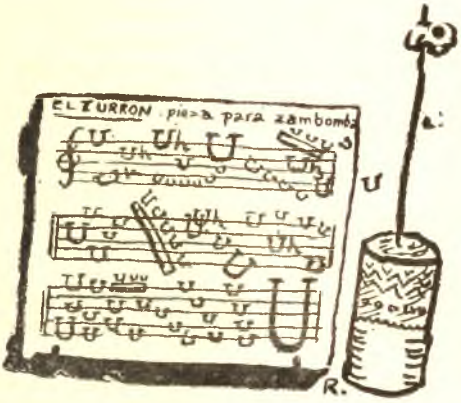
Gran agonía de la zamboma, agonía que canta, suspiración estertórea, hipo final del llanto más copioso. ¡Qué desconsolada está la pobre!

Se ve, oyendo la zamboma, la cantidad de ruido posible que hay en los nidos del aire, y el cómo sería posible hacer ensordecer el ambiente del mundo. ¡De qué suspiros es capaz medio litro de espacio!

En medio de toda su innobleza de apariencia y de gesto, la zamboma es una sorpresa de fabricación, y ha dignificado las latas de conservas, a las que delata el tomate o el pimiento de la etiqueta. En ningún sitio como aquí se utilizan tan bien las latas de conserva inservibles: como escudillo del pobre, como maceta, como medida del escabechero, como incensario del invierno para los niños de la calle, que las llenan de carbones y las

mueven incesantemente, como monaguillos cívicos...

Hay zambombas en estos días que intentan levantar el techo de las casas y echar abajo las puertas; zambombazos que remueven todas las estanterías y hacen temblar las copas en sus aparadores, rechinando sus encías de cristal unas contra otras.



La u, que apenas se usa, es usada cuantiosamente por la zambomba, que no sabe decir más que *u, u, u, u, u* con gran vozarrón. (U mayúscula y u minúscula.)

¡Ombligo sensible de la zambomba!

Adornada con el papel picado y rosa con que se visten los vasares, y con un lazo o un pompón,

como kirikikí de su caña empinada, resulta hasta un juguete viable en la feria de Pascuas.

Yo he tenido estas Pascuas un momento de inspiración, y en el pentágrama he escrito, valiéndome de las distintas ues y de sus oscilaciones, en vez de notas, la primera pieza para zambomba, titulada *El turrón*. Ya esa disonancia de las notas violentas, al aparecer sin ton ni son en cualquier momento del ritmo, habrá desaparecido, y ya la zambomba podrá ser digna compañera del bajo, y en el Real habrá un nuevo profesor que será un virtuoso de la zambomba.

EL CONFLICTO

Y el día de Nochebuena surge el conflicto. ¿Dónde se pasa la noche? Hay dos casas en que pasarla: una, la de la familia, y otra, la de "ella". Sin embargo, el compromiso de estar con la familia es indeclinable, y se pasa en casa de la familia, aunque sin dejar de ir a la casa solitaria y lejana, en que espera ella, sin que se le apague la luz en la espera.

Rubén se había podido hacer perdonar la Nochebuena, porque la dijo:

—Hija mía, la noche de las uvas estaré contigo.

Así llegó el día de último de año. La familia de

Rubén tenía preparadas unas botellas de Champagne, uvas y dulces para la media noche.

—¿No faltarás?—le había dicho su hermana.

—No faltaré—había contestado él.

Por la tarde fué a casa de Dolores, que, alegre, reivindicada, resarcida, tenía también uvas, sidra y pasteles.

Rubén, sentado en una butaca, irresoluto, caído, meditaba en el conflicto.

—Las doce campanadas—pensaba—suenan una sola vez en todos lados... Está tan al filo de la hora la fiesta, que no hay posible segunda parte; que no hay dilación ni retraso posible... O se está en un sitio o se está en otro. Y miraba el reloj del gabinete, fatal, inexorable, riguroso, impertérrito...

—Mira... Ya tengo colgado el almanaque nuevo... Abriremos el taco a las doce en punto—le dijo Dolores.

Rubén miró con esa atónita distracción en que abisman los conflictos insolubles el almanaque nuevo, almanaque de tienda de ultramarinos, con un niño mofletudo y cargante, y el anuncio en letras de oro, el anuncio que él se esforzaría en borrar inútilmente.

—¿Qué va a pasar?—pensaba él, buscando una disculpa, una estratagema, un resquicio.

¡Ah! En el laberinto de los dibujos de la alfombra había encontrado la manera de hacer compatibles sus dos compromisos. Sí. Atrasaría los re-

lojes de Dolores, y así, cogiendo un coche a los pocos momentos de que diesen las doce en casa de sus padres, podría asistir a la entrada de año en casa de Dolores.

Como un muñeco inerte cuyos resortes se mueven de pronto y entra en alegre actividad, Rubén se puso a corretear por la casa. Entró en la cocina y, encarándose infantilmente con Dolores y con la cocinera, les dijo:

—Que haya una tortilla de ron para las doce. La llama azul de la tortilla de ron dará alegría al nuevo año. Hay que subir todo lo necesario. Ya lo sabes, Dolores.

Después volvió al gabinete. Mientras Dolores daba órdenes a la cocinera, Rubén movió hacia atrás las manillas del reloj imperio; ¿un cuarto de hora? No. Veinte minutos. ¿Pero y si se descuidaba un poco más? Entonces, ¿cuánto? ¿Media hora? No; porque ella lo podría notar. Las campanadas de los relojes privados se corresponden con inoportunos relojes de torre, y se iba a notar demasiado el que en uno diese una hora repleta mientras en el otro daba escuetamente una media. Veinticinco minutos era lo conveniente. Así lo hizo.

Ya está—pensó satisfecho—; pero en seguida se acordó de todos los relojes que tenía que atrasar. ¡Ah, diablo! El del comedor, el despertador, que estaba en la cocina, y el más difícil de todos, el de pulsera, que llevaba ella en la muñeca.

Pudo atrasar el del comedor, pudo atrasar el de la cocina, mientras la cocinera entraba en su alcoba "a por el mantón" y Dolores buscaba el dinero en su "secretaire"... ¿Pero y el de pulsera? ¿Podría retrasarle "con limpieza"?

Llamó a Dolores al diván. La cogió la mano, se la besó, mirando disimuladamente el relojito y pensando en que si la maniobra era torpe, podía adelantarlo en vez de atrasarlo. Entre engañosos mimos estuvo orientándose. Había que embriagarla y hacerla perder la atención en algo lejano.

—¡Qué feliz va a ser el año próximo? Va a ser un año lleno de luz, el mundo le va a querer resarcir de todo lo que ha padecido y nosotros también... Va a ser un año de verbenas seguidas, de fiesta inacabable...

Y mientras hablaba tiraba del vástago de la cuerda y atrasaba a ciegas los primeros diez o quince minutos. Después, mirando su mano y la esfera del relojito, continuó:

—Mirando tu mano echaría la buenaventura a nuestra felicidad en el año que va a entrar...

—Sí, échamela—dijo ella, ansiosa de buenas promesas...

—Te la echaré... Pero no me distraigas mirando tú las rayas de tus manos. Mi trabajo tiene que ser misterioso...

Y mientras la predecía una hermosa dicha, que la hacía a ella cerrar los ojos, como perdida en el ensueño, miraba su reloj, lo puso en la falsa

hora y se despidió de Dolores, para que cenase, preparase todas las cosas, "se arreglase un poco", avivase bien la lumbre, "porque él volvería antes de las doce, porque, por lo menos, debía asistir a toda la sobremesa de su familia".

Alegre, como yendo a pasar dos veces por el mismo punto de emoción que aviva la ingenuidad y la bondad de todos, se fué a su casa. Esperó la hora, se comió atropelladamente las uvas y, despidiéndose de todos, ya en el nuevo año, tomó un coche para llegar al último rincón de la amante. Llevaba el reloj en la mano y lo miraba a la luz de los faroles, como el que teme llegar tarde al tren.

—¿Habrá descubierto cualquier casualidad mi ardid?—pensaba, sintiendo una llama de vergüenza en la cara.

La gente "volvía", gritando como quien vuelve. "Volvía" de la fiesta de un minuto en la gran plaza del Reloj. La mascarada "tornaba" como del entierro de la sardina del entierro del año anterior.

¿Pasaría bajo los balcones de "ella" esa ola de vuelta antes de que él llegase, y notaría Dolores en el ruido ese tono ronco, frenético y desengañado de los que "vuelven" de la fiesta?

Llegó, subió y la encontró crédula, anhelante, atenta a su reloj de pulsera.

—El barco iba a zarpar conmigo y sin ti... No faltan más que siete minutos...—le dijo, y le llevó al gabinete, frente a sus uvas.

En esa anhelante atención al reloj, que se repetía para Rubén en la noche, sintió él todo el arrepentimiento, toda la contrición y toda la atrición por haberla engañado. ¡Era tan evidente para él que el año nuevo había ya entrado en agujas, y todo lo que esperaban se había ya apeado adentrado en la vida! ¿Sería causa de desgracia para ella el no haber recibido realmente al año nuevo?... Pero ¿qué otro remedio había tenido él frente a la incompatibilidad de dos puerilidades? I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII...

Habían sonado, al fin, los doce, las falsas doce campanadas, y le supieron amarguísimas las nuevas uvas.

Rubén, después de la última, dió un largo beso a Dolores, uno de esos besos que piden secretamente perdón, y se sentó a su lado, preocupado y serio.

—¿Por qué te has puesto triste?—le preguntó ella.

—Porque hemos envejecido un año más—contestó él, que tenía el dolor de haber envejecido dos años más, porque era el hombre que había pasado dos veces por dos primeros de año.

LA ESCALERA INVIOLABLE

Es extraño el caso, pero lo único que respetan los ladrones en la vía pública es la escalera del farolero.

Aunque la escalera gris esté en el paraje más oscuro y más perdido, el paraje en que sería muy disimulado robar, puede estar tranquila que la respetarán. Atada al farol a veces por un cordón y otras veces por una cadena de candado sencillo, no tiene la escalera gris ninguna inquietud.

Parece que los ladrones han hecho la promesa de no tocar nunca una escalera de farolero, como si fuese la escalera que figura entre los atributos de la Pasión, junto a los clavos y el martillo, un sentimiento supersticioso y muy difícil de explicar conmueve a los ladrones frente a esta escalera.

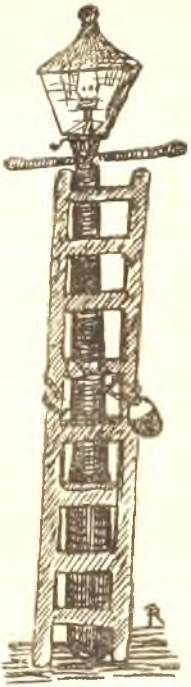
La respetan como se respetan esas escalerillas del puerto que hay pegadas al acantilado, y por las que bajan los que se embarcan en los modestos botes. No tendría perdón de Dios que el pobre farolero, al ir a limpiar los faroles, no pudiese cumplir su misión y la lámpara sin tubo oscilara en las noches sucesivas desasosegada y sin cura. Todos salvaguardan esa escalera y nadie dejaría seguir su camino al que pasase con la escalera gra-

cias a la que el farolero puede subir a arreglar la lámpara perpetua y litúrgica de los faroles.

Ese algo que tienen los faroles de lamparilla indulgente, encendida en sufragio de todos, también contiene a los ladrones. Está en el derecho internacional privado el no tocar las escaleras de farol.

¿O será la esperanza de poderla utilizar algún día para robar en ese piso primero lo que les detiene.

El caso es que merece anotarse ese fenómeno de respeto a la escalera ideal, la escalera suelta, con la que es posible huír, como si se fuese un fijacarteles cualquiera, y, sin embargo, es intangible y está inmune en medio de la noche sin vigilancia. ¿Será que el farol la defiende y toca el pito de autoridad que tiene en su boca cuando el ladrón le quiere arrancar su escalera?



VELETAS Y REMATES

Las veletas de Madrid vuelan en nuestras miradas y dan vueltas en nuestros ojos. ¿Veletas? No se las puede llamar veletas, sino remates, las puntas del pelo de las casas, adornadas con cualquier cosa.

Casi todas están ya fijas, enmohecidas, y aunque quieran señalar viento Sur o viento Este, no pueden.

Estos remates o veletas de Madrid son ágiles, delicados, pequeños, sin presuntuosidad.

Las veletas de Madrid ponen una divisa sobria en el cielo, lo santiguan o lo adornan con un bordado que le sienta bien.

Nos es grato encontrarnos con estas filigranas que parece que a veces resumen uno de nuestros pensamientos. Se quedaría más vacío nuestro pensamiento si no nos las encontrásemos como implorando por nosotros en lo alto, o siendo faro o la señal para las nubes y señal para que los espíritus puros sepamos cuál es la dirección del viento.

Esas florituras del hierro, como vegetación de los tejados, como larga malva real de las alturas, son los remates de la ciudad, por los que se la conoce desde lejos. Así, cuando, de pronto, el cólera pasa por el horizonte, sobre su caballo ama-

rillo, mira hacia las veletas de Madrid para reconocerle, porque no es a Madrid adonde está destinado. También, cuando la buena primavera le está destinada, mira hacia las veletas y se queda o pasa, según reconozca que son las de Madrid. En la carta geográfica de las cosas que no saben leer ni pueden penetrar en los libros los remates de una ciudad son lo que las orientan, pues sólo traen referencias de lo vago, de lo raudo y de lo aligero.

Son esas veletas amplias, caladas, graciosas, como la peineta de la casa; las hay que son como la aguja valenciana clavada en el moño, y las hay que son como el pendón de la procesión que marcha por los tejados.

Las inspiraciones, las atracciones de las ideas artísticas, la buena o mala suerte de la parroquia depende de ese extraño lábaro de los vientos.

Hay pueblos por ahí que tienen una veleta inmensa, abrumadora, sin esa ejem-

plaridad de cigüeñas sobre un pie, en que consiste la arquitectura de las veletas.

En el pasado, las veletas tuvieron un marcado carácter heráldico. Don Angel Stor ha hecho un bonito estudio sobre ellas.

Consideradas como atributo de nobleza, dividíanse en simples y cuadradas. Terminaban las primeras en punta, y sólo tenían derecho a utilizarlas los hidalgos solariegos, los caballeros de limpia nobleza y la alta magistratura. Las cuadradas eran exclusivo privilegio de los grandes señores.

De las veletas de Madrid ha hecho un estudio Javier de Salas.

En la iglesia del templo de San Miguel, hace muchos años derribado, había una veleta cuya pala se componía de la efigie del Arcángel sobre una mala figura del diablo, al cual amenazaba con una espada; actitud que inspiró al citado Salas la siguiente décima:

Todos podemos creer

de dónde los aires vienen,
pues los dos que lo previenen
muy bien lo pueden saber.
Sólo podrá suceder
que el diablo mienta, insensato;
pero el santo poco grato
dirá al ver su falsedad:
Pícaro, di la verdad,
mira que si no, te mato.

Sobre la iglesia del Hospital de San Pedro y la torre de su parroquia están las llaves del cielo y el gallo.

En la de Santa María, demolida hace ya bastantes años, servía de veleta un ángel, señalando la parte por donde venía el aire con una lanza, que inspiró también a Salas estos versos:

Sobre la punta crecida
hacia donde el aire carga,
con ademán de botarga,
se ve un angelón ligero
"picando de vara larga".

En la torre de San Cayetano figura una cigüeña, la última cigüeña que se atreve a anidar con el rumor y las luces de Madrid.

La veleta de San Isidro Labrador se componía de varios útiles de labranza, de los que Salas dijo:

Un aguijón volteando,
prevenido a toda ley,
para arrear algún buey
"si acaso pasa volando".

En la iglesia de San Andrés, y como recuerdo a San Isidro, se ven dos palomas y dos ijadas.

En la del cascarón del antiguo templo de San Basilio había una mitra, cruz, báculos y demás arreos episcopales, símbolo de la dignidad del piadoso fundador.

En el convento de la Victoria formaba la veleta un gran espigón con la leyenda: *Charitas;* acaso por expresión de que la caridad se halla sólo de tejas arriba.

La del Buen Suceso consistía antiguamente en una estrella, signo de la buena suerte, sustituída con posterioridad por una sencilla cruz, forma severa y augusta, generalizada desde entonces.

Los templos pertenecientes a las órdenes militares lucían en los tantas veces citados remates el escudo de las corporaciones respectivas, costumbre

de la que dan buen ejemplo las Comendadoras de Santiago, cuya veleta forma la cruz de esta Orden.

La de San Lorenzo representa las tradicionales parrillas en que fué atormentado el santo.

La de la Virgen del Puerto no deja de ser curiosa; figura una grulla con lombriz en el pico.

Singularísima por extremo era la del Colegio de Santo Tomás. Tenía la figura del perro con el que suele representarse a Santo Domingo, con un hachón en la boca, y señalaba el animal con la cola la dirección del viento. Lo cual hizo decir a Salas:

Cuando el calor le sofoca,
el perro, por varios modos,
ajeno de coger todos,
con diligencia y donaire
se vuelve a tomar el aire
por donde...

La del Ayuntamiento es un grifo engrifado.

Después, perdidas, mezcladas más a la vida, menos para la guía, hay numerosas otras.

Hay la veleta del loro, gran armatoste de com-

plicadas manecillas y cazoletas, que dan vertiginosamente vueltas, tantas vueltas como las que da la veleta de la mujer que es una tarabilla.

Hay la veleta que es la rosa de los vientos, y que abunda mucho en Madrid y en Carabanchel, y que provoca ideas de melancolía, como si fuese el remate de una vida ansiosa de sensaciones, guluzmeadora de los viejos lejanos, y, sin embargo, hundida en un caserón de un Vallecas o un Carabanchel.

La veleta del poeta es como una piña abierta, algo así como un receptor de todas las noticias poéticas que rechazan todas las Agencias telegráficas y que están flotando en el aire, resueltas, sin saber dónde ir, como pedacitos de papel, siempre elevados por el viento.

Numerosas cruces, como recordando a los primitivos aeronautas de los globos que se elevaron sobre Madrid y que se mataron sobre los tejados, surgen aquí y allá, brotando de entre las tejas sin pedestal especial.

Algunas de estas veletas están torcidas, como para ir a caer de punta sobre el hombre tranquilo que iba a su casa. Pero apenas se cae ninguna, pues le entra al público un miedo tan cerval, que consigue que suban a remacharlas. Si a alguien le cayese una veleta en la cabeza, debería dar las gracias a la Providencia por haberle elegido a él entre todos para clavarle en la cabeza el pico de la veleta, jugando a pinchar los dátiles con su calamocha. ¡Extraordinaria elección!

MIRADAS

La luz de los focos del auto se inicia como la de un amanecer súbito, inesperado, con esa raya primera por la que se dice en el alba lo de "raya el alba".

Las chimeneas de las fábricas son como los grandes cañones contra la aviación.

Todos los tíos que se desperezan son como salvajes que disparan su flecha al aire.

Las lenguas a la escarlata son como hormas monstruosas de unos pies hinchados.

Las mariposas nacen de las calcomanías que pegan los niños en los cristales del invierno o en sus libros de estudio. ¡Qué enteras, qué coloridas y cómo en relieve salen! Así, en esa crisálida de calcomanía esperan la primavera, y entonces se destacan en el aire y se van.

Los grandes globos de los focos tienen una manera casi idéntica de romperse, pues el recorte del roto parece las Américas—América del Norte y América del Sur.

Siempre que veo pasar las máquinas de los bomberos sonando su campanilla de fábrica, pienso: que sentado en la terraza de un café, está el señor cuya casa se incendia, y que, sin embargo, no huele "a quemado", siendo como el señor que se quema el interior de uno de los bolsillos de su americana.

Hay una luna que es reflejo de la luna, que es como la luna en un espejo, ¡tan lívida es su claror!

Estamos muertos en cada mirada... Cada mirada muere donde cae.

Toda la tarde se refleja morada en el globo morado de los niños... El cielo con una luminosidad de estanque del trasmundo y los árboles como en una miniatura, como en el pisapapeles que es un pan de cristal sobre una postal iluminada... Impregna de su melancolía al cielo y a la tierra el globo morado de los niños.

Los focos de los autos tiran las líneas rectas más estupendas, porque además de rectas son luminosas... Ahora la línea más corta entre dos puntos, es la línea recta que tira y sobre la que se va deslizando el auto.

Los murciélagos parece que nos pasan de parte a parte como balas con orificio de entrada y salida.

Hay días claros, radiantes, en que entramos en una mañana tan llena de espejos que debemos tener mucho cuidado en no herirnos al afeitarnos... "¡Hoy, no! ¡Hoy, no!", nos decimos con la navaja trémula frente a la luz cuantiosa, de fiesta, sin ser día de fiesta, que entra por la ventana.

Si nos hiriéramos hoy, sólo un rasguño, con la fina hoja de la gilette sería como si luciésemos una herida espantosa y vergonzante, signo de degeneración, de procacidad, de gangrena, algo desproporcionado bajo la diamantina mañana.

El cielo de hoy es escaparate de una sola joya— pensé aquella noche.

Ese árbol seco del que no queda sino el tronco cercenado, pretendería la inmortalidad de ser una columna... Es la gran ilusión postrera del árbol... ¡Llegar a ser una columna!... Porque las columnas son como las estatuas de los árboles, el monumento que recuerda a los más heroicos y fecundos.

Solo y alegre en mi paseo por el jardín iba tocando con mi bastón el violón de los árboles.

Los tranvías pasaban por la noche obscura remando con los largos destellos de su luz.

El que tira un periódico abierto por la ventanilla del tranvía o del tren, realiza un acto tan escandaloso como si se hubiese arrojado él mismo.

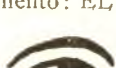
El perro rabioso pasa por en medio de la noche, recto en su arremetimiento como un jabalí.

Las chicas con zapatillas moradas distraen de toda la calle con sus pies, alfombrados, abrigadísimos, empapados de color. Las zapatillas moradas, sépanlo las niñas y las jóvenes no son más que para dentro de casa.

Los automóviles que tienen un farol azul que desconcierta el conjunto de las luces que avanzan, parecen que están malos de la vista, o que hacen de alguna manera un maleficio con su ojo azul.

La cabeza de clavo de las estrellas es más puntiaguda, y es como más prismática en la noche de frío... Hieren estas estrellas, y alguna atraviesa a alguno con un dardo de pulmonía estelar, la más difícil de curar, la más transverberadora, la que más se infiltra. No son las estrellas del buen tiempo; son más despiadadas, aparecen en menor número, no se confunden unas con otras y cada una tiene su vigor solitario. Ya no son comunicativas, concentran su luz y su intimidad, están llenas de egoísmo.

En las noches de frío, la bóveda celeste no es el cielo—el "cielo" es palabra blanda y primaveral—, sino el firmamento: EL FIRMAMENTO.



Las estrellas agujerean el cielo con su agudeza.

Sagitario va disparando todas las estrellas de una en una.

Hay luna que tiene luz de foco de automóvil y se desparrama a su alrededor y es la luna expansiva... Y hay la luna grande, redonda, opulenta, pero concentrada, metida toda su luz en un disco, y que, por lo tanto, no esparce luz, ni esparce tampoco sombra, siendo una cosa muy rara la que la hace visible y lo destaca todo y lo hace significar lo que significa... Tiene otros rayos, otra intención y otra cosa.

Los acordeones de las máquinas fotográficas debían de sonar al ser desplegados.

Los pasos de la procesión marchan a la vista como si se pisasen la cola.

Al ver la rapidez con que tuercen su marcha los pájaros, se piensa que hay alguno que dice:

—¡Media vuelta a la derecha! ¡Media vuelta a la izquierda!

A veces vemos que las mecedoras se mecen solas... Es que las mecen los fantasmas o los chiquillos del viento.

Las morenas de toquilla blanca son más luminosas que las que visten el armiño... Son las novias de los guardias civiles.

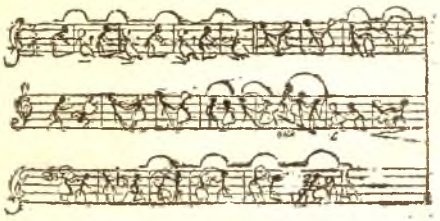
Cuando pasa un grupo de guardias civiles juntos, la idea de muchos entierros—muchos entierros de niños—cruza por nuestra mente.

LA MUSICA NUEVA

En un viejo libro del pasado encontré una vez unas interpretaciones persuasivas, para todo el que no supiese música, de la barcarola y del vals.

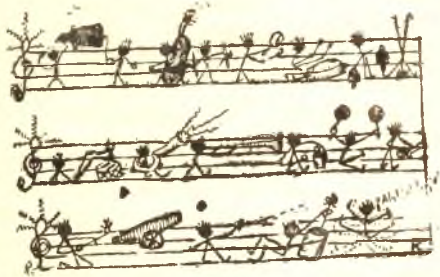
Yo, que no sé tocar en el piano nada más que

"La destrucción de Cartago", "Un bautizo alegre", "Los picapedreros" o "La fragua de Vulcano",



WALS

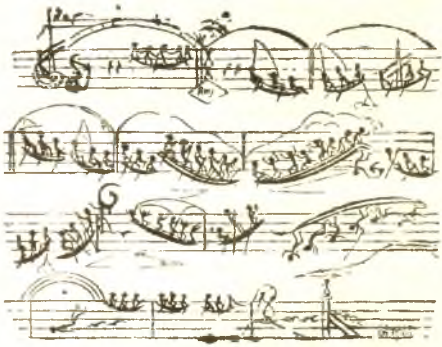
puedo decir que toqué en un piano ideal aquellas piezas sencillas y distraídas.



JAZ-BAND

Ansioso estaba de improvisar, de acuerdo con el maestro Ortega, y como después de haber ido al Conservatorio, una nueva partitura en armonía

con los tiempos que corren y sus novedades. El pentágrama me tentaba como un cuaderno de palotes, y el otro día, por fin, en un rato de inspiración, logré componer una pieza para Jaz-Band, la primera pieza de Jaz-Band que ha sido pautada.



BARCAROLA

pues, como se sabe, el Jaz-Band no tiene papeles. Gracias a este procedimiento que resucita, el Jaz-Band conseguirá ser armónico y se podrá colocar ordenanamente en su sitio el minuto de cada zambombazo y cada detonación.

Me será grato ver sobre los atriles de los músicos estas nuevas y expresivas partituras, como recuerdo que me fué grato poder saber lo que estaban tocando aquel día en que dí en el parque de Lisboa con una banda que a pie firme, al nivel de

todos, tocaba una cosa que se titulaba "¡Golpe de Estado!", porque aunque la música era lánguida y suave como esos golpes de Estado en que el jefe de la milicia detiene en Palacio al jefe de Estado. yo, después de ver el título, iba viendo en el pentágrama toda la "film" accidentada del suceso.

Siempre es grato también regalar a las señoritas la última novedad musical, con la pretensión de que la coloquen un momento en su piano entre los candeleros de arandelas de palmatoria y ensayen a tocarla.

EL ANUNCIO INCOMPRENSIBLE

De la muestra de las prenderías cuelga un anuncio incomprensible, porque ¿qué significa esa ahorcada alambrera con un volante blanco?

Es por lo visto el atributo tradicional de las prenderías, que se repite desde sabe Dios cuando. Es la señal. Lo que para a las gentes, lo que las hace ver que se trata de una prendería, de un sitio en que se venden catres, pan duro, cobre, zinc y plomo, es ese miriñaque absurdo.

¿Cómo puede esta alusión al brasero atraer a las gentes? ¿Qué modestia excepcional provoca esta idea de alambrera con pañales, como esas jaulas embraguetadas de los canarios muy cuidados?

La cosa es que hoy, como una muestra absurda,

bohemia, de barrio miserable, de tienda de suburbios, pende en el centro—en la negra calle de Tudescos, entre otras—esa alambrera, que es como la jaula desfondada, la jaula de la rata desaparecida.

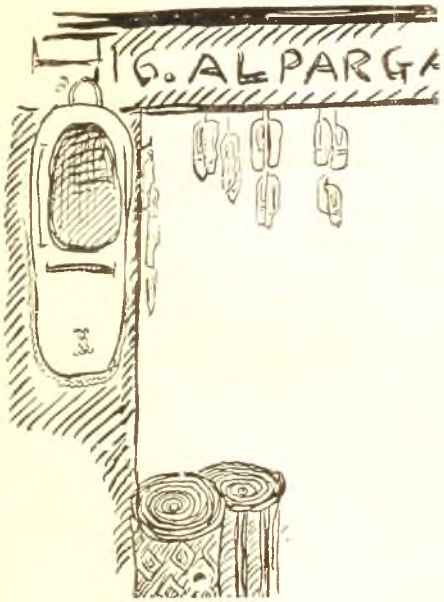
Fijemos que en la plena luz de nuestro siglo se movía lentamente en la brisa de las calles del centro esa alambrera brasero, enseña arzobispal de los prenderos, extraño sombrerete de las traperías.

ESTERERIA Y ALPARGATERIA

Es como un comercio de pueblo, de un pueblo de Valencia o de Alicante, el de la "Esterería y alpargatería".

Las alpargatas cuelgan como racimos de algo,

como pescados o frutos o aves, del montante de la tienda. Las esteras, más abajo, muy envueltas en sí mismas, en preciosos y compactos rollos mues-



tran su amplia posibilidad, como serían capaces de esterar la calle, poniendo un paso todo a lo largo de la acera. ¡Ah! Pero eso lo dejan para cuando visite Jesús la ciudad como la ha visitado el rey

de Bélgica hace poco. Los estereros y alpargateros, que venden el Domingo de Ramos las palmas, serían capaces de eso si en vez de figurado fuese auténtico el paso del Señor...

La "Esterería y alpargatería" es una tienda alegre, sencilla, honesta por como trasciende a su rústica primera materia. Es como una tienda de granos y simientes o una tienda de cestos y cachabas. Orean a la ciudad, llena por lo general de comercios enranciados y sórdidos, de empalagoso género, estos comercios como el de "Esterería y alpargatería".

Vamos andando por la ciudad, mirando a los balcones, y ritma con esa mirada al balcón castizo y un poco campesino en que hay unas jaulas muy puestas de bragas blancas, esta visión de la "Esterería y alpargatería". Con esos dos detalles, por ejemplo, se cruza con la tarde madrileña una tarde provinciana. ¡Qué bien especiada queda así la tarde!...

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	7
El mejor reclamista del mundo	13
Árboles para el Botánico	17
Libertemos los globos	22
Los espejos grotescos	26
Cosas sueltas	31
Greguerías recientes	35
Las nuevas y las antiguas puertas	42
Las básculas públicas	44
Los sombreros de paja	50
Pan duro	55
Mesa de enfermo	58
El producto de la fiesta	62
La campana de la catedral	65
Berlangot	67
La verbena de lo monstruoso	71
Las dos medias caras	75
Escaparate de cacharrería	76
La guillotina del jamón	79
Casquería	81
Limpia-sombreros	84
El que nos entregaría Tánger	88
Los descarteladores	91
Las hortensias están asomadas	95
El transformista que imita a las «estrellas» de varietés	97
La maldad humana	100
El hombre de la cordilla	100
La que da el último paseo	104
Los epilépticos	108
Fragmentos de un diario abortado	111
La vieja y la niña	114

Páginas.

Los furgones negros 117
Un ramito de greguerías 119
La almohada de viaje 122
El que lleva el gabán vuelto 127
Las sufridas cariátides 131
En el hospital, con el doctor Marañón 136
La abrigada familia 146
La luz de los focos 149
Las gallinejas 152
Las últimas hojas 154
Los autos «Stor» 159
La caja de conchas 163
Los locos del Hospital General 169
Faroles 180
Volteretas 185
Unamuno, Venegas y la cocotología 188
El «Bodensee» 200
El ludión 203
Una noche de luna 206
El descubrimiento de la estátua 208
«Esa» 211
Las mujeres de los capachos 217
La acordeonista 220
La zambomba 222
El conflicto 226
La escalera inviolable 232
Veletas y remates 234
Miradas 241
La música nueva 248
El anuncio incomprensible 251
Esterería y alpargatería 252